Edición en PDF
-sin valor comercial-

Santa Fe Antiguo

Tiempo y Memoria

María Guadalupe Allassia
Raquel Diez Rodríguez de Albornoz

Selección de fotografías:
Graciela Hornia

1573
Santa Fe Antiguo

Fundación BICA

"FUNDACION DE SANTA FE"

Oleo del artista santafesino Juan Arancio.

Solar donde se fundó
la Alfajorería Merengo.
San Jerónimo y 3 de Febrero,
esquina suroeste,
ciudad de Santa Fe.
Acuarela de Francisco Puccinelli
(1904-1986).
Archivo Merengo.

Imagen del cuadro de la Fundación
de Santa Fe del pintor Juan Arancio.
(Anterior a su restauración).
Foto gentileza de los señores
Horacio Varella y Oscar Dechiara.

Oleo del pintor
santafesino Juan Arancio
"Fundación de Santa Fe".
(Ya restaurado).
ubicado en el Recinto de
la Cámara de Senadores
del Palacio Legislativo de
la Provincia de Santa Fe.

Foto:
Mercedes Manavella.

Santa Fe
Antiguo

Allassia, María Guadalupe
Diez Rodríguez de Albornoz, Raquel

ISBN 978-987-05-5683-1

Antología literaria - Literatura argentina.

1a. Edición - Santa Fe, abril de 2008.

Diseño de tapa, contratapa e interior: SFA.

Impreso en Argentina.

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Aclaración sobre la licencia de la presente edición:
Usted es libre de compartir, copiar, redistribuir y adaptar el material en cualquier medio o formato, pero bajo las siguientes condiciones:
Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
CompartirIgual: si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

Santa Fe Antiguo

Tiempo y Memoria

Tomo I

María Guadalupe Allassia
Raquel Diez Rodríguez de Albornoz

Selección de fotografías:
Graciela Hornia

1573
Santa Fe
Antiguo

Agradecimientos

La publicación de este libro,
"SANTA FE ANTIGUO. Tiempo y Memoria",
ha sido posible gracias a la generosa actitud de la Fundación Bica.
También debemos mencionar a la Licenciada Graciela Hornia,
por su desinteresada colaboración al ceder su archivo
fotográfico y contribuir a la ilustración de los textos.
A la Vicegobernadora de la Provincia de Santa Fe,
Arquitecta María Eugenia Bielsa
y sus colaboradoras las Sras. Estela, Alicia y Patricia.
Al Sr. Luis Montemurro, por facilitarnos imágenes
del Archivo Merengo y por su generoso interés en esta obra.
Y como especial mención, al pintor santafesino Juan Arancio,
que nos permitió la publicación de sus obras referidas al Santa Fe Antiguo.
Por último, a todos cuantos contribuyeron
a la realización de este libro, nuestro más sincero agradecimiento.

Muchas gracias.

María Guadalupe Allassia
Raquel Diez Rodríguez de Albornoz

Prólogo

La intención de este libro, una suerte de antología, fue reunir páginas literarias e históricas del pasado de Santa Fe, tratando de encontrar en ellas, no sólo la belleza en sus expresiones, la emoción estética que proviene del arte de la palabra, sino también coloridos y testimoniales relatos que indican la pertenencia a una cultura, a una memoria, a una identidad histórica, para concretar, desde nuestro lugar como escritoras, la transmisión de ciertos valores sociales, de creencias y de ideas, que constituyen el sistema de significación de nuestra tierra.

Lo acompañan fotografías e imágenes del ayer, muchas de ellas gentilmente seleccionadas por Graciela Hornia, a quien agradecemos su desinteresada colaboración.

Debemos destacar que con respecto a las imágenes que ilustran este libro, se priorizó el testimonio histórico, en el intento de lograr la identificación del lector con las mismas, al evocar personas y lugares a través de la nostalgia. Añejos recuerdos de un ayer compartido.

Un libro de esta índole es necesariamente incompleto y no ha sido intención de las autoras, agotar el vasto y valioso territorio de textos literarios, históricos e imágenes, que pueblan nuestro querido suelo santafesino.

Las omisiones -fáciles de encontrar- no representan olvidos, ignorancia o desdén.

Fue nuestro propósito seleccionar aquellas páginas que llevaran al lector a sentir amor por esta ciudad, histórica y humilde, vieja y moderna, noble y sencilla, fraterna y generosa.

También pensamos que lo que importa es que esta obra haga crecer en todos un sentimiento de arraigo a nuestra tierra, a su historia y a su cultura.

María Guadalupe Allassia
Raquel Diez Rodríguez de Albornoz

Introducción
Santa Fe Antiguo
Tiempo y Memoria

Tu materia es el Tiempo, el incesante Tiempo.
Eres cada solitario instante.
Jorge Luis Borges.

El Tiempo, luna de curvas y cintas, ha enlazado en estas páginas las palabras y las imágenes del Santa Fe de ayer.

Aromas antiguos se unen en una línea ininterrumpida de voces, pasos errantes, huellas que no naufragaron en la arena, historias no olvidadas, estrellas que brillaron en esta latitud azul de 31 grados. Hay un letargo de barcos perdidos y lunas de ensueño que obstinadamente vagan por el río.

Están también las casas viejas, donde el viento sopla en el oído y en la boca, murmurando lo que es necesario recordar del ayer. Esas casas viejas que se erigieron en esta ciudad de arena y agua. Ciudad frágil en sostener su pasado, al que, pronto, en muchos casos, ha derrumbado como castillo en la playa. Pareciera una constante de fatalidad en este hombre de río, que ve irse lo construido en la arena dorada y lisa. Entonces cree que todo es arena y lo deja caer sin una sola palabra para detenerlo.

Las casas viejas -muchas ya no están- son guardadoras de mensajes de Tiempo y Memoria, que cualquier hombre de cualquier tiempo puede leer y saborear a lo largo de los años.

Hemos recogido palabras que tocan el aire y lo extienden en un mar tibio y profundo donde se respira la memoria de los árboles.

En estas páginas hay testimonios de viajeros que pasaron, de hombres que vivieron y sufrieron bajo estas lunas amarillas que siempre se caen al río.

Hay historias que ignoramos y otras que guardamos como polvo de oro.

Hay aquí, otros años, capullos, crisálidas de otras épocas. Miles de pasados, sitios oscuros, lugares donde se apoyaron los ruidos y los resplandores.

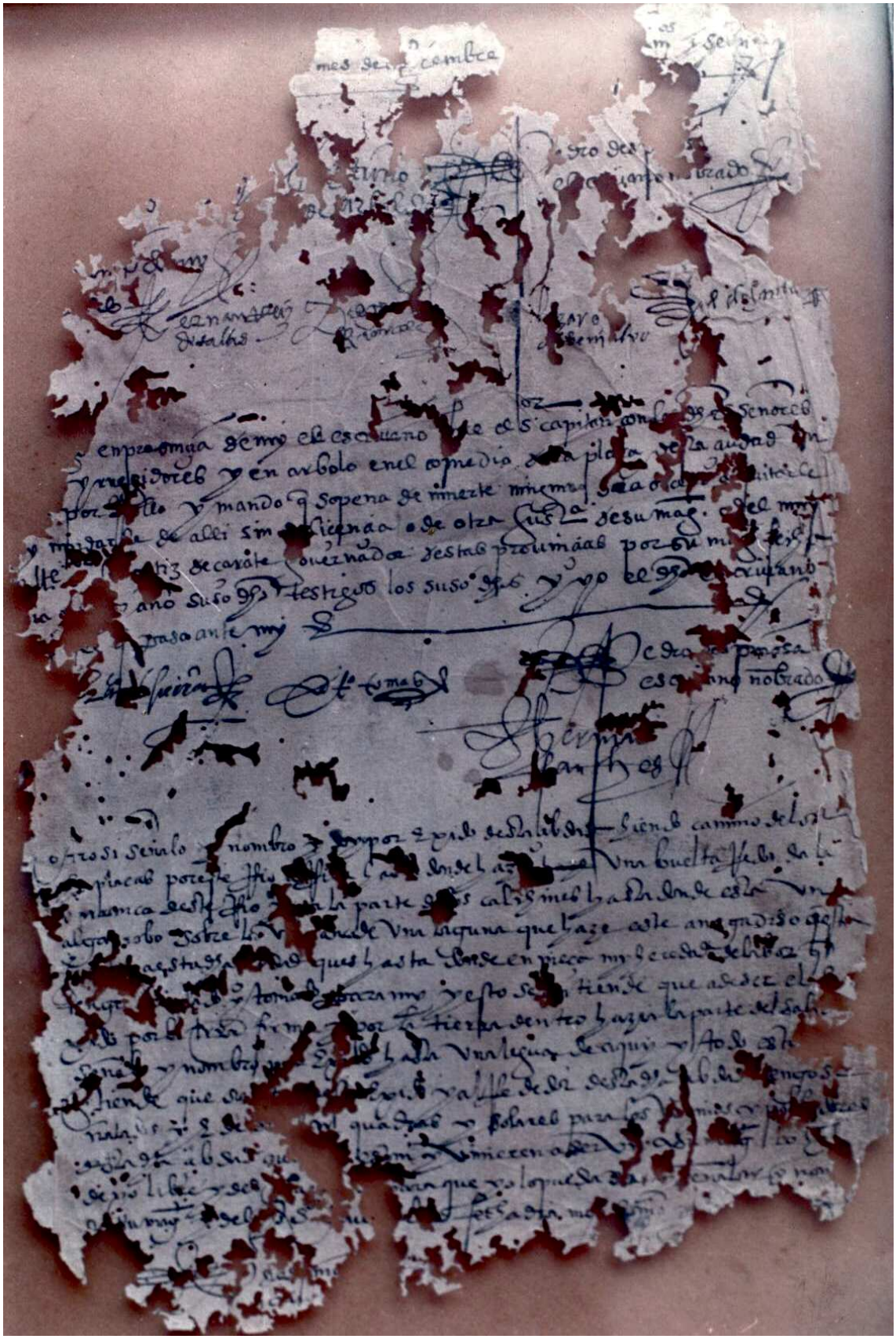
Hay voces, ojos, manos, risas, sueños, sonidos, rostros, lágrimas, imágenes que sostienen la eternidad de la memoria.

Hay perfumes, vaivenes, suspiros que desentumecen los huesos y desprenden blandos movimientos de alegrías y ensueños. Todo, para continuar la historia del hombre que es uno solo.

Con las palabras y las fotografías quisimos conjugar un tejido armonioso que respira el Tiempo: luces, entretonos, poesía, todos los sueños que hubo alguna vez, todos en el aire, a nuestro alrededor, rozándonos apenas las manos, volando, suspendidos, como vahos de sándalo y canela, entre nosotros.

María Guadalupe Allassia
Raquel Diez Rodríguez de Albornoz

Foto del original del Acta de Fundación
de la ciudad de Santa Fe - 1573.
Archivo General de la Provincia de Santa Fe.



Acta de Fundación

"Yo Juan de Garay, capitán y justicia mayor en esta conquista y población de el Paraná y "río de la Plata. Digo que en el nombre de la Santísima Trinidad y de la Virgen Santa María y de "la Universidad de todos los Santos y en nombre de la Real Magestad de el rey don Felipe, "nuestro Señor y del muy ilustre señor Juan Ortiz de Zárate, gobernador y capitán general y "alguacil mayor de todas las provincias de dicho río de la Plata y por virtud de los poderes que para "ello tengo, fundo y asiento y nombro esta ciudad de Santa Fe en esta Provincia de Calchines y "Mocoretaes, por parecerme que en ella hay las partes y las cosas que convienen para la "perpetuación de dicha ciudad, de agua y leña y pastos que quiera, y casas y tierra y estancias "para los vecinos y moradores de ella y repartirles como su Magestad lo manda, y asiéntola y "puéblola con aditamiento que todas las veces que pareciese ó se hallase otro asiento más "conveniente y provechoso para la perpetuidad lo pueda hacer con acuerdo y parecer del Cabildo y "Justicia que en esta ciudad hubiese como pareciese que al servicio de Dios y de su Magestad más "convenga y porque su Magestad manda á gobernadores y capitanes que ansi poblasen y "fundasen nuevos pueblos y les dá poder y comisión para que puedan nombrar en su Real nombre "Alcaldes y Rexidores para que tengan en justicia y buen Gobierno y Policía, tales Ciudades y "Pueblos:- ansi yo en nombre de su Magestad y de el dicho señor Gobernador, nombro y señalo por "alcaldes á Juan de Espinosa y á Horduño de Arbillo y por Rexidores á Benito de Morales y á "Bernardo de Zalas y á Matheo Gil, y á Diego Ramírez y á Lázaro de Viñalbo y á Juan de Santa "Cruz; y ansi en nombre de su Magestad y del dicho señor gobernador les doy poder y facultad "para que ussen y exerssan los dichos oficios de alcaldes y Rexidores en aquellos caussas y cossas "convenientes y á ellos tocantes, conforme las ordenanzas que su Magestad tiene hechas para la "ciudad y Pueblos de las Indias para que ussen así de alcaldes ordinarios como de la hermandad "en todos los negocios, á ellos tocantes y no obstante que su Magestad por sus reales provisiones "manda que sean cada año elegidos. Y así cumpliendo yo sus Reales Mandamientos por tales los "nombro y señalo, pero pareciéndome que la elección que se ha de acostumbrar hacer, sea un día "señalado como es casso y costumbre en todas las ciudades y Reinos de su Magestad".

.....

-"Otrosí mando que el asiento y repartimiento de los Solares Cassas de los vecinos de esta Ciudad "se edifiquen y assienten y se guarden conforme á las trazas que tengo señaladas en un pergamino "que es fecho en este Asiento y ciudad de Santa Fé, oy Domingo á quince de Noviembre de mill y "quinientos y setenta y tres años. Otrosí en la tierra de esta ciudad tengo señalado dos Solares "para iglesia mayor, la cual nombro la advocación de todos los Santos. Testigos que á todo lo dicho "fueron presentes Francisco de Sierra, maestre de campo de esta conquista y Antonio Thomas y "Hernán Sánchez, oy Domingo 15 de Noviembre de 1573, -Juan de Garay- Por testigo "Francisco de Sierra- Por testigo Antonio Thomas- Por testigo Hernán Sánchez. Por mandato del "señor Capitán General. Pedro Espinoza, Escribano nombrado por la justicia".

Manuel Cervera.
Historia de la ciudad y la provincia de Santa Fe. TomoI.
Santa Fe, Imprenta de la Universidad del Litoral, 1979- pág. 143-145.

Juan de Garay.
(Supuesto y único retrato
de autor desconocido).
Archivo General de la Provincia.

"...En las costas del río enorme y leonado"

Y en las noches templadas de la Asunción, entre el perfume de los naranjos en flor, bajo los clavos luminosos de la Cruz del Sur, el pensamiento de Garay iba ganando voluntades. Y una mañana dorada de abril -aire de primavera en el corazón joven del otoño- nueve españoles que abandonaban del todo la fácil quimera y setenta y cinco mancebos de la tierra -los primeros criollos que ya adivinaban su destino- salieron de la Asunción a fundar una ciudad en las costas del río enorme y leonado.

Y el domingo 15 de noviembre de 1573, el sueño del vizcaíno se logró; y mientras tajaba hierbas y cortaba malezas a filo de espada según el ritual de los tiempos, se escuchaban nítidas las palabras del fundador:

"FUNDO, asiento y nombro esta ciudad de Santa Fe
en tierra de Calchines y Mocoretás por parecerme
que hay en ella las partes y cosas que contiene para
la perpetuación de dicha ciudad de agua y leñas
y pastos que querrá..."

El rollo simbólico brilló asaeteado de oro bajo el sol pesado de noviembre; temblaba en los ceibales de la costa la fina flauta de cristal del canto de los pájaros; se encendía en aristas de fulgor el acero de las partesanas y el peto de metal de las corazas... Y entonces Juan de Garay cumplido el ritual de las fundaciones hincó en la nueva tierra su rodilla y alzó al cielo su oración emocionada en alas de esa fe santa que daba su nombre a la ciudad recién nacida...

Leoncio Gianello.
Historia de Santa Fe (fragmentos) 3ra. Edición.
Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 1978.

"Fundación de Santa Fe".
Oleo del pintor santafesino Juan Arancio.

Juan de Garay sueña...

A prora de su nao, Juan de Garay en vela
vigila las barrancas que acechan paralelas.
Soñando en aventuras el bravo vizcaíno
surca el oscuro río que oculta su destino...
Mientras, sobre su peto, la flor de lis suspira
al paso de una estrella que la mira y la mira.
.
Más allá, entre la selva lo despide "Asunción"
Pero nada le importa: ¡Ni el indio ni la guerra!
Hay que abrir con la espada las puertas a la tierra!
Con ochenta mancebos construirá el caserío,
De palo a pique todo; eso, sí, sobre el río.

José Rafael López Rosas.
Canto a la ciudad de Santa Fe.
Santa Fe, Ediciones Colmegna, 1949.

Agustín Zapata Gollán, hizo enarbolar en donde se encontraba ubicada la plaza en la vieja Santa Fe, a semejanza del original, un nuevo palo rollo.

Rollo Fundacional.
Santa Fe La Vieja.
Banco de Imágenes Florian Paucke.
Sistema Provincial de Archivos.
Museo Etnográfico y Colonial.

Infografía Parque Arqueológico
Ruinas de Santa Fe la Vieja.
De: Marcelo Soler.
Archivo Diario El Litoral de Santa Fe.

Santa Fe, una ciudad del camino

Una encrucijada
(1573)

Garay, observaba las costas del Paraná.

La margen izquierda era alta, ondulosa, fértil. La margen derecha era baja, anegadiza y se perdía entre el laberinto de los arroyos y la maraña densa de las islas.

La margen izquierda estaba defendida por la muralla de sus barrancas, mientras la margen derecha se agazapaba entre los árboles esperando el inexorable castigo de las inundaciones.

Sin embargo Garay se internó en un brazo del Paraná sobre la margen derecha y fundó Santa Fe, del lado de "la tierra", para que por su "puerta" entraran los hombres de Asunción siguiendo el mejor camino que les llevaba al Perú.(1)

No fue un acto solemne y espectacular, como el de las fundaciones evocadas por los cuadros de historia.

No hubo allí gente arrodillada, ni besos a la tierra, ni brazos eclesiásticos bendiciendo el ámbito de la nueva ciudad, que, lo dice el mismo Garay, "no hubo uno que quisiera ir a aquella miseria".

No se hizo tampoco alarde militar ni ostentación de armas, que sólo llevaban algunas espadas mal templadas y algunos arcabuces paraguayos, ni lucieron allí tampoco los pintorescos trajes de la época, que los compañeros del fundador iban tan sucios y andrajosos, lo dice Juan Alvares en su "Ensayo sobre la Historia de Santa Fe", que los indios les llamaban los ahumados.

.....

Agustín Zapata Gollán.
Las Puertas de la Tierra (fragmentos). 2da. Edición.
Santa Fe, Ediciones Colmegna, 1973.

(1) ... los que salieron para fundar Santa Fe no tenían ante sus ojos los espejismos de grandezas y tesoros que alucinaban a otros. Santa Fe iba a ser sólo una ciudad del camino, una posta en la ruta a Buenos Aires y en la ruta al Perú. Santa Fe iba a ser una encrucijada.

"Llegada de Garay por agua".
Oleo del pintor santafesino Juan Arancio.

"...Que son diestros y bravos en la guerra los mancebos nacidos en la tierra..."

"Estaba la ciudad edificada
encima la barranca, sobre el río;
de tapias no muy altas rodeada,
segura de la fuerza del gentío
de mancebos está fortificada.
Procura el indio dellos el desvío,
que son diestros y bravos en la guerra
los mancebos nacidos en la tierra".

***Martín del Barco Centenera**.*
La Argentina. Canto VIII.

*"**Iglesia de San Francisco**".*
Oleo del pintor santafesino Juan Arancio.

"Fundación de Santa Fe". Oleo del pintor santafesino Juan Arancio.

Romance de Navidad
(1573)

Caballero que camina - diciendo viene un cantar.
Todos los peces del río - se asoman para escuchar.
"Quien pudiere en esta noche - la noche de Navidad,
encontrar un Niño hermoso - que durmiere en el altar.
Quien hubiese tal ventura - qué caballero será
que hallare al Niño bonito - en la tierra de Garay.

Del Niño Dios no hay imagen - ni estatuilla que adorar,
ni tan siquiera una cuna - para poderlo acostar".

Así cantó el caballero - bien oiréis el buen cantar.
Las aves que van volando - en su vuelo lo dirán.
Salas de Ruis, carpintero -Salas de Ruis, Hernán,
hizo entonces una cuna de madera del lugar.

Caballero que camina - diciendo viene un cantar:
"¿Qué haremos con una cuna - si el Infante ausente está?
Quien pudiere en esta noche - la noche de Navidad,
encontrar un niño hermoso - que durmiere en el altar.
Que la fatiga ya es mucha - y la pobreza un penar
y es bueno cantar tonadas y mucho mejor, orar".

Así cantó el caballero - herido de soledad.
El viento onduló las aguas - las aguas hizo ondular
y llevó los tristes aires - que hizo a todos suspirar.
"Quien hubiese tal ventura - qué caballero será
que hallase al Niño bonito - la noche de Navidad".

Respondióle una señora - tal respuesta le fue a dar:
-Yo tengo una niña hermosa - que en el altar puede estar.
Nacida fue en el camino - que hacia aquí tuve que andar.
Es tan linda como el cielo - y muy dulce su mirar.
Primera niña nacida - en la tierra de Garay,
en la tierra donde un día - Señora la han de llamar.

Dijo el padre -nuestra hija- la cuna puede ocupar
en lugar del Niño Dios - la noche de Navidad.
Que si esto está sucediendo - por obra de Dios será.

"Encuentro de Garay con Jerónimo Cabrera en Coronda". Oleo del pintor santafesino Juan Arancio.

1573 Santa Fe Antiguo

Tocando está la vigüela - que es noche para escuchar,
Antonio Thomas, piloto - y músico de verdad.
-Yo canto los villancicos - que en mi aldea oí cantar.
Que Asunción está muy lejos - pero España mucho más.
Que en esta tierra los sueños - ya tienen cómo empezar.
Dejemos los arcabuces y oremos por la ciudad.

Por el monte y las barrancas - que no se ha oído otro igual,
sube el canto de los hombres - la noche de Navidad.
Las aves que van volando - volando van al altar
donde hay una niña hermosa - que al indio hace olvidar.
Misterio de las estrellas - tanta tierra que poblar,
tanto cielo que los mira - en Nochebuena rezar.
El rey Felipe no sabe - qué difícil que es andar.
Con la música y el vino - resulta fácil soñar.

Caballero que camina - diciendo viene un cantar.
Todos los peces del río - se asoman para escuchar.

"Quien hubiese tal ventura - para siempre recordar,
como hubo aquella niña - en la tierra de Garay".

María Guadalupe Allassia.

Este romance está basado en un hecho histórico acaecido en diciembre de 1573, primera Navidad de la entonces recién fundada Santa Fe.
Según la historiadora J. Catalina Pistone, la niña a que hace referencia la crónica es la primera mujer santafesina, basándose en las declaraciones de Antonio Tomás Santucho, cura de naturales, quien dijo : "soy hijo de Isabel González, quien nació en el camino viniendo a esta Conquista".

Imágenes del manuscrito de la Historia del Padre Techo, ilustrada por indígenas de las Misiones Jesuíticas del Paraguay. Biblioteca Nacional de Madrid.

Los mancebos, hijos de la tierra
(1573)

... Los hijos de la tierra, la futura rebeldía de aquellos vasallos...

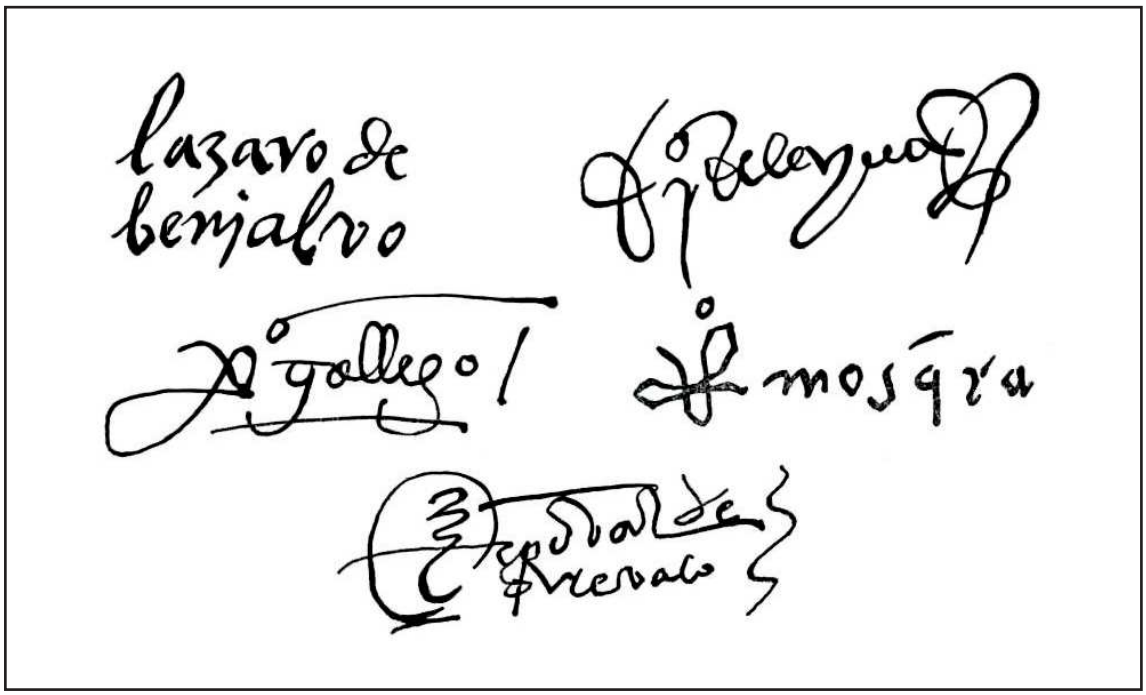
Cuando muere Irala, en 1550, mestizos y criollos, principalmente los mestizos, los hijos de la tierra, superan ampliamente al elemento español metropolitano, son los que dan la verdadera y auténtica fisonomía a la colonia mediterránea. Ortiz de Vergara, que pudo conocer y apreciar a este elemento humano que caracteriza a la tierra, escribió que "... eran tan hombres de bien en aquellas provincias que no conviene llamarles mestizos, sino del nombre que ellos se precia, que es el de montañeses". Ya para 1573 estos hijos de la tierra fundarían con Juan de Garay la ciudad de Santa Fe, y en 1580 la ciudad de Buenos Aires. Son numerosos, capaces, bien adaptados a la tierra, baqueanos, hombres que usan garrotes en lugar de espadas, porque no las hay para ceñir, lindos jinetes en ambas sillas. Diestros arcabuceros, pronto, muy pronto fueron el temor, la prevención y la desconfianza de los buenos funcionarios reales que vieron despuntar en la suficiencia, en la soberbia y en la cabal adaptación al medio, la futura rebeldía de aquellos vasallos.

.....

Alberto M. Salas.
Tiempo de Indias, Tiempo de Buenos Aires.
Bs.As. Editorial Plus Ultra, 1983.

Escudo de armas
de Hernandarias de Saavedra.
(Apócope de Hernando Arias de Saavedra).
(Asunción 1564 - Santa Fe 1634).
Banco de Imágenes Florian Paucke.
Sistema Provincial de Archivos.
Archivo Intermedio.

Firmas de los Siete Jefes.
Las cuatro primeras firmas corresponden a los jefes revolucionarios
Lázaro de Benialvo, Diego de Leiva, Pedro Gallego y Rodrigo Mosquera.
La última, a Cristóbal de Arévalo, que traicionó el movimiento.
Banco de Imágenes Florian Paucke.
Sistema Provincial de Archivos. Archivo Intermedio.



Los Siete Jefes
(1580)

A sólo cinco días de la segunda fundación de Buenos Aires
y en ausencia de Garay, hay gran inquietud entre los criollos de Santa Fe.

Han pasado siete años de lucha firme y lenta.
La víspera es de "Hábeas". Mil quinientos ochenta.

El Ángelus doblega, piadoso, su rodilla.
El Regidor se quita su jubón y golilla.
Duerme toda la gente mientras vela el retén.
Terminado su rezo, se oye a un fraile el amén.
Sólo seis embozados cruzan prestos la plaza.
Otro, los espera, impaciente, en su casa.
Llegados que son éstos ultiman los detalles.
(Catalina de Enciso, avizora la calle).

Todo está preparado. ¡Sutil revolución!
La víspera es de "Hábeas". ¡No hay mejor ocasión!

-¡Estamos relegados!- dicen los siete criollos.
-¡Por fin será este pueblo nuestra fuerza y meollo!
Y alzando siete copas los hijos de la tierra,
empuñan sus tizonas, presintiendo la guerra.

.....

Y resueltos a todo, marchan a la ciudad.
Una lechuza grazna desde la eternidad.

.....

José Rafael López Rosas.
Canto a la ciudad de Santa Fe (fragmento).
Santa Fe, Editorial Colmegna, 1949.

Esquina de las calles 9 de Julio y Entre Ríos.
Banco de Imágenes Florian Paucke.
Sistema Provincial de Archivos. Museo Etnográfico y Colonial.

El Pueblo Viejo
(siglo XVI)

El primer trazado comprende once manzanas frente al río por seis de fondo. Es probable que las viviendas se hubiesen reducido al principio a confortables ranchos de paja con maderamen de algarrobo y laurel negro, que abundaban en tierra firme y en las islas, respectivamente. La vivienda con techo de paja de dos aguas no es invento criollo. Es la construcción típica de la región rural del sur de España. Tal herencia hispánica como lo son la faja, la blusa chapona, el sombrero aludo con barbijo, el cuchillo a la cintura, la flor en la oreja y también la guitarra, la afición al caballo y la práctica de llevar a la mujer en ancas.

Después vendrían las inconmovibles construcciones de tapias, con paredes que a veces excedían el metro de anchura, que el viento, la lluvia y los animales no lograron destruir en cuatro siglos como si las hubieran construido con cemento. Las casas tenían generalmente dos o tres aposentos grandes, corridos, con galería a la calle y al patio. Tal como se veían algunas hasta hace cuarenta o cincuenta años en el barrio sur de la ciudad "nueva", tal como se las ve aún en Santa Cruz de la Sierra o en Asunción. Todas con techo de paja los primeros años y, desde la época de Hernandarias, de tejas.

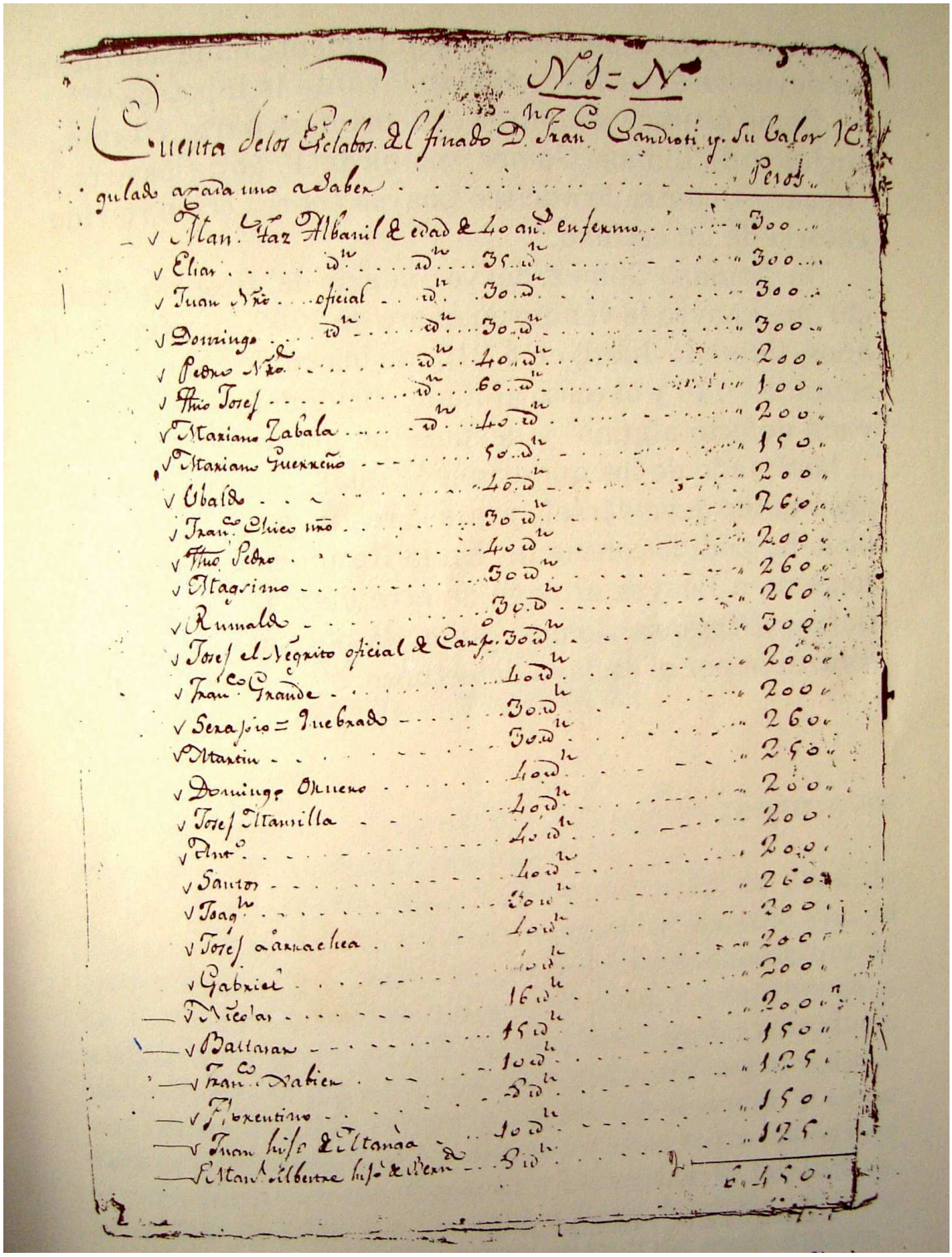
.....

Cada solar ocupaba por le general un cuarto de manzana. Dentro estaban, además de la vivienda, los patios sombreados por parrales y glorietas de glicinas y madreselvas y algún naranjo. También se hallaban los cuartos de las indias de servicio y de algún esclavo negro o indio de confianza. Todos ellos ayudaban en los menesteres, tejían el algodón, desgranaban el maíz, hacían los orejones y el vino, cuidaban la huerta y servían para hacer los mandados a las chacras y las estancias y para el acarreo.

.....

Hay que pelear duro contra los indios (...). La lucha adquiere a veces caracteres de tal violencia que los santafesinos tienen que asistir a misa con el caballo de la rienda, bien armados y, el que tiene armadura, con ella puesta, aunque el sol le saque ampollas en la espalda. Y con el oído puesto, un rato, en los latinajes indescifrables del fraile que oficia la misa, y otro en los alertas de los centinelas y aún en los gritos de los chajás y de los teros que anuncian la presencia de gente extraña (...). Pero al final el trabajo va rindiendo sus frutos. Santa Fe es una ciudad rodeada de chacras donde se cultiva el algodón, se lo hila y teje. Hay quintas de frutales, se siembran toda clase de granos y también sandías, zapallos, melones. Se ven hermosos viñedos con cuya olorosa uva se fabrica vino.

Juan M. Vigo.
Fundación y traslado de Santa Fe (fragmento).
Santa Fe, Librería y Editorial Colmegna, 1972.



N.º 1 = N.º

Cuenta delos Esclabos del finado D.n Fran.co Candioti y su valor re-
gulado a cada uno a saber . . . . . Pesos

Man.l Paz Albanil	de edad de	40 an.s	enfermo	300
Elias	id.n	35 id.n		300
Juan Nro.	oficial id.n	30 id.n		300
Domingo	id.n	30 id.n		300
Pedro Nro.	id.n	40 id.n		200
Thio Josef	id.n	60 id.n		100
Mariano Zabala	id.n	40 id.n		200
Mariano Guerreño		50 id.n		150
Ubaldo		40 id.n		200
Fran.co Chico nro.		30 id.n		260
Thio Pedro		40 id.n		200
Magsimo		30 id.n		260
Rumaldo		30 id.n		260
Josef el Negrito	oficial de Carp.o	30 id.n		300
Fran.co Grande		40 id.n		200
Serapio = Quebrado		30 id.n		200
Martin		30 id.n		260
Domingo Ornero		40 id.n		250
Josef Mansilla		40 id.n		200
Ant.o		40 id.n		200
Santos		40 id.n		200
Joaq.n		30 id.n		260
Josef Larrachea		40 id.n		200
Gabriel		40 id.n		200
Nicolas		16 id.n		200
Baltasar		15 id.n		150
Fran.co Xabier		10 id.n		125
Florentino		8 id.n		150
Juan hijo de Manga		10 id.n		125
Man.l Albertre hijo de Bern.do		8 id.n		
				6.450

Tasación de los negros esclavos de D. Francisco Antonio Candioti, en 1816.
Archivo del Dr. Manuel M. Cervera. Caja Nº 14.
En: La Esclavatura Negra en Santa Fe.
De: J. Catalina Pistone.

La historia esclavista de Santa Fe

(...)En Santa Fe aparecieron los negros esclavos sesenta años después de su fundación, en 1633. Como la introducción estaba prohibida, se realizaban simulando averías -los barcos introductores de negros- y con esa excusa, ante la imposibilidad de seguir navegando, se autorizaba en Buenos Aires el remate de su carga.

*El regateo por el precio de los esclavos estaba establecido tácitamente, porque tanto importaba la edad "lo más aproximadamente posible" que poseían los esclavos como el estado de salud, aunque esto ya estaba estipulado en el "**Palmeo**" y la "**Carimba**" que se practicaban antes de adquirirlos. El **palmeo** consistía en la medición de cada esclavo, que debía tener un mínimo de 7 palmos de estatura, es decir, aproximadamente un metro con setenta centímetros, además del examen físico de aptitud y edad tentativa. La **Carimba** (palabra portuguesa) era una pequeña marca a fuego que se hacía con un hierro al rojo en la espalda, el pecho o los muslos. Esta señal daba garantía al comprador de que había entrado legalmente a América. En febrero de 1787 se decretó la prohibición de marcar a los esclavos con hierros al rojo, aboliendo para siempre la práctica establecida.*

Los negros adquiridos en su mayoría eran enviados al Perú, aunque algunos quedaban en Buenos Aires o en el Río de la Plata.

Los que se radicaron en Santa Fe, se asimilaron a las familias que los adquirían, al punto de ser uno más de la casa.

Se los trataba con familiaridad y ellos retribuían con un buen comportamiento, sumisión y cariño. Tanto fue así que los amos permitían que sus esclavos aprendieran y ejercitaran un oficio, que con su producto -que era ganancia exclusiva del negro- compraran su libertad, o las de sus esposas o de sus hijos. Los protocolos de Escrituras Públicas están saturados de ejemplos de compra de la libertad de un esclavo a su amo o ama.

*En la Real Cédula de 1789 que constituyó el llamado **Código Negro**, por primera vez, a pesar de que la legislación indiana reposaba en las Partidas, se ocupó del concepto de persona, aunque tardíamente. En este sentido, el esclavo era susceptible de contrato, donación y venta, y sus hijos seguían la condición de sus padres. A pesar de ello, el negro estaba desprovisto a gozar de derechos (...).*

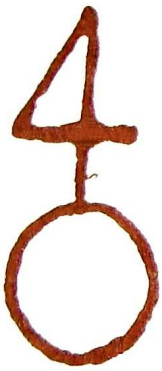
En Santa Fe, una situación social digna de destacarse es la existencia de esclavos de corta edad en los Padrones de 1816 y 1817, cuando ya la asamblea de 1813 había proclamado la libertad de vientres y la prohibición del tráfico de esclavos (...).

Para el primer documento (1816), es el caso de Domingo Gómez de un año y Eugenio Gómez de ocho meses, esclavos pardos, ambos de la familia de Lorenzo Gómez.

Este ejercía el patronato de estos esclavitos o muleques hasta los veinte años (siendo varones); sirviendo gratis los primeros quince años. Cumplidos los veinte quedaban librados a su propio arbitrio.

La familia de don Salvador Amenábar registra a Hermenegildo Amenábar, esclavo pardo de dos años (1817).

J. Catalina Pistone.
La Esclavatura Negra en Santa Fe.
Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe.



Marcas de negros esclavos y negro vendedor de pasteles.
En: La Esclavatura Negra en Santa Fe.
De: J. Catalina Pistone.

La Carimba

A J. Catalina Pistone
In memoriam

En la ciudad ésta, de islas con plumas de garza y niebla con lenguaje de pañuelo, olorosa a eucalipto y a hinojo silvestre; en esta ciudad, sí, en que las mujeres andan graciosas sobre la arena y llevan en las orejas perlas de la laguna, se relata la historia del unicornio blanco, cómo fue hallado y cómo volvió a perderse cuando ardía el sol en la respiración de los árboles.

Poco dicen las crónicas de esta bestia sagrada y bella, que según parece, pertenece a la categoría de seres únicos o casi únicos, que sólo por excepción se dejan ver o sentir.

Sin embargo, leyendo el testimonio de Rodrigo de Albornoz, contador de la Nueva España que llegó a las cercanías de la Laguna de la Virgen, se tiene noticia que en estas tierras americanas aparecía un animal que tenía un cuerno solamente.

También en otros manuscritos aparece el relato de un náufrago, a quien le dieron tres veces a beber un aceite dorado y licoroso desde el cuerno de un unicornio, el cual, engastado en plata, parecía detener el Tiempo, curar todos los males y otorgar aires de libertad nunca antes sentidos.

Pero el testimonio más misterioso y estremecedor de estos seres tan llenos de gracia y finura, proviene de un relato que une el blanco con el negro, la noche con el día y los reinos olvidados de la dimensión de plata con las sombras amargas del camino de los hombres.

Todo sucedió como en un cuento: tres días para ver al unicornio, tres días para perderlo. No dura más el encantamiento cerca de las aguas tibias donde nadan las naranjas y los espejismos de barcos fantasmas.

Hablan los que saben de un manuscrito escondido donde va a morir el sol. O escondido aquí nomás, en un hueco con sortijas de plata entre paredes encaladas de una iglesia, entre cabellos de luna, páginas de pergamino, dibujos de oro de Indias y sello real.

Los siglos pasan y la historia queda en las bocas del pueblo como saliva caliente y embrujada.

Y como la historia se ha relatado tantas veces, echó raíces en la tierra. De ella brotó una planta que florece en rosa, cada primavera, cuando siete palomas agitan las campanas del convento.

Horas viejas que espantan los diablos y horas nuevas que llaman a los caballitos del diablo, con sus cuatro alitas transparentes volando cerca de las aguas.

Tal historia habla también de Xaviera, negra esclava que amasó una vasija con barro y leche, de la cual bebían los pájaros como a la puerta de un templo, y de su marido Arará Cuévano, conocido por su nombre cristiano, Jerónimo, comprado por yerba y doscientos pesos de plata acuñada.

Jerónimo de Todas las Gracias no tenía muchas ideas, pero las pocas que poseía eran buenas y amarillas como el maíz maduro.

Siempre tenía una melodía en la cabeza, aunque no la cantara jamás. La melodía ocupaba casi todo su pensamiento como un vuelo de garza en un cielo de aguamarina enamorada.

Era una canción que iba y venía, como este río que hace en medio tantas islas que no se pueden contar. Una canción de vino viejo y agua dulce y buena, de aliento de árboles y luces de candelas sagradas.

Marido y mujer acudían a la iglesia, todos los domingos , de las dos a las tres horas de la tarde, después que sonaba la campana de la Compañía de Jesús, para ser instruídos en la doctrina de nuestra Santa Fe Católica. Pues si no lo hacían, debían ser castigados con pena de azotes en el rollo de la Plaza.

Pero Xaviera y Jerónimo no asisten por temor, sino por santa veneración al Niño Jesús, de ojos de cristal negro y cuerpito de porcelana rosada, que sonríe sobre sábana de satén desde su cunita de Palo Brasil.

Cunita de color de brasa
zalamelé de bongó
mamambé mayombelasa
zalamelé de songó.

Así se suelta la melodía como planta de calabacines entre el resplandor de las velas y la envoltura del incienso que se demora y se queda agazapado entre la piel y la melancolía.

Entonces no alcanza el domingo para mirar esos ojos de cristal negro que parecen traer las noches africanas, donde el alma se duerme solita, en un barco púrpura de recuerdos, de manos, ojos, agua, estrellas y canciones con dientes blancos. Entonces no alcanza el domingo para rezar un poquito por los amos que les dan tan buen trato y procuran su conversión. También hay que orar otro poco para olvidar ese dolor en la piel que vuelve y vuelve, marca de fuego, ardor, hierro al rojo que oscurece todo y ablanda los huesos, soplo del Infierno, carimba carimbó.

No, no alcanza. Y Xaviera y Jerónimo regresaban, con el permiso de sus amos, a hincarse frente a ese Dios chiquito y suave, aromado de rosas como en Angola nunca se vio.

Las manos negras tocaban con suavidad la piel de leche, que en los días de calor parecía, sólo parecía, llenarse de gotitas de sudor. Entonces Xaviera, sacaba un pañuelo de lienzo burdo y lo pasaba por el cuerpo de Diosito hablándole en susurros, con aliento de mamaza a su muleque.

-Dale besitos, Jerónimo, ahora que no nos ven.

-Deje negra, no cometa pecado... La melodía va ocupando toda la cabeza de Jerónimo de Todas las Gracias y lo deja ahí, parado y en silencio, todo tronco de árbol musical por donde resbalan los ríos de la ternura.

Cuando llegaba la noche, los sueños de los negros Xaviera y Jerónimo, se entrelazaban en un laberinto oscuro de cadenas, tempestades, letras de hierro, fraguas y carimbas. Pero también aparecían claridades de perlas y senderos de flores de limón. Y los sueños amanecían lavados, limpios y serenos.

Los dos tenían el mismo sueño o tal vez cada uno soñara lo que el otro soñaba. Pero tal singularidad les confería una extraña unión como en el canto y el baile las noches del Barrio de San Antonio.

Así fue que, viéndolos siempre juntos, tan piadosos y entregados a la oración, los hermanos de la Compañía de Jesús acordaron con la familia de Pedro de Vargas, sus legítimos dueños, que concurrieran a la iglesia para tareas de limpieza y mantenimiento del altar. Como eran sumisos y de buen comportamiento, podían aprender un oficio y con su producto comprar su libertad.

Pero Xaviera y Jerónimo de Todas las Gracias no querían aprender oficio alguno que no fuera estar cerca del Niño de Piel de Durazno y sábana de satén.

A pesar de eso, al negro lo pusieron a fabricar velas y a la negra la destinaron a la santa tarea de lavar los inmaculados manteles para que se volvieran más blancos todavía. También les dieron una escoba , balde y trapos para dejar los pisos como Dios manda.

Esta era la tarea más querida, siempre en la profunda penumbra sagrada donde la luz entraba apenas por los vidrios tenues como velos, cerca de Jesús y de su mamaza, la Virgen que lloró un día y no alcanzaban los algodones para enjugar sus lágrimas.

Allí, con la otra luz, la de las velas, se sentía que los ríos de sangre se aquietaban, las voces de Angola no estaban más. El alma se subía a las manos y bajaba a los pies para bailar, barrer y despertar la melodía de calabacines en la cabeza de Jerónimo y la sonrisa de Xaviera, flor de jazmín.

Así, sólo de noche, volvía a veces el recuerdo del barco que los hizo esclavos, Cartagena de Indias, Buenos Aires. Simulando una avería se detuvo, para el remate de su carga se detuvo. Y con una señal de fuego, clavo caliente que punzaba, congoja roja y grito de vocales, los marcaron, carimba diabólica que mordió la espalda y dejó que la libertad huyera como se escapa el alma.

Al otro día, volvían a la iglesia que estaba cada vez más limpia y olorosa a crujiente almidón, a velas frescas y a madera de palo brasa. Y todo era serenidad e incienso purificador.

Y es aquí, en este punto de la historia, donde nos acercamos al pórtico de la dimensión secreta que comienza a quemar con excesivo brillo.

Dice el antiguo manuscrito que una mañana, cercana la Navidad, ocurrió un hecho que anunciaban las profecías: el arribo a las orillas de la luz por aquellos que ya la poseen en su corazón. Como un barco que se recuesta suave en las playas de un río verde, profundamente frutal y serenamente soleado, Xaviera y Jerónimo tocaron puerto un día que les cambió el destino.

No recuerdo bien, si se relatan de esta manera los hechos o se aproximan a la verdad, porque el manuscrito estaba amarillento, rotos los bordes de las páginas y la caligrafía era apretada y muy antigua. Pero las nanas repiten la historia como se tejen los hilos crochet de la memoria, con una aguja sola.

Día uno

Ese día, el tercero antes de Navidad, marido y mujer barrían la iglesia con cristiano esmero porque en un rincón cercano al altar, el Hermano Juan ante la Puerta Latina armaba el Nacimiento en recogido silencio.

Las figuras grandes y solemnes de María y José miraban al Niñito de Piel de Leche y brillo de crucecitas en los ojos de cristal negro. Y las velas, americanas velas, aceitaban con su luz la negrura africana de los esclavos e iluminaban los labios que oraban envueltos en el polvillo de las escobas.

Hasta que Xaviera vio la ventana detrás del Pesebre, como una flor abierta en primavera. No era una ventana como las otras. Tenía una arcada en la parte superior y por ella entraba el campo, la luz, el gorjeo de los pájaros y hasta un río que fluía en ondas y jugaba a mojar las santas figuras.

Xaviera quedó paralizada, detenido el Tiempo en sus ojos grandes y en su boca grande. Nunca había visto tanta maravilla. La luz entró, cayó sobre el Niño Jesús y tocó la cabeza de Jerónimo. Después se desplazó suave hacia su rostro y la cegó. Fue sólo un instante de hechizo y la luz volvió a los árboles de la ventana.

En ese momento vio Xaviera al Unicornio.

Parecía un caballito que se hubiera comido una luna helada, luna blanca que se le asomaba por la piel, las orejas, los ojos y por el cuerno largo y espiralado que tenía sobre su frente.

Detenido entre los árboles, mojadas sus crines por el río que cantaba, el Unicornio posó su mirada de plenilunio sobre el Niño Dios y desapareció al instante .

¿Cuánto Tiempo enredado entre el ensueño y la escoba había transcurrido?

Escoba que barre vuela, que barre baila, detenida está. Embrujada. Porque Xaviera

no la mueve, mientras el río salpica con agua dulce, que viene de la selva, la blanca vestidura de la Virgen, Mamaza buena que protege a su Niñito con una mano de nácar fino y la otra también.

-Jerónimo… -dice en un susurro Xaviera- ¿Viste eso?

-¿Qué? -contesta él- mientras la melodía de la cabeza le resbala por su cuerpo negro, enredadera de hilos armónicos, tonos y semitonos de calabacines dorados y redonditos.

-Negro, negro, ¿viste al caballito blanco?

Jerómimo de Todas las Gracias asiente con la cabeza y señala con su dedo negrote, envuelto en hojitas musicales, la ventana que brilla detrás del Pesebre y cerca, muy cerca del Hermano Juan ante la Puerta Latina que no vio nada, porque si hubiera visto, ah, entonces… entonces.

Un viento Brujo de Oscuridades entró como veneno de serpiente y cerró la ventana. Y el hechizo quedó roto. Había durado un suspiro y un poquito más, lo suficiente para que Xaviera y Jerónimo quedaran como sonámbulos, buscando un sueño perdido.

También hicieron un pacto de silencio, llevándose un dedo a la boca y mirándose a los ojos que guardaban, como en un espejo, la luz y el Unicornio.

Esa noche soñaron con la ventana y sintieron en sus cuerpos un aire de liviandad de paloma que vuela por los campanarios. El Unicornio se les presentó apartando de sí toda oscuridad, en un blanco torbellino galáctico, caminando suave sobre la luna.

Día dos

La mañana del día segundo los esclavos descubrieron que en sus ojos tenían grabada la imagen del Unicornio.

Dicen, dicen, que ellos se lavaron la cara con agua bendita y que la imagen no se borraba, toda ella luz y hermosura. Llegaron a la iglesia y se pusieron a barrer. Barrer con los ojos bajos, para que nadie viera lo que llevaban en sus pupilas. Barrer y esperar que se abra la ventana para ver lo que hay detrás de la pared, fascinación de oro que les fue donada graciosamente el día anterior. Al llegar el mediodía, Xaviera dijo :

-Negro, recemos al Niñito de Leche, que nos mira y nos mira. El sabe lo que pasó. Corazoncito de Melaza, yo te pido que abras otra vez la ventana y podamos sentir el campo, el río que salpica, el caballito que ya galopa en mi corazón tum tum.

Cunita de color de brasa
zalamelé de bongó

-Mamambé mayombelasa, zalamelé de songó- completó Jerónimo, en voz baja.

-No siga, Xaviera, que es pecado pensar en cosas que no son de este mundo. Mire lo que nos pasó ayer. Y el negro abre los ojos y se persigna y observa cómo Xaviera seca la transpiración del Niñito con su pañuelo de esclava y no lo escucha.

Mientras tanto, Jerónimo advierte que sus ideas se han vuelto más amarillas y han crecido un poquito como una planta de maíz. No en vano suceden los prodigios.

Su melodía, también amarilla, ha entrado en la cabeza de Xaviera como una telaraña de árbol a árbol. Entonces ella lo mira, comprensiva y le sonríe con esos dientes de juventud que reflejan la luz del día.

Jerónimo de Todas las Gracias pensó que todo sucedía como en los milagros y se sentía feliz. Pero también pensó en los azotes que les darían por desobedecer, abandonar las santas tareas y mirar cosas que quién sabe si son de Dios. Se arrodilló para rezar y pedir perdón a la Mamaza Santa, Santita, Virgen de las Lágrimas, María, tan bella que no se puede dejar de mirar. Perdón. Si no es pecado, abrí la ventana con tu mano de piel de rosa, vos que lloraste tanto, yo que lloré tanto, mi mujer que lloró tanto, Amén.

La ventana se abrió. Y apareció el caballito de harina, de hueso, de cal, de luna, paseando entre naranjos y un río color chocolate. Xaviera esperó.

El no se movió, aunque la melodía de tallos ondulados crecía festiva y lo cubría entero, tan sólo por esperar.

Después, los dos llegaron a la ventana casi juntos y sintieron el viento que les acariciaba los rulos africanos. Y sintieron el río que los llenó de gotitas y después, después. Ah, después.

La memoria de las nanas, tejida al crochet con una aguja sola, dice que cruzaron la ventana y corrieron por el campo verde, descalzos, embriagados de libertad. El Unicornio los guiaba por senderos atemporales, donde las cosas parecían estar y no.

El manuscrito no posee las páginas siguientes -creo suponer que faltan tres-, pero hay a continuación un curioso dibujo donde el Unicornio mansamente reposa en el regazo de una mujer negra. Alguien ha escrito :

Como el vuelo de la mariposa
así se sosiega
el corazón desconcertado
cuando se camina
por la hondura de la Luz.

(la página se interrumpe)

Día tres

(o aquél en el que se produce lo extraordinario)

Dicen, dicen, que Xaviera y Jerónimo volvieron a sus santas tareas en vísperas de la Navidad. Pero ya no eran los mismos. Habían entrevisto la dimensión maravillosa y nunca más hallarían felicidad fuera de ese lugar que parecía recién creado, jamás visto por ojo humano, ni tocado por mano alguna.

Allí querían volver porque en sus ojos llenos de lágrimas y Unicornio, pupilas de oro viejo, había quedado aprisionado el mundo, ése de la Luz, universo de aire libre que parecía borrarlo todo cual lluvia menuda que lava y deshace los dibujos de la carimba y desata los hilos enredados de los sueños.

-Es cosa de Dios, negro. Porque la ventana se abrió cuando rezamos- dijo Xaviera a media mañana de la Vísperas.

-Fue la Virgen, Reina de los Ángeles. Yo se lo pedí.

-No digas eso, negro. Fui yo que le supliqué al Niñito Boca de Durazno. Fui yo.

El incienso aromaba alrededor y ellos se mordían los pensamientos que salían como talismanes de agua clara, superpuestos, lámina sobre lámina, ojo sobre ojo.

Los manteles del altar guardaron entre sus encajes lo que no se puede contar, tejido de palabras que salían de la bocota negra de Xaviera, caían en el almidón y se acomodaban lisitas y disciplinadas entre los dobleces de la tela sagrada. Allí va el caballito que come luna de escarcha y que anoche bajó hasta su almohada.

Allí se ordenan los pensamientos de Jerónimo, como las velas, una por una, y se cierra la dulce herida de los recuerdos que ni el bálsamo católico ni el ungüento de Alabestro, ni el orozúz, ayudan en estos casos.

Unicornio (fragmento).
"Sueño con
Luna y Unicornio".
Oleo de María. G. Allassia.

Jerónimo de Todas las Gracias y Xaviera.
"Aires de Libertad".
Oleo de María. G. Allassia.

(borrado lo que sigue)

...siendo ya bien entrada la Nochebuena.

-¿Pero cómo se atreve a decir eso? ¿Cómo le digo a la Virgen que vamos a huir, a más de una legua fuera de la ciudad, vaya a saber adónde queda el Paraíso, y convertirnos en fugitivos, con pena de cien azotes en el rollo, atados hasta que se ponga el sol? ¿Eh? Diga, eh.

-Negro, negro, usted necesita un emplasto de flores de manzanilla con vinagre para que lo cure de la fiebre del miedo. Rece a la Señora de las Lágrimas para que abra la ventana, que ella entiende todo... Rece, rece con fe...

La luz vino despacito, como jarabe invisible que se derrama, se abrió en haces de ámbar oro y cubrió la negrura de los africanos que oraban bajito con ojos de esclavos y Unicornio.

Después, la Virgen levantó su mano derecha y abrió la ventana con natural gesto de ternura.

La misma luz los llevó a través de la ventana y los depositó, suavemente, sobre el río vestido de estrellas. Después la ventana se cerró .

El Hermano Juan ante la Puerta Latina sólo vio cómo la Virgen sonreía y acariciaba al Niño de Piel de Rosas justo en el preciso instante en que ingresaba a la iglesia.

Un aroma a sándalo subía y bajaba entre las velas cuando se tocaron las campanas anunciando el milagro.

Lo demás, la misteriosa desaparición de dos esclavos, es historia que olvidaron los hombres . O que no quieren recordar.

María Guadalupe Allassia.

Un milagro en Santa Fe
(1636)

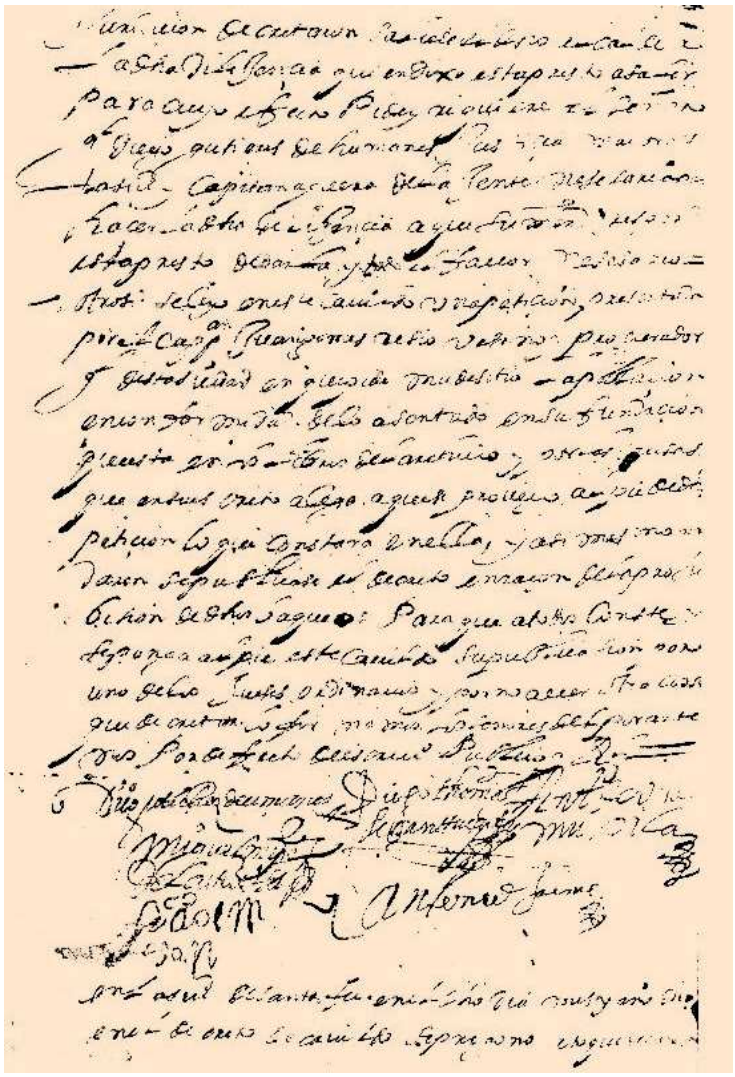
En la primitiva ciudad del siglo XVII, que el adelantado Ortiz de Zárate calificara como "escala y descanso de los navíos y las gentes", estaban en la plaza mayor el colegio y templo de la Compañía de Jesús, linderos con la morada de Jerónima de Contreras y la viña que los jesuitas habían comprado a doña Luisa Lencinas. Allí llegó en 1633 el hermano Berger, francés, músico, escultor y pintor, y a veces médico, tal como cuentan las crónicas. Es él quien, en 1634, pintó el cuadro de la Inmaculada Concepción que los santafesinos llamaban la Limpia Concepción y que hoy conocemos como el de la Virgen de los Milagros. Esa historia es bien conocida.

... El viernes 9 de mayo de 1636 sobresaltaron los repiques de campanas. Dos actas redactadas y firmadas el mismo día, la civil y la eclesiástica, dan cuenta del sudor abundante o hilillos de agua que durante una hora brotaron de la mitad del lienzo, ante el asombro de los presentes. El juez o vicario dijo: "Esto ocurrió en gran suma, sin poder acabar de enjugar el sudor..." A su vez, el escribano real expresó: "Aunque mucho limpiaba, más agua salía, de forma que dio muchos algodones mojados". El milagro -teológicamente un hecho sensible, extraordinario, fuera del orden natural de las cosas- fue certificado por el escribano Juan López de Mendoza y el encargado de la Matriz, Hernando Arias de Mansilla, quien subido a un banco mojaba sus dedos y empapaba algodones (...). Es el primer milagro que registran los anales del libro recopilado en 1700. Cristianos y gentiles observaron este insólito suceso. El P. Faustino Salaberry, destacado historiador y filósofo uruguayo, que estuvo muchos años en el Colegio de la Inmaculada, escribió sobre este tema, con sabor a romance:

"Sonaron las campanas, acudió el pueblo,
los capitanes, los soldados, los mozos y
los viejos, el indio y el mestizo, y al ver
llorar a la Señora, lloraron con ella.
Durante siglos la Virgen del Milagro
fue llamada la patrona de Santa Fe.
Así se lo menciona en antiguos
devocionarios, de los cuales he visto
dos, impresos en Buenos Aires
en 1749 y 1885".

José Pérez Martín.
Latitud Sur 31° .
Momentos estelares de Santa Fe.
Santa Fe. Ediciones Colmegna. 1975.

Virgen de los Milagros.
Hermano Luis Berger.
Iglesia de la Compañía de Jesús.
Banco de Imágenes Florian Paucke.
Sistema Provincial de Archivos.
Museo Histórico Provincial de Santa Fe.



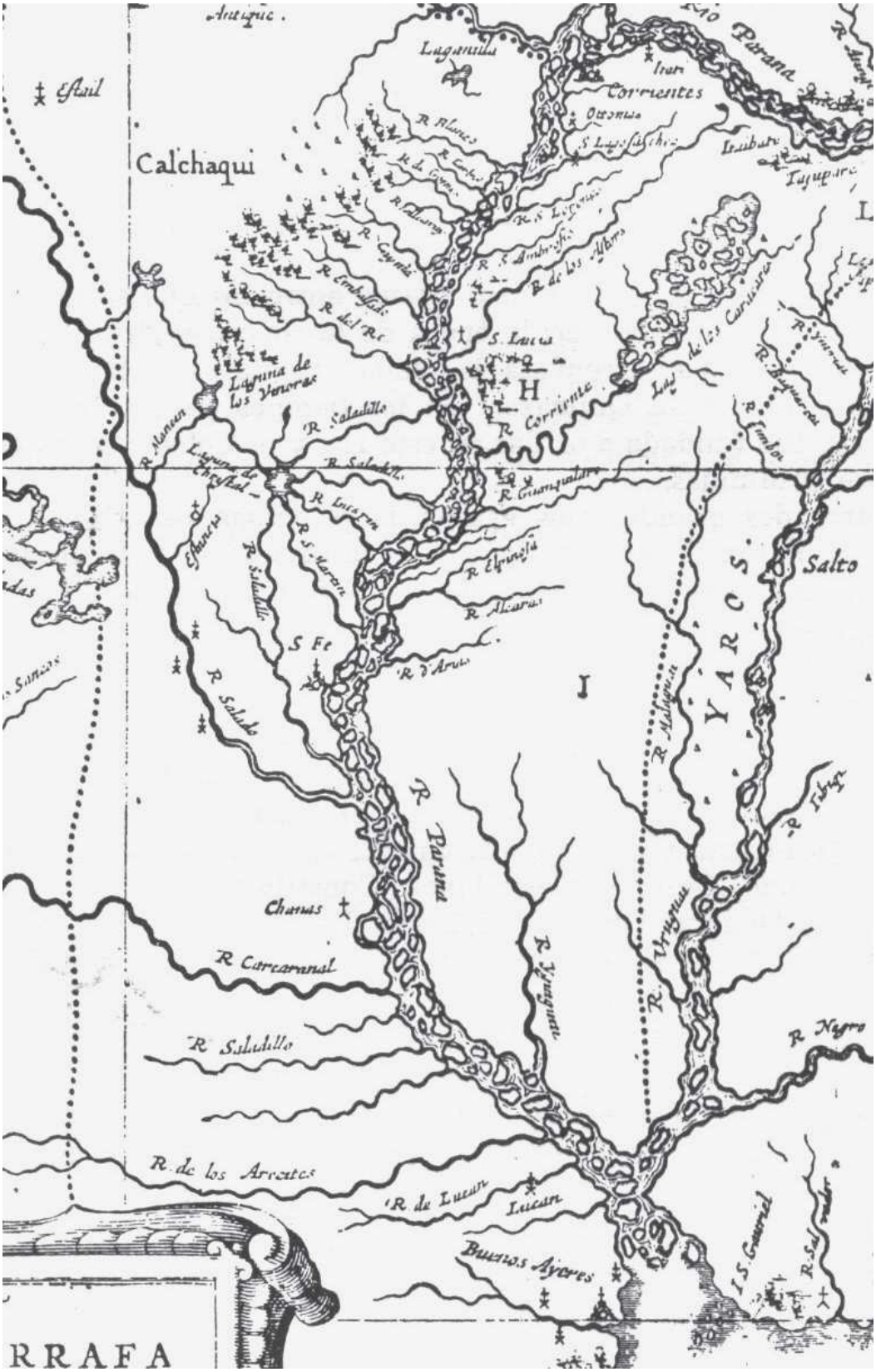
Acta del Cabildo de Santa Fe.
Petición del Procurador General solicitando se mude de sitio la ciudad de acuerdo con lo establecido en su acta de Fundación.
Parte Pertinente.
Archivo General de la Provincia de Santa Fe.
A.C. T.III. f. 115 y 115v.
(Santa Fe, 21 de Abril de 1649).
De: Andrés A. Roverano
Ex Director General Archivo General de la Prov. de Sta. Fe.
15 de Noviembre de 1973.

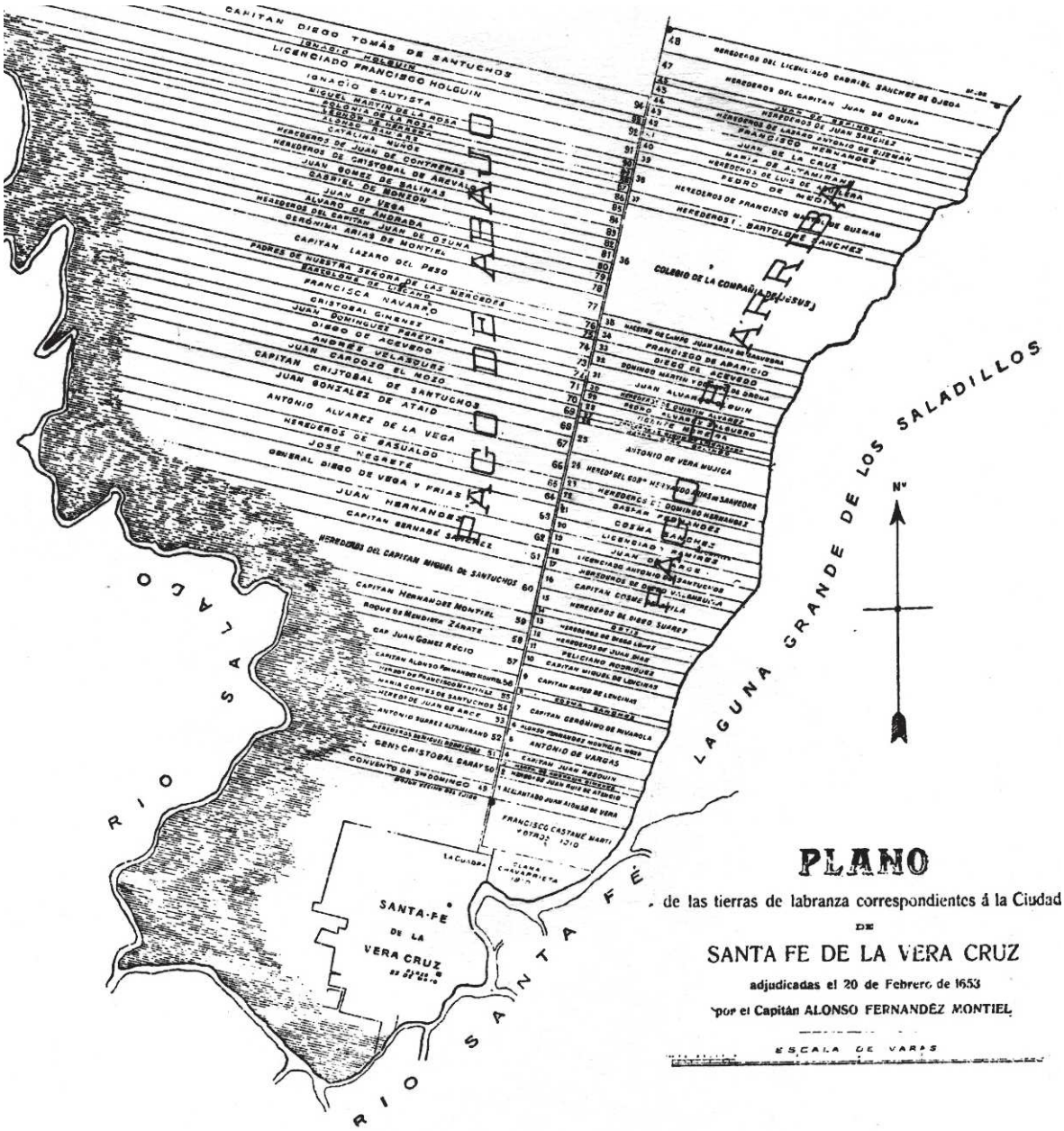
Transcripción

"Juridicion decretaron saliese el dicho alcalde a la dicha dilijencia quiendixo esta presto a salir para cuyo efecto pide y requiere al Señor General Diego gutierres de humanes, Justicia mayor desta siudad y Capitan a guera de la jente nesesaria para hacer la dicha dilijencia a que su merced respondio esta presto de darla y todo el fauor nesesario-
Otro si se leyo en este cauildo vna peticion presentada por el Cappitan Juan gomes resio vesino y procurador general desta siudad en que pide mude sitio la poblacion en conformidad de lo asentado en su fundacion que esta en lo Libros del archiuo y por las causas que en su escrito alega a que se proueyo al pie de dicha peticion lo que constara en ella, y asi mesmo mandaron se publicase el decreto en racon de la prohibision de dichos baqueos . Para que a todos conste y se ponga al pie este Cauildo su publicasion por uno de los jueses ordinarios y por no auer otra cossa que decretar lo firmamos Los señores del por ante nos Por defecto de escriuano Publico y real-
Diego Gutirres de Umanes Diego thomas de Santuchos Antonio de vera muxica-"

En el mapa se observa con claridad la ubicación de la primitiva Santa Fe, antes de su traslado definitivo.

Cartografía Jesuítica.
Luis Ernot. 1635.
En: Historia de Santa Fe.
De: Leoncio Gianello.
Editorial Plus Ultra.
Bs. As., 1978.





Plano de las tierras de labranza correspondientes a la ciudad de Santa Fe de la Vera Cruz.
(Adjudicadas el 20 de febrero de 1653 por el Capitán Alonso Fernández Montiel).
Manuel M. Cervera.
Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe, t. I 2da. Edición.
Santa Fe, Imprenta de la Universidad del Litoral, 1979.

La Segunda Fundación
(1650)

Pero toda esa existencia tenía el sello trágico de un constante fragor de lucha contra los indígenas y contra la misma naturaleza, en las inundaciones y derrumbes de la barranca. El destino no estaba para cumplirse frente a los recodos del río San Javier. Un hado indescifrable lo apuntaba hacia otras riberas, como las del Saladillo y la laguna Grande, que hoy conocemos con el nombre de Guadalupe.

Los años continuaron y Santa Fe la Vieja se fue sepultando en las arenas, mientras crecían entre los escombros los yuyos y el palán-palán.

(...) Apareció otro sitio y vinieron otros hombres. El 14 de agosto de 1650 el Cabildo aprobó la idea de trasladar la ciudad.(1)

(...) Fue larga la mudanza: carretas y ganados, custodiados por piquetes que exploraban la zona y ordenaban los descansos. A pesar de las órdenes, muchos se empecinaban en el real abandono. Los ataban los recuerdos, sus intereses en sembrados y vacunos y los restos de los antepasados, semihundidos en el derrumbe de los altares, sobre los cuales corrían víboras y lagartijas.

Pero al final fue quedando solitaria: una ciudad muerta en la cual levantaba sus aduares el aborigen.

José Pérez Martín.
Latitud Sur 31° .
Momentos estelares de Santa Fe.
Santa Fe. Ediciones Colmegna. 1975.

(1) "El 1° de agosto de 1650, el Cabildo aprueba el afán de los jóvenes hijos santafesinos, y se convierte en realidad la idea del traslado".
(En: Literatura Folclórica de Santa Fe, Santa Fe, Editorial Colmengna, 1985. Pág. 15. De: Jorge Alberto Hernández).

En el rincón de Lencinas

.... después de diez años de sacrificios, privaciones, ataques del indio, inundaciones, desengaños y trabajos denodados por levantar la nueva ciudad, un día de abril de 1660 los pobladores más optimistas se instalan definitivamente en el sitio que ocupa actualmente la Capital de la provincia en el rincón de Lencinas, -como se llamaba antiguamente-, mientras quedaba allá, Paraná arriba, en el brazo denominado "Quiloazas", un grupo de aferrados al lugar, que luego se convertirían en leyenda, sepultados sus nombres por las arenas lentas, obstinadas de presente y ansiosas de misterio, que se iban desprendiendo de la paciencia milenaria de las corrientes fluviales, grano por grano, año por año, vida por vida, hasta cubrir con una mano de silencio todo el trabajo y los sueños de quienes creyeron en la permanencia definitiva de las esperanzas traídas de la Asunción, cuando siguieron el trazo luminoso de la espada fundadora de Garay, aquella que abrió el surco fecundo del asombro germinado de mañana. La misma hoja forjada en el lema de "abrir puertas a la tierra".

Jorge Alberto Hernández.
Literatura Folclórica de Santa Fe.
Santa Fe, Editorial Colmegna, 1985.

Muerte de Don Juan de Garay.
Cuadro de J. García Bañón.
Banco de Imágenes Florian Paucke.
Sistema Provincial de Archivos. Archivo Intermedio.

"... la más ínfima de todas las otras ciudades..."
(1658)

Pero cuán triste, cuán pobre y deshabitada debía ser esta ciudad, que apenas fundada, tuvo que sufrir de nuevo por más de un siglo, los repetidos ataques de los indios del Chaco. Apenas puede apreciarse esto, leyendo al viajero Azcarate du Biscay que la visitó en el año 1658 y dice: "era una pequeña población de 25 casas, sin murallas, fortificaciones ni guarnición, la más ínfima, de todas las otras ciudades españolas de las gobernaciones del Plata y Tucumán".

Manuel M. Cervera.
Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe, t. I 2da. Edición.
Santa Fe, Imprenta de la Universidad del Litoral, 1979.

Colegio de la Inmaculada Concepción.
Banco de Imágenes Florian Paucke.
Sistema Provincial de Archivos. Archivo Intermedio.

Músicos

... En el trabajo "Aproximación a la música en la época de los jesuitas", del que es autor el Ingeniero Jorge Alberto Terpín, éste cuenta:
" Al poco tiempo (de estar en San Javier) a un grupo de 20 muchachos (Paucke) les enseña los fundamentos de la música en lengua nativa", y reitera de Paucke cuando dice : "A partir de este momento éstos y los que se vayan incorporando serán mis músicos".
"Resulta curioso comprobar", dice Terpín, "cuáles eran los (instrumentos) que se utilizaban, a saber: seis violines, cuatro flautas , seis chirimías, una espineta, dos arpas y una corneta de monte. Además construyen instrumentos, entre otros un órgano de un positivo con cinco registros, sin olvidar también que en esa Reducción y bajo su dirección, se tallaron altares de una calidad tal, que al poder verlos hoy día, afortunadamente en museos, nos huelga de comentarios".
No se limitó a enseñarles a ejecutar instrumentos musicales y a cantar en coro. Llegó a tener una fábrica de instrumentos en la que trabajaban los indios bajo su dirección. El pulimento lo realizaban con pedazos de vidrio que el misionero había traído de Córdoba. Fabricaba violines con madera de sauce, flautas, comenta el Dr. Manuel Cervera en su libro "Poblaciones y Curatos", llegaron a fabricar fagotes, instrumento de viento de madera realmente complejo.
Los coros y conjuntos musicales que llegó a formar Paucke con los indios se hicieron rápidamente famosos y era una constante la invitación para su actuación en cuanto acontecimiento religioso o importante se celebrara en la ciudad de Santa Fe, e incluso en la de Buenos Aires. En estos viajes Paucke no se separaba en ningún momento de sus indios, trataba de apurar el regreso, de manera de evitar el contacto de éstos con los españoles. Estas actuaciones fueron siempre aplaudidas y en una oportunidad, en la Catedral de Buenos Aires, terminada la Misa en la que había cantado el coro indígena, el Obispo caminando por la nave central del templo, exclamaba de viva voz la suerte de poder contar con "estos ángeles que hoy alabaron al Señor".
Paucke era tentado, tanto en Buenos Aires como en Santa Fe, para que se quedara a enseñar a los hijos de los españoles y "no perder tiempo con salvajes", pero nada podía separar al misionero de sus indios.

Jorge Campana.
Ñastic (yo agradezco).
Florian Paucke (aspectos sobre su vida y su obra).
Ediciones Culturales Santafesinas. Rosario 2002.

Los músicos indios de 16 años
(1754)

(...) "Fui llamado con mis veinte muchachos a la ciudad de Santa Fe al Colegio, donde tuve que cantar con mis indios las primeras vísperas, y al otro día también la misa de San Ignacio. La concurrencia vino de toda la ciudad, y para que ella pudiera ver mejor a mis músicos indios la ciudad pidió que se colocaran estos músicos en el coro de la iglesia... La música cantada se ejecutó con dos violines, un violoncelo, una trompa marina, dos arpas, ocho violines y los demás cantores. Eran todos veinte muchachos indios, no mayores de 10 años. Muchos españoles no pudieron contener las lágrimas durante esta ejecución".

La mayoría de los instrumentos musicales habían sido fabricados por los indios, especialmente las flautas y chirimías, si bien, se construye un "órgano" por encargo destinado a una iglesia de Santa Fe. Los instrumentos musicales violín, flauta traversa, corneta de monte o espineta causaban gran regocijo a los indios, los cuales en tres años lograron una modesta formación musical.

Aunque estos indígenas no tienen bailes propios, tienen, sí, sus instrumentos musicales: silbatos, cuernos de buey y tambores, estos últimos fabricados con una olla llena de agua hasta la mitad y cubierta por un cuero de oveja".

Florian Paucke.
En: Ñastic (yo agradezco).De: Jorge Campana.
Florian Paucke (aspectos sobre su vida y su obra).
Ediciones Culturales Santafesinas. Rosario 2002.

Banda de música integrada por indígenas.
Banco de Imágenes Florian Paucke.
Sistema Provincial de Archivos. Archivo General.

Virreina Doña Rafaela de Vera Mujica, esposa del Virrey Joaquín del Pino.
Nacida en la ciudad de Santa Fe el 24 de octubre de 1753.
Banco de Imágenes Florian Paucke.
Sistema Provincial de Archivos. Archivo General.

Inscripción recordatoria
en la Iglesia Nuestra Señora del Pilar. Bs. As.
Foto gentileza Flia. Andreasen.

La vida social
(siglo XVIII)

"... en la vieja Santa Fe callada y soledosa junto al río".

La vida social era sumamente sencilla. Salvo las visitas que entre las amistades se realizaban con acostumbrada frecuencia -visitas en las que los hombres se apartaban de la conversación de las señoras para hacer su partida de naipes- puede decirse que no existían diversiones en la vieja Santa Fe callada y soledosa junto al río.

La familia tenía algo de aquella familia de la fuerte Roma de la República que hizo la grandeza de la ciudad de Rómulo. El padre, jefe supremo, trataba por lo general severamente a sus hijos. Estos casi siempre eran numerosos por lo que ayudaban a su crianza esclavas mulatas o negras. "El hogar colonial -dice Vinardell- era una gran familia formada por el padre, la madre, los hijos, los esclavos y los indios yanaconas, aparte de otros parientes que solían agregarse. Allí bajo la vigilancia de la dueña de casa se fabricaba el pan, se tejía, se lavaba, se planchaba, se preparaban los cueros, etc.".

La misa permitía a las damas de buen pasar lucir la mantilla de rico bordado, la saya de brillante seda y el jubón luciente de azabaches; y mostrar en los días de calor pesado y húmedo, tan frecuentes en la región, el lujoso abanico con varillaje de nácar o de sándalo. La precedía en la marcha una doncella negra o un negrito esclavo que, ya en la iglesia, extendía sobre los ladrillos de San Francisco o de la Merced el trozo de alfombra o el almohadón bordado para reclinatorio de su ama.

En las casas coloniales de maciza factura, de patios amplísimos y rejas florecidas en una trepazón de jazmines y diamelas, solía darse, de tarde en tarde, algún "convite". Entonces el pausado compás de las pavanas ponía un romántico encanto, bailaban doncellas y mozos con su galas mejores, discutían los serios señores del cabildo mientras las negras vestidas de rojo pasaban con el mate o los barquillos, y en puertas y ventanas los mirones se daban cita mientas la ciudad parecía quitarse su largo rebozo de silencio.

Leoncio Gianello.
Historia de Santa Fe (fragmento). 3ra. Edición.
Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 1978.

Cabildo de Santa Fe.
De Iriondo.
Colección Museo de la Ciudad de Buenos Aires.

Santa Fe: sólo una pequeña villa en los días de Mayo (1810)

¿Cómo era la ciudad entonces? Santa Fe de la Vera Cruz era una pequeña villa asentada entre la Pampa y el Chaco, de vida sosegada cuando los indios la dejaban en paz y de ambiente rural y militar, donde perduraba el recuerdo de célebres capitanes como Vera Mujica y Echagüe y Andía. Adobe, tejas y paja constituían el material de sus casas: edificios que pudieran llamarse tales, sólo lo eran sus Conventos e Iglesias y la Aduana. El Cabildo era entonces una pobrísima construcción, tan inadecuada que muchas veces los altivos y ceremoniosos señores del Ayuntamiento, se reunían en las salas del Colegio de los expulsados jesuitas, ocupado por los frailes mercedarios.

La ciudad estaba llena de quintas frondosas y en las moradas familiares, anchos patios poblados de enredaderas, jazmines y otras flores, llevaban a las huertas de frutales, generalmente naranjas y duraznos. El agua se traía del río, salvo en las casas donde había aljibes, algunos de ellos recordados en las crónicas por su linfa cristalina y fresca. Las mujeres de todas las condiciones, devotas y hacendosas, rivalizaban en la factura de panes, tortas, fritos, dulces, rosquillas, alfajores y licores, que alcanzaron fama en muchos lugares.

Había muchas pulperías, reñideros de gallos, canchas de bolos, pistas de andarivel, billar y también comentarios lugareños sobre política y vecinos en las tardes a la sombra de los árboles y al amparo de los yuyos que llenaban la Plaza Independencia (hoy Plaza de Mayo).

José Pérez Martín.
Itinerario de Santa Fe.
Santa Fe, Editorial Colmegna, 1965.

Calle Comercio, (San Martín), desde calle Córdoba (J. de Garay) hacia el Sur. (1880).
Banco de Imágenes Florian Paucke.
Sistema Provincial de Archivos. Archivo Intermedio.

Los viajeros ingleses y la ciudad
(1811)

"La ciudad de Santa Fe, es de pobre apariencia, construida al estilo español, con una gran plaza en el centro y 8 calles que de ella parten, en ángulos rectos. Las casas son bajas, de miserable fachada y mezquinamente amuebladas, los muros blanqueados, los pisos de ladrillo, sin estera, ni alfombras; sólo una calle había empedrada a medias, las demás de arena muerta".

William Parish Robertson.
Cartas sobre el Paraguay. Carta 3ra.
En: Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe, t.I.
De: Manuel Cervera.
Santa Fe, Imprenta de la Universidad del Litoral, 1979.

"Panes, tortas y fritos..."
(1811)

Las mujeres continuaban confeccionando los panes, tortas y fritos, para el alimento de las familias, o venta en particular, como también los diferentes dulces, rosquillas y alfajores, que todavía son debidamente apreciados y pedidos de varias partes. Esta confección de productos, no la desdeñaba ninguna familia, y en los abiertos patios, o en las puertas de calle, veíanse las hacendosas mujeres en sus trabajos.

José Pérez Martín.
Itinerario de Santa Fe, Latitud Sur 31° (fragmento)
Santa Fe, Editorial Colmegna, 1965.

Inmaculada de Garay.
Imagen regalada por Doña Jerónima Garay de Contreras,
hija de Juan de Garay y esposa de Hernandarias, en 1642.
Banco de Imágenes Florian Paucke.
Sistema Provincial de Archivos. Archivo General.

Una hoja de naranjo para el dolor de cabeza
(1813)

"Un violento dolor de cabeza me obliga a guardar cama durante dos días. Una buena anciana que me cuida me apremia para que ensaye un gran número de extraños remedios. En la mayor parte de casos parecidos, se acostumbra aplicar en cada sien del enfermo una hoja de naranjo o un trozo de tafetán negro; es aún más usual cortar un haba en dos partes, humedecer éstas y aplicarlas asimismo a las sienes donde se adhieren fácilmente. Pero no se crea que sea conveniente quitar esas medias habas o esos trozos de tafetán, ¡hay que dejarlos donde están, hasta que se desprendan por sí solos! Algunas veces, si se pregunta a un hombre que ostenta en la cabeza esos trozos de tafetán qué le ha ocurrido, contesta, por ejemplo: tuve jaqueca anteayer. Los habitantes de este país emplean remedios muy extraños, pero demasiado repulsivos para que de ellos pueda hablarse. Uno de los menos sucios consiste en dividir en dos unos perritos, para amarrar los trozos a uno y otro lado de un miembro fracturado. A tal fin es muy buscada aquí cierta raza de pequeños desprovistos de pelo".

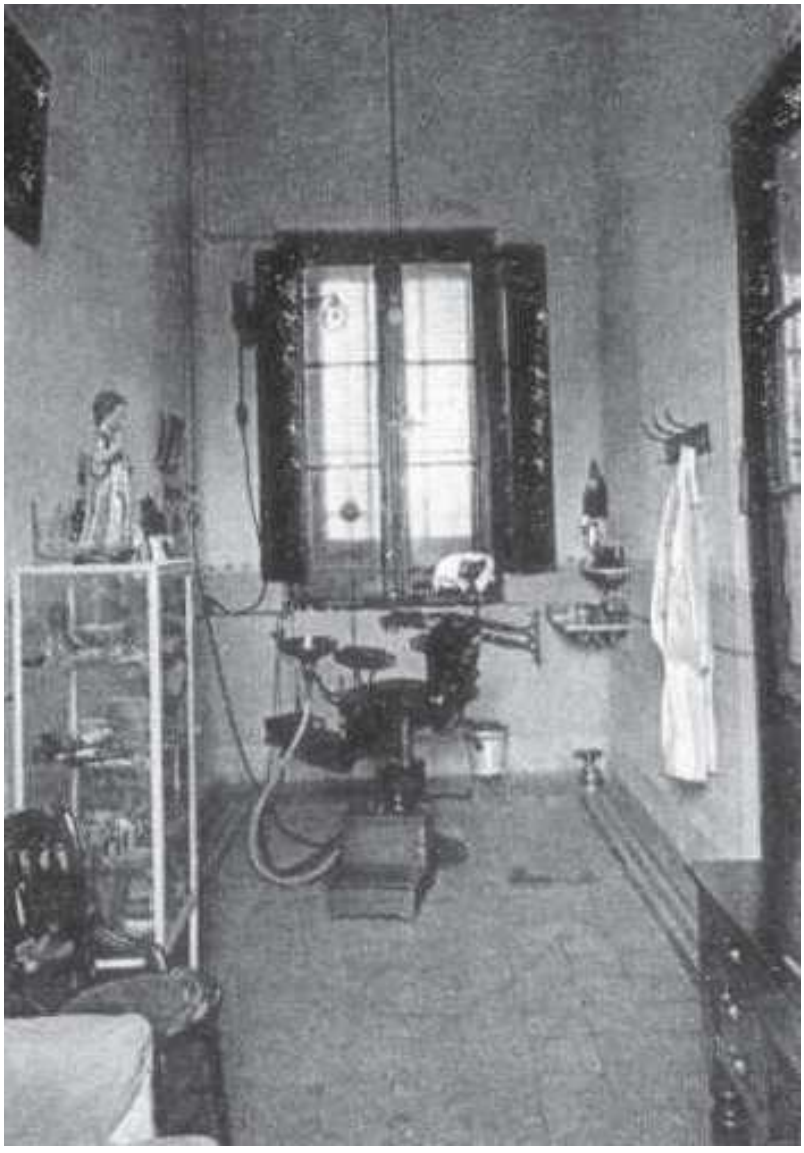
Carlos Darwin.
"Viaje de un naturalista alrededor del mundo".
Traducción: J. Hubert Buenos Aires, Editorial El Ateneo, 1942.
En: Nueva Historia Argentina.
Panorama costumbrista y social desde la conquista hasta nuestros días. Tomo III.
De: Gustavo Gabriel Levene.
Bs.As., Osvaldo Raúl Sánchez Teruelo, Editor. 3ra.edición, 1971.

Los "sacamuelas" de Santa Fe

Según la historiadora J. Catalina Pistone, el tratamiento bucodental se hacía en la antigüedad por medio de sistemas naturales, a base de hierbas y cataplasmas que aliviaban el dolor de muelas. Y cuando era necesario extirparlas, recurrían a los barberos y sangradores, que tenían los implementos suficientes como para realizarlos.

El historiador Manuel Cervera, conoció a un "sacamuelas" que andaba por la ciudad en un carro, al que le había puesto música, mientras que tres hombres que lo acompañaban, proferían gritos para disimular los alaridos de los pobres pacientes que se sometían a las extracciones de piezas dentarias.

Suponemos que las mujeres no querrían ser atendidas por hombres o al menos se resistirían a hacerlo, por las rígidas costumbres de la época.



Colegio de la Inmaculada. (Jesuitas) Santa Fe. Departamento de Odontología. Foto: Mercedes Manavella.

Mozas y niñas a la grupa del caballo

"... en los días de Pascua, era una alegría para los mozos el salir en la tarde, por las calles de la ciudad, adornados en los trajes, y cubiertos los caballos, de cabezadas, riendas y estribos de plata, con mantos y cintas de colores; y de noche, salpicando la cabeza, patas y guedejas de los caballos, con luciérnagas, que daban realce al conjunto. Con qué orgullo se presentaban así arreglados, en las puertas de las casas, donde esperábanlos las novias, y muchachas conocidas, vestidas con enaguas almidonadas o de tipote, pollera de saraza, largas trenzas a la espalda, y flores y cintas ostentando en corpiños o cabezas, prontas para subir a la grupa del caballo, recorriendo así, acoplados, mozos y niñas, en grupos o aisladamente, las calles y las afueras de la ciudad ..."

Manuel H. Cervera
Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe. Tomo III.
Santa Fe, Imprenta de la Universidad Nacional del Litoral, 1982

Gaucho y mujer a caballo. (1865). Acuarela de Jean Léon Pallière (1823-1887). En: El Gaucho. De: H.J. Becco y C.D.Calcena. Ed. Plus Ultra. Bs. As. 1978.

De un árbol al otro, las arañas
(1810-1860)

Camino de Santa Fe y antes de llegar a la ciudad capital el asombro de un viajero lo suscitan arañas cuyas redes, "formando una especie de dosel, se extienden por distancias considerables desde la copa de un árbol a la del otro. De estas telarañas, las mujeres tejen un hilo fino parecido a la seda, con el que hacen redecillas para adornarse la cabeza".

Gustavo Gabriel Levene.
Nueva Historia Argentina.
Panorama costumbrista y social
desde la conquista hasta nuestros días.
Tomo III - 3ra. Edición, 1971.
Bs.As. Osvaldo Raúl Sánchez Teruelo, Editor.

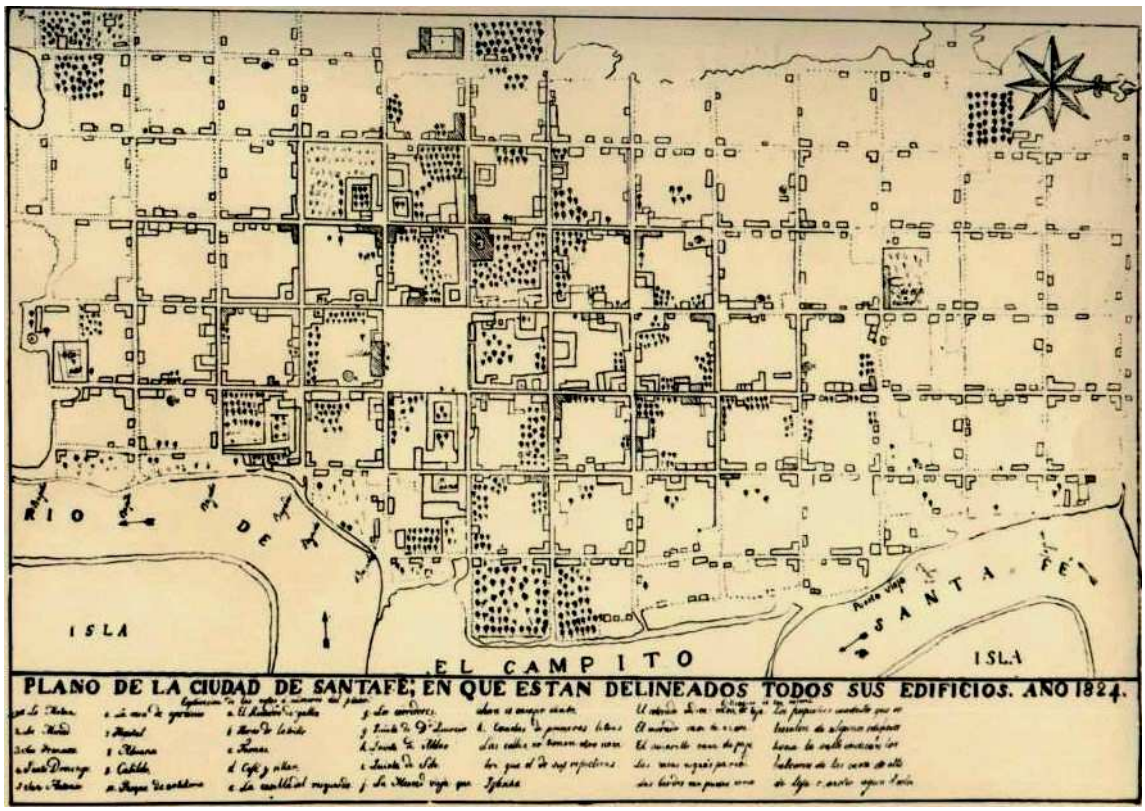
La Posta. Santa Fe.(1858).
Dibujo de Jean Léon Pallière (1823-1887).
Banco de Imágenes Florian Paucke.
Sistema Provincial de Archivos. Archivo General.

Un inglés a la hora de la siesta
(1810-1860)

"... llegué justamente luego de la hora de la siesta. Todos los portones, todas las salidas de todos los cuartos a la calle estaban completamente abiertos, y los habitantes, hombres y mujeres, con todo el lujo de deshabillé, sentado en las entradas de sus respectivas moradas. Los que se encontraban del lado de la sombra, sentados literalmente en la calle, mientras aquellos cuyas casas los rayos del sol aún no se habían retirado, se sentaban dentro de los zaguanes para disfrutar de su sombra. Los caballeros estaban vestidos sencillamente con camisa y pantalones blancos, y los pies en chinelas; mientras las damas, en obsequio a la frescura y comodidad se regocijaban dentro de una camisa primitiva, pollera y alguna bata suelta y transparente que apenas aprisionaba el cuerpo... ¿Cómo pensáis que los habitantes empleaban su tiempo? Cada hombre, mujer o niño, sentado dentro de los zaguanes o descansando indolentemente en las puertas de las casas, estaban fumando cigarros, chupando el mate por una bombilla o comiendo sandías. Algunos... se entregan alternativamente a las tres operaciones. Las calles mostraban esparcidas las cáscaras de la fruta favorita... Imaginaos cuánto debió chocarme ver por primera vez gran cantidad de mujeres, abierta y francamente, no solamente fumando, sino fumando cigarros de tamaño tan enorme, que no admitían comparación con los que gustaban sus acompañantes masculinos".

William Parish Robertson.
"Letters on South America".
En: La Argentina vista por viajeros ingleses. 1810-1860.
De: Samuel Trifilo. Bs.As. Ediciones Gure, 1959.

Plano de la ciudad de Santa Fe en el año 1824.
Banco de Imágenes Florian Paucke. Sistema Provincial de Archivos. Archivo Intermedio.



Un banquete oficial
(febrero de 1824)

*"Corto tiempo antes de estar listo para partir el gobernador nos invitó a Mr. Postlewaite y a mí a una gran comida y a muchas personas de rango en Santa Fe, se les pidió que nos acompañasen. Alrededor de treinta o cuarenta comensales se sentaron en la mesa, en el amplio y mal amueblado comedor de la Casa de Gobierno. Había militares, abogados, uno o dos sacerdotes, médicos y comerciantes, con muchas de sus caras mitades y otras tantas de sus hijas. Don Francisco Candioti fue personaje de distinción en el "**convite**" o banquete y su sobrino Aldao se colocó entre los comerciantes. No obstante la general escasez que se padecía, las cosas buenas de toda clase se colocaron sobre la mesa. Las hambres y escaseces son malas compañías, y jamás, en cuanto he visto, son admitidas a la presencia de gobernadores o cabezas, sea de Estado o de provincia".*

William Parish Robertson.
La Argentina en la época de la revolución.
En: Hombres y hechos de Santa Fe.
De: José Carmelo Busaniche.
Bs.As. Edición La cultura Argentina, 1920.

Busto de Estanislao López. Año 1828.
Banco de Imágenes Florian Paucke.
Sistema Provincial de Archivos.
Archivo General.

Tres llamativas costumbres

"Tres cosas, muy especialmente, llamaron mi atención durante la comida: primero, la extremada libertad, usando la palabra más suave, adoptada en la conversación con señoras, jóvenes y maduras, que era tal que con mis puros sentimientos ingleses me hacían ruborizar a cada momento, aunque tal modestia siempre que se manifestaba causaba cordial hilaridad".

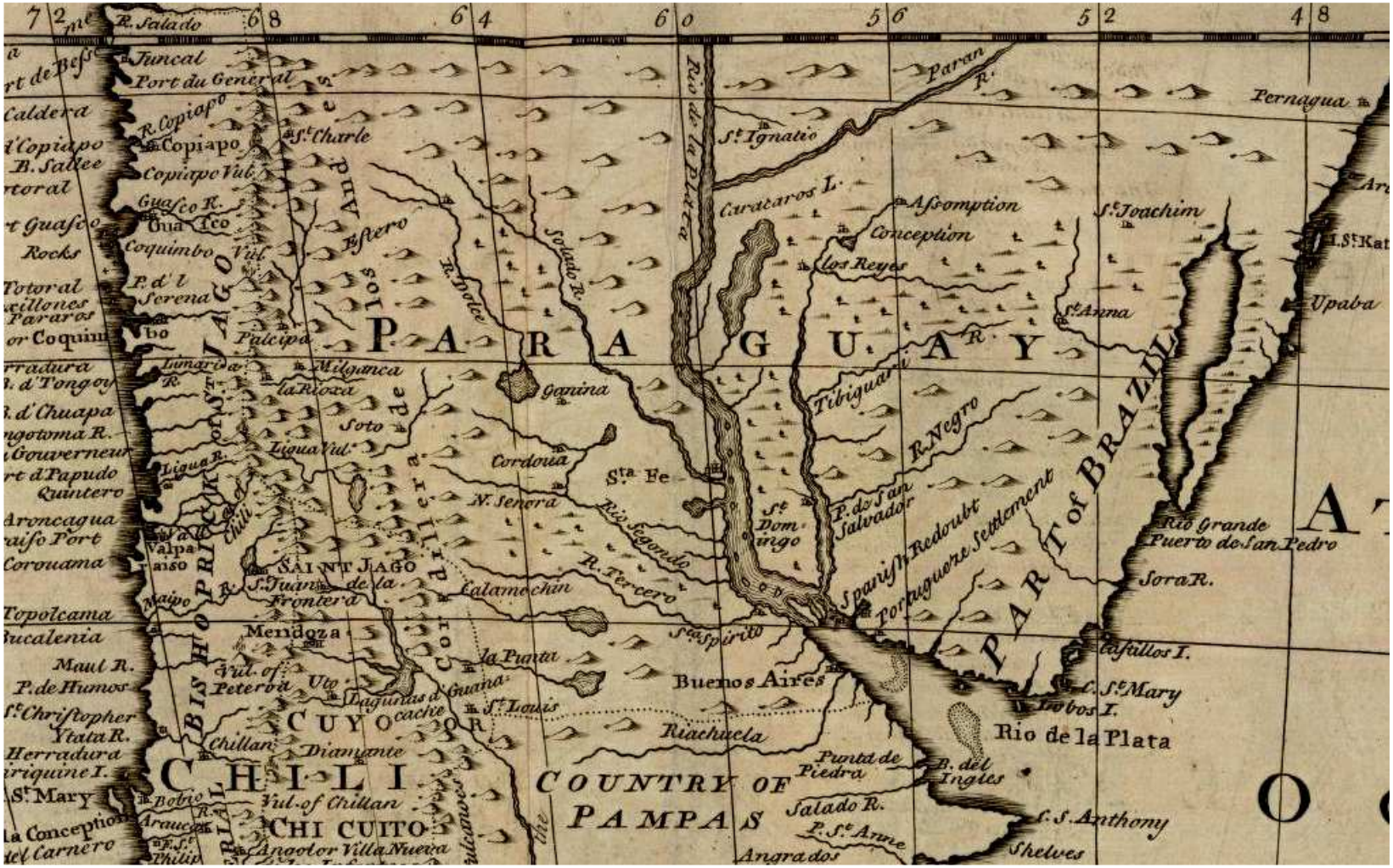
"La otra cosa que me sorprendió y complació fue la gran facilidad que todos los caballeros presentes poseían para improvisar versos. Casi todos los brindis fueron así pronunciados, y con una prontitud, precisión y a menudo elegancia que completamente me asombró. Encontré después esta disposición en general en toda la América del Sur, como según creo en Italia y en España".

"La tercera costumbre sudamericana y ésta me confundió, era la de los comensales que se arrojaban pelotitas de migajón del tamaño de un poroto. Las arrojaban valiéndose del dedo del medio y del pulgar, generalmente con puntería infalible y en tan prodigiosa cantidad, que el piso era literalmente invisible en muchas partes del comedor. Todos en la mesa, sin excepción alguna, participaban en la broma y con creciente apresuramiento a medida que avanzaba. Muy frecuentemente desde entonces he visto la misma cosa; ***pero jamás en tan extraordinaria proporción como en la mesa del gobernador de Santa Fe".***

"He visto degenerar esta costumbre en groseros combates en que se disparaban con violencia panes enteros. En ciertos casos se utilizó como proyectil un candelero. Pero dicen los sudamericanos que este abuso de su no muy delicada pero inocente y bien intencionada costumbre, se introdujo por algunos de los primeros jóvenes y bulliciosos ingleses que llegaron al país".

*"Gran cantidad de vino se bebió durante la comida, que con el postre y la batalla de pelotitas duró desde las tres hasta las siete. Todo ese tiempo las señoras permanecieron en el comedor. Mucho de lo que hoy llamamos "****calandrear****" tuvo lugar -brincar y otras extravagancias- hasta que algunos de los más excitados por el vino se entregaron a actos indecorosos que, aún en aquel país de manga ancha, no podían tolerarse. Por tanto, pasamos al salón, donde estaba una excelente banda de música militar. Se bailó hasta medianoche; y aquella hora, aunque sea la de empezar nuestros bailes, es muy tardía para que los santafesinos cesen en la hilaridad de su día".*

William Parish Robertson.
La Argentina en la época de la revolución.
En: Hombres y hechos de Santa Fe.
De: José Carmelo Busaniche.
Bs.As. Edición La cultura Argentina, 1920.



Mapa del Río de la Plata del año 1747 (fragmento).
De: Emanuel Bowen - William Innys. En: Geography Book.
Imagen gentileza Mercedes Manavella.

En el mapa se observa con claridad la ubicación de Santa Fe en la confluencia de los ríos Paraná (Río de la Plata) y Salado.

La invasión de langostas

Toda la superficie del campo, especialmente la parte de la provincia de Santa Fe hacia el sur del río, es una pampa sin interrupción y en general ofrece los mejores campos de pastoreo que puedan imaginarse.

Cuando yo estuve allí en el mes de enero, el terreno estaba completamente pelado y seco, como si no fuese capaz de producir vegetación... Este era el efecto de la espantosa plaga que había visitado la región, una plaga de langostas en un número tal como no se había visto en veinte años.

Yo he leído y oído hablar de estas tremendas plagas, pero nunca hubiese creído la extensión de los daños cometidos, si los efectos no hubieran sido colocados ente mi vista; estos insectos habían abandonado la provincia de Buenos Aires en grandes cantidades y estaban cometiendo sus pillajes en las de Santa Fe y Córdoba. De la Cañada de Lucas al Cerrillo, una distancia de más de doscientas millas, las langostas cubrían materialmente el terreno; y es absolutamente imposible concebir el número de estos rapaces insectos: si no fuera por ellos el campo hubiese estado cubierto de crecido pasto, pero éste crecía ahora sólo en unas cuantas manchas aisladas. Casi la totalidad de la pradera, por cientos de leguas cuadradas había sido devorada hasta las mismas raíces, y lo único visible era el terreno desnudo. Todas las huertas, formadas por extensas plantaciones de maíz, calabazas, melones y sandías, frijoles y otras legumbres, habían sido barridas por completo de la superficie de la tierra... Los árboles frutales habían sido igualmente presas de la voracidad del insecto. Según galopábamos los veíamos saltar por millares, para evitar el ser aplastados debajo de las patas del caballo; pero para el tiempo que el sol había llegado al meridiano, nos los topábamos en vuelo constante, y no puede concebirse nada más molesto cuando se va cabalgando que la manera en que vuelan contra la cara del viajero; la fuerza con que lo golpean es considerable; y a los ojos... el golpe puede ser de consecuencias serias... Volaban en una espesa bandada sin interrupción... el aire parecía como si estuviese lleno de grandes copos de nieve; pero la extensión de las uniformes pampas parecía encerrada en una espesa niebla, que oscurecía el horizonte.

El único método conocido entonces para evitar las grandes nubes de langostas, era mantener un estruendo constante con ollas y sartenes, palas, tambores y cualquier cosa que pudiese usarse para producir un ruido ensordecedor. Este escándalo era a veces, mantenido por los nativos durante días enteros, hasta que los debilitaba la fatiga y se rendían a los insectos destructores.

John Miers.
En: La Argentina vista por viajeros ingleses: 1810-1860.
De: Samuel S. Trifilo.
Bs.As. Editorial Gure, 1959.

"Procesión La Purísima de 1805".
Cuadro del pintor catalán Nicolau Cotanda, de 1893.
Archivo Graciela Hornia.

1573
Santa Fe Antiguo

Templo y Convento de San Francisco

No cabe duda que los franciscanos compartieron con los conquistadores, españoles e "hijos de la tierra", los días iniciales de la Ciudad donde levantaron Iglesia y casa, a poco de su fundación el 15 de noviembre de 1573.

Dice al respecto el historiador Manuel Cervera: "con los conquistadores vinieron conjuntamente los franciscanos fundando inmediatamente su Convento".

Aunque la lacónica Acta de Fundación de Santa Fe omita el nombre del sacerdote presente en el acto de la fundación, junto al río de los Quiloazas, de la población de pío nombre no podía obviarse el cumplimiento de la precisa Ley indiana: "al fundarse una ciudad se nombrará un clérigo encargado de la salud moral de los pobladores".

En 1594 y 1596, el Teniente de Gobernador Hernandarias hizo traer canaletas de palma "para cubrir y aderazar la Iglesia y Monasterio de San Francisco", llamado Convento de Santa Ana. Con el tiempo, llegó éste a ser el templo más imponente de la ciudad, y el más importante como lo atestiguan sus ruinas en el lugar de Cayastá, así llamado hoy el antiguo asiento de la ciudad de Santa Fe.

Con el correr del tiempo, artísticas imágenes unas y de evocativo recuerdo otras, fueron enriqueciendo el templo franciscano.

En 1638 un furioso temporal amenazó la estabilidad de una barca llamada Purísima Concepción, que en viaje del Paraguay se dirigía con carga y pasajeros hacia el Sud. Atribuyendo a la intercesión de la divina Madre del Señor la salvación de la nave se llevó al Altar Mayor una imagen de la Purísima, que en ella había, y se rezó un novenario en acción de Gracias. Desde entonces, esta imagen se veneró en el Convento con el nombre de Virgen de la Comarca.

En estilo barroco, tallado en madera se exhibe una imagen de San Antonio que, según la tradición, fue hallado en un cajón de madera que flotaba en el río frente a la Ciudad (vieja), resto quizás de algún naufragio.

A mediados del siglo XVII se incorporaron al tempo franciscano tres imágenes de mérito. Fueron ellos un Jesús Nazareno traído de Chile, y el magnífico Nazareno que regaló a la Ciudad la Reina Mariana de Austria, que por la fineza de sus rasgos y la humanidad de expresión se ha atribuido al gran español Alonso Cano. La tercera imagen es la venerada Inmaculada, la Pura y Limpia Concepción que fue legada a la comunidad franciscana por la hija de Juan de Garay y viuda de Hernandarias doña Jerónima de Contreras. Copia de su testamento se exhibe en el Museo del Convento.

En 1651 cuando comenzaba a actuar en el Convento una escuela de primeras letras destinada a la educación de los indígenas, la ciudad de Santa Fe iniciaba su traslado al sitio elegido donde hoy se levanta.

Es muy posible que la fecha 1680 estampada en el frontispicio de la Iglesia de San Francisco, marque la fecha real en que fue finalizada la construcción del actual Templo.

De paredes de tapia de cuyo espesor puede dar idea el que la escalera de madera de

"Jesús Nazareno",
talla regalada a la ciudad
en el año 1650
por la Reina de España,
Ana María de Austria,
esposa de Felipe IV.

Banco de Imágenes
Florian Paucke.
Sistema Provincial
de Archivos.
Archivo General.

algarrobo que conduce al púlpito, está íntegramente incluída en el muro; el gran mérito artístico de la Iglesia reside en su techumbre, de madera de cedro paraguayo y lapacho tallada a mano; en el que se destacan la media naranja del crucero, el coro y las grandes ménsulas, con su detalle de los pequeños carrillones bajo el coro, que en conjunto le otorgan las características de una obra única, sin parangón en la Argentina.

Dignas de mención son las artísticas puertas, y otros mil detalles, cuya apreciación sólo puede obtenerse con la visión directa de esta verdadera obra de arte colonial.

Los santafesinos de hoy, como los de antaño, mantienen su veneración al Templo de San Francisco, permanente evocación del pasado y motivo de legítimo orgullo en el campo histórico y artístico.

Dr. Federico Guillermo Cervera.
Ensayo Histórico sobre el Templo y Convento
de San Francisco en Santa Fe.
Imprenta Oficial de la Pcia. de Sta.Fe. 1988.

El tigre de San Francisco

"El animal más peligroso..."

Florian Paucke

Sin duda, el acontecimiento más sonado y más conocido es el que en 1825 tuvo como trágico teatro al convento de San Francisco.

Una extraordinaria crecida del río había inundado parte de la ciudad, llegando frente a San Francisco a estar a la par de la barranca. Tal circunstancia facilitó el acceso de uno de los numerosos tigres que salían de las islas.

Urbano de Iriondo, testigo presencial, en una crónica extensa, detalla el sangriento episodio que tuvo lugar el 18 de abril. En él murieron bajo las garras y las fauces de un tigre viejo y enflaquecido de "los que llaman Onza", el padre Miguel Magallanes, el lego sacristán José Curumí y un "mocito andaluz" que iba a tomar el hábito de lego ese mismo día. Finalmente, después de las "electrizadas" corridas producidas por el peligro y la consternación, el animal fue muerto de un balazo por Bernardino Rodríguez no sin antes destrozar un hombro a Juan Eugenio Galván.

Revista El Litoral.
La región, sus raíces y su destino.
Santa Fe, diciembre de 1981.

Sala del Templo y Convento de San Francisco.
Banco de Imágenes Florian Paucke.
Sistema Provincial de Archivos. Archivo General.

Tigres en los camalotes

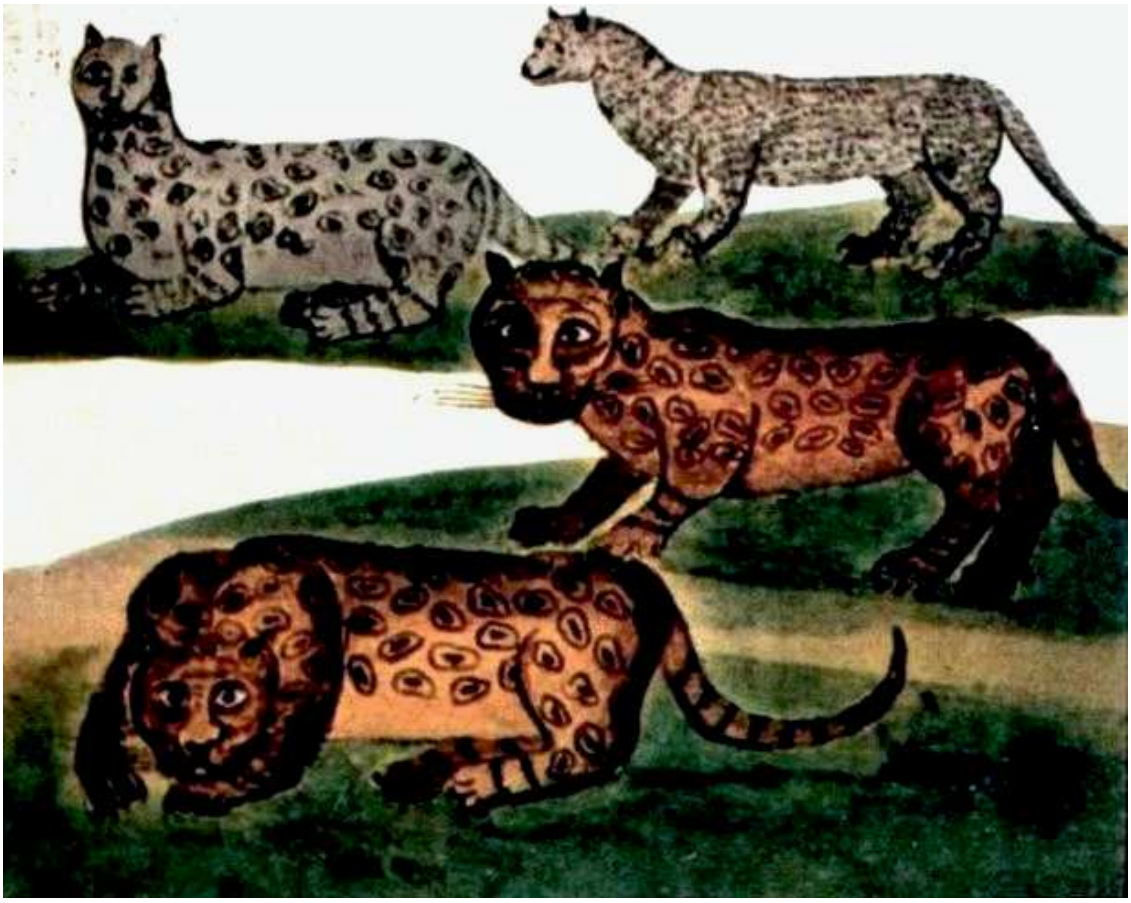
Me han referido que un enorme jaguar penetró hace algunos años en una iglesia de Santa Fe. Dio muerte, uno tras otro, a dos sacerdotes que entraron en el templo; un tercero no escapó de la muerte sino con grandes dificultades; para acabar con ese animal, hubo necesidad de levantar parte del tejado de la iglesia y matarlo a tiro de fusil.

Carlos Darwin.
En: Literatura y región.
Ob.cit.

A veces un tigre o león, con frecuencia dos o tres, están sobre los camalotes cuando éstos se desprenden; y los animales en tales casos parecen aterrorizados de su habitación flotante. Vimos un tigre en estas condiciones, pero a la distancia (...) Es histórico que años atrás, otro camalote llevó tres tigres hasta las cercanías de Montevideo...

William Parish Robertson.
En: Literatura y región.
Ob. Cit.

"Jaguares". Florian Paucke.
Banco de Imágenes Florian Paucke.
Sistema Provincial de Archivos. Museo Etnográfico y Colonial.



Tradiciones de la Laguna Grande

La Laguna Grande no carece de tradiciones. Allí es donde aparecen ciertas noches, globos de fuego que bailan sobre el agua, y voltejeando fulguran con pedrerías. Si algún nadador demasiado curioso se arriesga a examinar ese fenómeno, en vano tratará de volver a la costa porque los malos espíritus le forman un círculo infranqueable, déjase oír después una terrible detonación y todos los fuegos se apagan. La noche se extiende nuevamente sobre el lago y el nadador no aparece jamás.

También suele verse en las aguas de la laguna un toro blanco, de un blanco nieve, con cuernos dorados. Malhadado el gaucho que quiera llevarlo con su lazo porque el misterioso animal, que empieza por aparentar mansedumbre, arranca pronto con caballo y jinete y se pierde en las aguas sin fondo de aquel mar pequeño... a menos que una pronta invocación a la Virgen no los salve de su imprudencia.

De la misma manera cuentan haber visto una joven de rara belleza, surgir súbitamente del seno de las ondas. Es blanca de ojos azules, con largos cabellos rubios que la envuelven casi por entero y cuando el viento los agita desprenden una lluvia de finas perlas. Estas perlas, dicen, han existido antiguamente en la laguna. Pero, ¡ay! del audaz que tentare aproximarse a la divinidad acuática, sirena misteriosa que daría buena cuenta de él para siempre... si Nuestra Señora no viniera en su auxilio.

Lina Beck Bernard
Cinco años en la Confederación Argentina (1857-1863).
Editorial López Bs.As. 1935.

Retrato de Lina Beck Bernard.
(1824-1888).
Considerada la primera escritora santafesina.

¿ Perlas en La Laguna?

En las calles el piso es de arena natural y el tránsito se hace molesto cuando sopla el viento. Asimismo, son preferibles estas calles a las de Buenos Aires, y otras ciudades, que con unas pocas horas de lluvia se convierten en lodazales pegajosos. Las veredas, sin embargo, son mantenidas en buen estado.

Hay alumbrado público y policía bien organizada. Se publica, semanalmente, un pequeño periódico, más propiamente gaceta gubernativa. Cercana al puerto está La Laguna, donde abundan las conchas de madreperlas, usadas como cucharas por la gente pobre y también por los ricos, aunque estos últimos ajustan a la concha un macizo mango de plata. Según lo he oído decir, se han extraído de este lago, perlas de algún valor. Los únicos extranjeros de la localidad, son italianos, aunque hay también una media docena de franceses y un escocés, ebanista.

William Mac Cann.
Viaje a caballo por las provincias argentinas. 1847.
Bs.As., Imprenta Ferrari Hnos. 1939.
Traducción y notas: José Luis Busaniche.

Santa Fe. Plaza Mayor, entre 1860 y 1866.
Oleo de Leonie Matthis.
El Litoral. Artículo de Gustavo J. Víttori.

Los bañistas en 1847

-Fuimos presentados por el gobernador (Pascual Echagüe) a su esposa e hija, quienes nos recibieron con toda cortesía. La hija nos obsequió con un ramo de flores, costumbre amable del país entre otras muchas, y que muestra la participación del sentimiento poético en el trato social de las clases educadas.

-Callejeando por la ciudad y suburbios, me sorprendió la quietud de Santa Fe, cuyas manifestaciones de actividad son muy escasas, tratándose de una capital de provincia y sede del gobierno. Los árboles frutales abundan mucho, especialmente las higueras, duraznos y parras. Las clases pobres parecen holgar más de la cuenta, sentadas a la sombra de los parrales y las higueras. También muestran gran afición por el baño y su pasatiempo favorito consiste en dirigirse todas las tardes al el río Paraná, donde con gran contento se sumergen en el agua. En esta diversión participan todas las clases sociales y las personas de cualquier edad. Los hombres llevan calzones para bañarse y las mujeres de la clase acomodada usan un vestido bastante decoroso, hecho de una tela ligera. Las gentes pobres no gastan esos escrúpulos; un artista podría dibujar del natural, sin ningún inconveniente, más de un bello torso y piernas de lindos contornos.

-El río presenta un aspecto más animado, porque los bañistas, no solamente nadan y zambullen, sino que se divierten charlando y riendo con gran vivacidad. En un momento dado se ve surgir sobre la superficie del agua la cabeza redonda y los anchos hombros de una negra o aparece una india desnuda ("desnuda, mas no avergonzada") que se hunde en el agua, mientras sale otra, toda goteante, a la orilla. Entre tanto las damas, que por la apariencia de sus cabellos sueltos y la manera más correcta de hablar el español, revelan mejor origen, velan sus formas y encantos con los cabellos sueltos y flotantes sobre los hombros y así se mantienen durante el resto de la tarde. Este ornamento natural, realza mucho la apariencia de aquellas mujeres que ya de por sí, poseen linda figura y movimientos graciosos.

-La población ofrece mucha variedad en cuanto a los caracteres físicos, por si bien las clases superiores son de casta puramente española, adviértese en las demás mucha mezcla de sangre negra e india. Pueden observarse fácilmente las características de cada raza, desde la piel negra y luciente, los labios gruesos y el pelo motoso del negro, hasta los rasgos finos del español.

-En horas de la siesta, un silencio sepulcral reina sobre la ciudad: las casas y las tiendas se cierran; las calles aparecen desiertas. Llevado por la curiosidad, salí a caminar un poco por esas calles durante los momentos de reposo; la cantidad de personas que dormían bajo los árboles, en las huertas y los suburbios, causaba una extraña impresión. Esta costumbre, de pasar buena parte del día durmiendo, debe importar un inconveniente para el trabajo cotidiano.

***William Mac Cann**.*
Viaje a caballo por las provincias argentinas, 1847.
Traducción y notas: José Luis Busaniche.
Bs.As. Imprenta Ferrari Hnos., 1939.

Casa de Merengo.
Banco de Imágenes Florian Paucke.
Sistema Provincial de Archivos. Archivo General.

La Tertulia de Merengo
(1851)

A mediados del siglo XVIII, frente a una de las esquinas de la Plaza Mayor, en lo que hoy es la intersección de las calles San Jerónimo y 3 de Febrero, se levantaba en su rincón suroeste, una airosa casa, terminada de construir, según parece, en el año 1748. Ignoramos quién o quiénes pudieron haber sido sus dueños. Lo cierto del caso, para nuestra investigación, es que, luego de transcurrir un siglo, en épocas del gobierno del doctor Pascual Echagüe, esa propiedad pasó a manos de un conocido y pacífico vecino de la ciudad de Santa Fe: don Hermenegildo Zuviría.

Como la casa era amplia y una de las pocas con piso alto, su dueño, corto de familia y de haberes, decidió dar en alquiler a las dos pequeñas piezas que conformaban el piso superior. Y, en busca de algunos duros más, abrió un negocio en 1851, dedicado, entre otros ramos menores de almacén y bebidas a la venta de alfajores. Como no tenía práctica en la confección de golosinas, don Hermenegildo, más conocido por los vecinos por su apodo de "Merengo", se hizo proveer por unas "viejas Piedrabuena", que hacían, desde años atrás, unos alfajores muy apetitosos, no sólo por su masa como por su rico dulce de leche. Años mas tarde, entrando en la práctica de la confección de los alfajores -y quizás, sabedor del secreto de las Piedrabuena-, don Merengo, se instaló por su cuenta, comenzando desde entonces un verdadera tradición santafesina en este aspecto culinario. (1860).

Después de un tiempo, llega la noticia de que en Santa Fe habrá de celebrarse un congreso constituyente. La cosa fue dura de concretar pero, al fin, en noviembre de 1852 van llegando a nuestra ciudad los primeros congresales.

Por cierto que todo había que improvisar. Se pintó con urgencia el viejo Cabildo, se pidieron en préstamo -tal era nuestra pobreza- los sillones que habían servido en San Nicolás; se cambiaron los terciopelos del salón principal y se agregaron algunos tafetanes en el mismo. Y en lo que hacía al problema del alojamiento para los distinguidos viajeros, se echó mano de todo lo que podía servir de digno aposento. Los frailes franciscanos y los padres jesuitas prestaron inmediatamente sus celdas y los vecinos pudientes hicieron lo propio con sus casas.

Don Merengo, cuya vida había sido un tanto alterada por estos azares de la política, fue notificado por el gobierno de don Domingo Crespo, que sus habitaciones del piso alto serían ocupadas por algunos de los constituyentes.

Don Hermenegildo puso, sin pérdida de tiempo, a trabajar a toda su familia. Asearon bien el cuarto, sacaron a relucir las mejores sábanas y las provisionaron de candiles nuevos.

Una bochornosa tarde de noviembre -al promediar el mes- un apuesto joven de abundante barba, elegante levita y cadenciosa tonada, penetró al negocio de nuestro personaje, acompañado por el edecán del señor gobernador. Se presentó como el doctor José Benjamín Gorostiaga, diputado constituyente por la provincia de Santiago del Estero. Venía a ocupar una de las habitaciones que el gobierno había reservado.

Santa Fe, principios del siglo pasado.
Imágenes de la esquina noroeste de 3 de Febrero y San Jerónimo, primer traslado de Merengo. Actualmente Palacio de Tribunales.
Archivo Merengo.

Don Merengo y familia se dedicaron de lleno a la atención del ilustre huésped. Nunca faltaba en la mesa una abundante mazamorra, una natilla, una carbonada o un sabroso guiso casero; todo ello, sin olvidar a los ya conocidos alfajores de la casa.

(...) Hombre de estudio, conocedor de varios idiomas y profundamente versado en derecho constitucional, don José B. Gorostiaga se dedicó de lleno a escribir el escabroso y anhelado, a la vez, proyecto de Constitución. Quien pasara por la plaza o por su vereda, podría ver en altas horas de la noche la luz de su aposento prendida que, muchas veces, se apagaba recién con los primeros clarores de la madrugada.

(...) Por todo esto, podemos afirmar que en el cuarto ubicado en los altos de Merengo, fue escrito el famoso proyecto que luego se convirtiera en la Constitución de todos los argentinos el 1º de Mayo de 1853.

José Rafael López Rosas.
La Perenne Memoria. Tomo I.
Imprenta Lux. 1993.

José Benjamín Gorostiaga.
Constituyente por Stgo. del Estero.
Banco de Imágenes Florian Paucke.
Sistema Provincial de Archivos.
Archivo Intermedio.

Alfajorería Merengo.
Ciudad de Santa Fe.
Acuarela de Francisco Puccinelli (1904-1986).
Archivo Merengo.

Los alfajores Merengo

Fiel reflejo de la antigua tradición y popularidad de los alfajores Merengo, lo constituyen sin dudas los relatos literarios que los mencionan como símbolos de la ciudad de Santa Fe, ya a mediados del siglo pasado. Uno de estos tantos relatos proviene de un reconocido autor santafesino, Mateo Booz, el cual hace referencia a los alfajores Merengo en el contexto del nacimiento de la Constitución Nacional. He aquí un pasaje de su libro "Aleluyas del Brigadier" , en el que consta dicha mención:

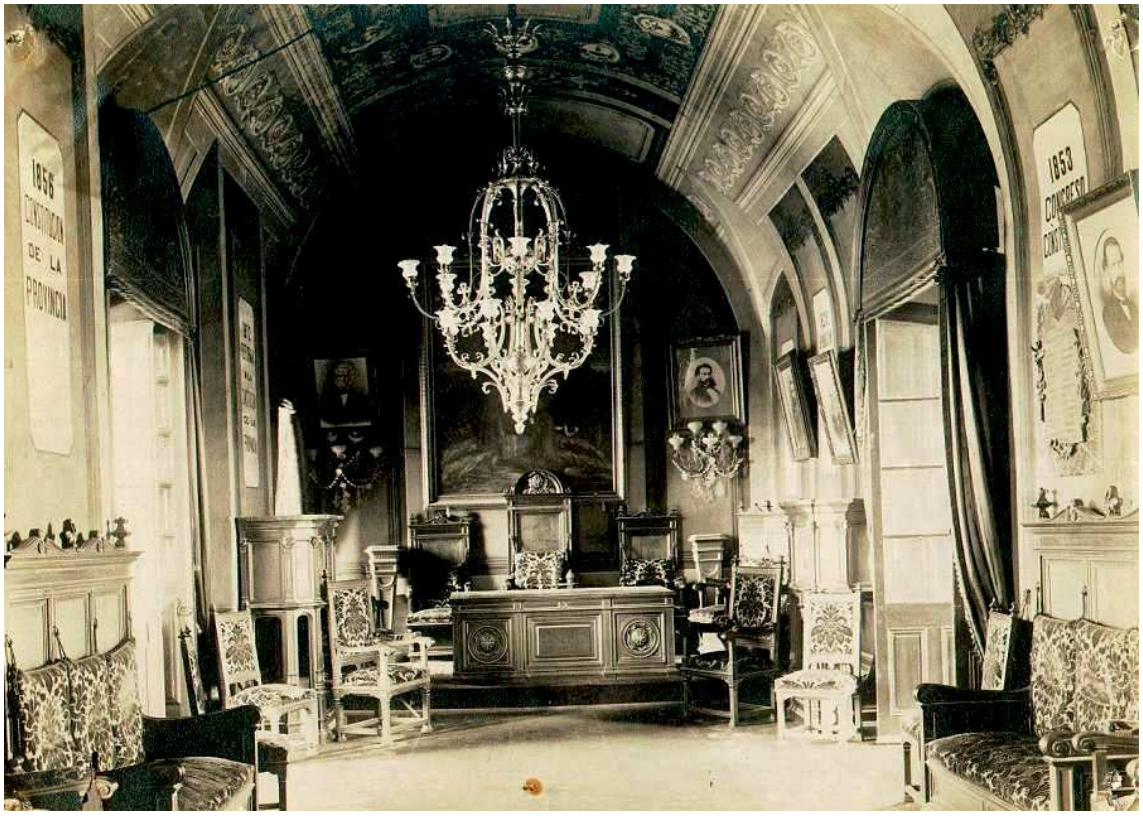
"Y transcurre ese 1° de Mayo de 1853 y poco a poco los convencionales, cumplida su misión, se alejan por los caminos fatigosos que ya hicieron, rumbo a sus provincias. Agregan a los equipajes unos alfajores Merengo para que saboreen las esposas, las hijas, las novias que allá los esperan. Y llevan sin duda algo más, el recuerdo feliz de sus días en Santa Fe y el recuerdo de la hospitalidad afectuosa, cordial y noble de sus hogares. Alguno, sin embargo, queda captado por las seducciones del medio hasta la hora postrera; donde sólo fue a servir un mandato precario verá llegar la ancianidad; y otros retornarán al solar nativo emparejados a una santafesina, y formarán una descendencia de inagotable renovación a través de los tiempos".

Mateo Booz.
Aleluyas del Brigadier.
Ediciones Dictio.
Buenos Aires. 1981.

Don Hermenegildo Zuviría.
(Apodado Merengo).
Archivo Merengo.

Boceto Nº 3 de «Los Constituyentes del '53» de Antonio Alice.
Banco de Imágenes Florian Paucke.
Sistema Provincial de Archivos. Archivo General.

Cabildo de Santa Fe. Sala de Convenciones.
Banco de Imágenes Florian Paucke.
Sistema Provincial de Archivos. Archivo Provincial de Santa Fe.



Los Constituyentes del '53
(1853)

... fueron llegando a Santa Fe unos señores graves, solemnes, ceñidos en el atildamiento del frac negro, con sus melenas románticas y su caras encerradas entre los signos de admiración de las patillas rizadas.

.....

Los vecinos de Santa Fe les vieron discurrir, con el andar tácito, sobre el colchón de arena de las calles desoladas y les abrieron de par en par las puertas de sus casas.

Algunos, en sus ratos de ocio, buscaban el trato de damas y escribían versos para recitarlos en los estrados femeninos; otros exquisitos y pulcros, amenizaban las tertulias con sus alardes musicales.

.....

La figura de estos hombres se hizo familiar en Santa Fe. Del Carril, en su retraimiento altivo, contenía sus pasiones y la violencia de su genio; Facundo Zuviría, sentimental y candoroso, deslumbraba con la retórica ampulosa de sus discursos; Gorostiaga, huraño, buscaba la soledad para ensimismarse en su fantasía; y Llerena, inquieto y andariego, abandonaba sus libros de Historia Natural y Astronomía, para asomarse en la hondura de la noche y seguir con sus ojos, el trepar cauteloso de las estrellas, mientras iban tejiendo con sus patas de araña, una tela de ensueño sobre la ciudad dormida.

Algunas veces, con el andar apagado y mudo, cruzaban la Plaza y se dirigían hacia el Cabildo. Los gallos de riña, cantaban bajo los naranjos atados de la pata con un tiento sobado y junto a las tapias ruinosas, la vergüenza encendía el tejido de las casas de adobe.

En los salones del Cabildo se citaban "los Derechos del Hombre" y "Federalistas" y en sus períodos sonoros y rotundos los oradores, con ademanes ampulosos, llamaban "lid" a la guerra, "trompas guerreras" a los clarines y "los pueblos" al inmenso territorio despoblado de las provincias.

Ahincadamente querían constituir el país y darle las mejores leyes del mundo, aunque el acíbar de la realidad amargaba sus corazones.

Para llegar hasta Santa Fe cruzaron todo el desierto, oprimidos en el Frac europeo y con las alas de sus corbatones abiertos bajo el mentón rasurado.

.....

Hasta que los Constituyentes dieron fin y remate a su obra, y declararon que la habían hecho, también, "para todos los hombres del mundo que quieran habitar en el suelo argentino".

.....

***Agustín Zapata Gollán**.*
Las Puertas de la Tierra (fragmentos). 2da. Edición.
Santa Fe, Ediciones Colmegna, 1973.

Iglesia Matriz y Plaza de Mayo.
Tappa. Banco de Imágenes Florian Paucke.
Sistema Provincial de Archivos. Museo Histórico Provincial de Santa Fe.

Santa Fe desde la azotea
(fragmento)

La casa que ocupamos es muy amplia y dispuesta al modo oriental como lo son las casas antiguas de este país, que conserva los usos y costumbres de Andalucía. Tiene pocas aberturas al exterior y más puertas que ventanas. La entrada principal o zaguán conduce al primer patio, a cuyo alrededor se abren las puertas y ventanas de nuestras habitaciones. Un hermoso parral, formado de cuatro cepas, una de las cuales tiene el grueso de un árbol mediano, da sombra muy grata sobre las baldoses rojas del patio, porque aquí no se usa la piedra como en Buenos Aires. Los techos son de azoteas.

Dominamos la Plaza Mayor con sus dos grandes iglesias y el Cabildo o Ayuntamiento, vasto edificio de terrazas con galerías y pórticos abiertos. Las calles rectas, dejan ver, a trechos, los naranjales, limoneros, y durazneros de las huertas. Hermosas palmeras agitan sus elegantes penachos por encima de los naranjos.

Puede verse también el Convento de San Francisco, el de Santo Domingo, cuya inmensa iglesia inacabada, levanta muy alto sus lienzos de pared, modernos, pero ya derruidos en partes. Hacia el oeste, el río Salado o Juramento ciñe la ciudad con sus aguas de un azul pálido. Más allá del río, se confunde con el horizonte la línea verde y ondulada de los bosques. Es el Chaco, con sus inmensas soledades, sus selvas, sus pampas y sus indios.

Mirando hacia el oriente vemos los barcos del puerto de Santa Fe y las islas cubiertas de vegetación que separan al puerto, del río Paraná. En lontanza las barrancas de Entre Ríos y la ciudad de Paraná con sus caseríos blancos entre jardines y bosquecillos. En lo alto del Cabildo flamea la bandera azul y blanca de la Confederación Argentina. La atmósfera transparente, la luz admirable y el cielo de un azul espléndido, dan a los objetos un aspecto lúcido y dorado, destacándolos con relieve incomparable.

Las escenas en los patios de las casas vecinas forman la parte más original de nuestro cuadro. De un aljibe, que ocupa el centro de un patio, sacan agua y llenan sus tinajas algunas mozas pardas y mulatas. Llevan en la cabeza un chal de colores muy vivos que se arrebozan graciosamente. Otras pisan maíz en grandes morteros hechos en troncos de algarrobos. Este maíz lo dedican a la mazamorra, plato favorito de la región que cocinan en una olla puesta sobre dos ladrillos. La olla, con una o dos cacerolas de cobre, un cuchillo y algunas conchas de nácar, que hacen de cucharones, componen todo el ajuar culinario. La cocina misma está constituida a menudo por un cobertizo de cañas o palmas sostenido por macizos pilares. Una cocina cerrada, con puertas y ventanas, es lujo inusitado y no ofrece mucho atractivo con sus paredes ahumadas y cubiertas de hollín. En el patio más próximo varios niños juegan bajo los naranjos y hacen caer las frutas doradas que cuelgan en ramas de profusión. Algo más lejos, una criolla muy elegante ha colgado un espejito de un pilar y alisa y adereza sus abundantes cabellos con una gracia muy española. Algunas mujeres viejas, sentadas bajo un corredor, lían hojas de tabaco sobre sus rodillas, hacen con ellas enormes cigarros y se ponen a fumar. A pocos pasos una indiecita, sentada en cuclillas pone a hervir agua en una pava y tiene en su mano, preparado, un mate de plata.

Lina Beck Bernard.
Santa Fe en la literatura.
Ediciones Sistemas de Apoyo Educativo 1989.
De: Cinco años en la Confederación Argentina 1857-1862.
Buenos Aires, El Ateneo, 1935.

Vista del Templo y Convento de San Francisco y sus alrededores desde el techo del Cabildo (1900).
Tappa. Banco de Imágenes Florian Paucke. Sistema Provincial de Archivos. Museo Etnográfico y Colonial.

La devoción a la Virgen de Guadalupe en Santa Fe

A una legua al norte de la ciudad de Santa Fe, la familia de los Setúbal posee unas tierras. En ellas sus sentimientos piadosos hicieron levantar un pequeño oratorio dedicado a la Virgen de Las Mercedes. No es extraño: se la venera mucho en la ciudad en el convento de los Mercedarios y además los santafesinos antiguos la tenían como protectora contra las plagas.

Mediando el siglo XVIII un sacerdote mercedario, el Padre D. Miguel Sánchez, revisando papeles en la biblioteca de su convento (hoy es la esquina de 9 de Julio y Gral. López), encuentra una lámina de la Virgen de Guadalupe que se venera en México. Era su particular devoción, por eso la retira y según la tradición sale de los claustros para adquirir un marco para la misma. Ese marco de madera tallada se lo ofrece en la puerta del convento una mujer de pobre aspecto. Como es exactamente lo que necesita lo compra y allí coloca la imagen.

Se trata de una lámina del tamaño de una hoja de un libro. Unos 20 cms. por 15 cms., que se conserva en la Basílica. De ella podríamos apuntar que, siendo muy semejante a la mexicana, sin embargo no es la misma. Su tez es blanca; su porte difiere de la del Tepeyac.

Su admiración no terminó allí, sino que la llevó al oratorio de los Setúbal. A partir de entonces la veneración por Nuestra Señora de Guadalupe se expresa públicamente en Santa Fe.

La imagen que dió origen a la devoción guadalupana en Santa Fe, y que actualmente se guarda como reliquia. Traída por el Padre Sánchez al oratorio de los Setúbal, recibió el cariño de sus hijos desde 1747.
Presidió la capilla edificada por Javier de la Rosa hasta el último cuarto del siglo XIX.
Hoy se la venera en una hermosa talla de madera, que básicamente es una Inmaculada española (1880).

Revista de la Basílica de Guadalupe.
Santa Fe.

Estampa de la Virgen de Guadalupe.

Antigua Capilla
de Nuestra Señora de Guadalupe.
Colección Graciela Hornia.

1573
Santa Fe
Antiguo

La fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe

Estamos en febrero, el calor es intenso, el cielo resplandece; los pastos quemados por el sol presentan manchas amarillas que dejan ver el suelo de tonos rojizos. Nos aprestamos para concurrir a la Fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe, que se celebra todos los años en un mismo día.

La peregrinación es muy renombrada y los devotos invocan a la virgen por los motivos más diversos. Una promesa a la Virgen de Guadalupe tiene eficacia para cantidad de cosas… Y la Virgen de Guadalupe a todos escucha y a todos ayuda. Por eso es grande su reputación.

Pero vive un poco lejos, y el día de la fiesta es menester procurarse vehículos a cualquier precio. La gente joven, de uno y otro sexo, hace el viaje a caballo, rivalizando en gallardía y destreza ecuestres. En esa ocasión puede verse en el camino de Guadalupe a todas las niñas de la ciudad ataviadas con trajes ligeros, el velillo atado a la cabeza, bonitas y graciosas más que devotas… Todavía son más pintorescas las altas carretas, de enormes ruedas de maderas arrastradas a paso tardo por seis bueyes magníficos.

El camino de Guadalupe se llena con esta multitud pintoresca y abigarrada. Todos hablan, gritan, ríen, se interrogan y se responden con esa verba intencionada, fácil y jovial… No tardamos en llegar al término del viaje, la Capilla.

Esta capilla se muestra deliciosa bajo el azul radiante del cielo, con sus muros blancos, su torre cuadrada y el portal, coronado por una cupulita árabe de estilo entre cristiano y morisco. La circunda una galería sostenida por pilares de algarrobo, tallados caprichosamente. En el atrio se levanta una altísima palmera, de las más bellas que he visto en el país. Hay algunos naranjos de un verde sombrío, que contrasta con el color blanco de la iglesia y el fondo azul inalterable de la escena.

La multitud de peregrinos invade pronto las cercanías de la iglesia. Nosotros entramos a la capilla. Está decorada al modo de las iglesias españolas del siglo XVIII.

Mientras el sacerdote celebra la misa y pronuncia un sermón, se forma en las inmediaciones de la capilla el más pintoresco campamento. Han desatado los bueyes, que, echados sobre el pasto miran con ojos bobos y apacibles. Las carretas levantan de trecho en trecho sus toldos de colores abigarrados. Dentro, duermen los niños. Las mujeres improvisan fogones en el suelo y hacen hervir el agua para el mate en la calderilla indispensable a todo paseo campestre.

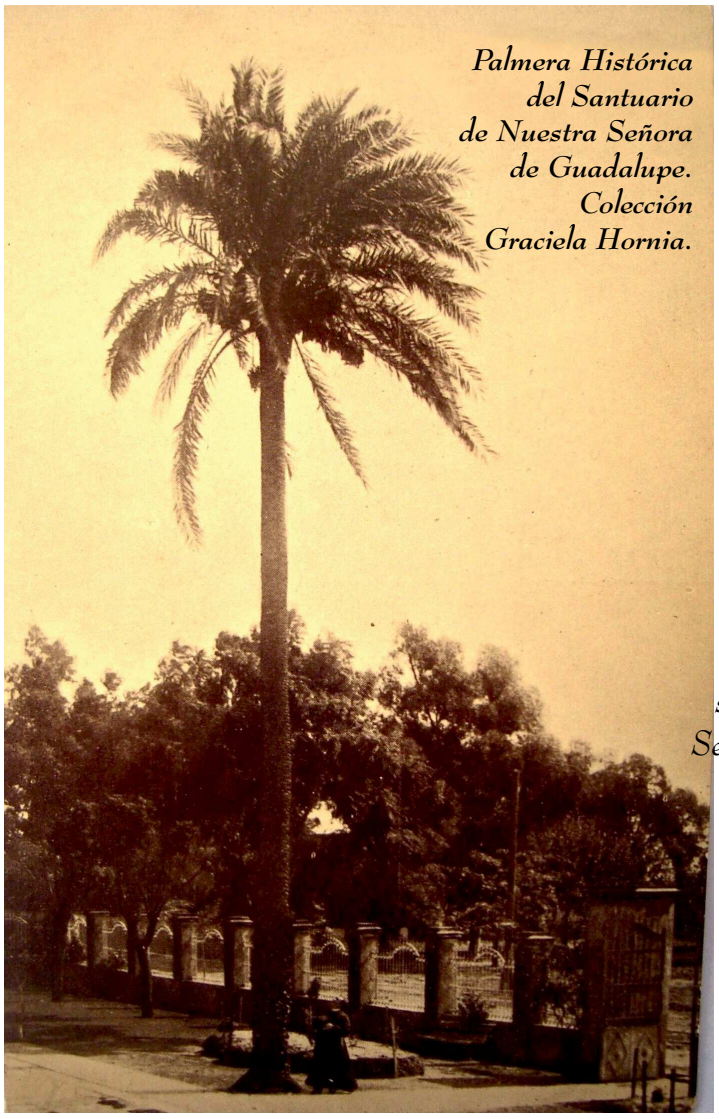
Por todos lados aparecen tendejones ambulantes. Venden leche, vino, aguardiente, caña de azúcar, naranjas, limones, pan criollo, pastelitos y confituras secas. Los mercaderes más afortunados son aquellos que han podido instalarse a la sombra de esos gigantescos ombúes, cuyo tronco, hueco generalmente, sirve según sus dimensiones y en caso necesario, de cocina, dormitorio o alacena.

Junto a esos árboles se van agrupando los peregrinos para ocuparse de cosas más temporales, después de terminada la misa y el sermón. Se sientan por grupos sobre el

el pasto y los que no han traído provisiones las compran a los pulperos y vendedores de comestibles. Cuando termina la comida, va cayendo la tarde y la brisa fresca de la laguna previene que la noche se acerca. Los gauchos improvisan carreras de caballo y señalan la raya de unos ombúes lejanos. Ya están en el camino, rivalizando en rapidez sus caballos y comienzan las apuestas, apasionadas, furiosas. Alguien que llegó a Guadalupe, muy orgulloso sobre su carreta, aguijando sus bueyes, la juega y la pierde en un instante, viéndose obligado a recorrer a pie lastimosamente su camino.

¡Pero qué importa! ... Todos se han divertido a lo señor, han oído un sermón de cien pesos, se ha corrido, se ha jugado. Si hoy se pierde, ¡mañana se ganará!

El sol se hunde en el horizonte, entre un mar de nubes purpúreas que acompañan siempre a los crepúsculos en este país. Los gallardos jinetes, las graciosas amazonas, las carretas, los coches, todos emprenden camino a la ciudad. La atmósfera se llena de resplandores rosas y reflejos dorados que dan a los objetos aspectos extraños. Llega la noche. Únicamente la pequeña cruz dorada que remata la cupulita de la iglesia, brilla todavía un momento, en el horizonte como una estrella fija. Pero este fulgor también se apaga. Pronto la soledad y el silencio, huéspedes habituales de lugar, reinan con las sombras de la noche sobre la capilla de Nuestra Señora de Guadalupe.



Palmera Histórica del Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe. Colección Graciela Hornia.

Lina Beck Bernard.
Cinco años en la Confederación Argentina 1857-1862.
El Ateneo.
Buenos Aires. 1935.

Los Carnavales
(mediados del siglo XIX)

Después de las fiestas de Guadalupe vienen las de Carnaval. Desde nuestra azotea, dominamos la plaza y calles adyacentes. En las casa vecinas, preparan el Carnaval con varias semanas de anticipación. Una cantidad enorme de huevos previamente vaciados con precaución, se llenan con agua perfumada, cerrándolos en uno de sus extremos por redondeles de tafetán verde, azul y rosa, engomados. Estos huevos se distribuyen en canastillas, cajas y bolsas a los caballeros de la casa. Cuando no es suficiente la provisión, se recurre a las mulatas y negras que venden esos proyectiles, indispensables en tiempo de Carnaval. Los aguateros van y vienen sin descanso, vaciando sus barriles en todos los recipientes imaginables, que se acumulan tras de los antepechos de las azoteas.

Terminados estos preparativos, ya puede empezar el Carnaval, y se inicia, en efecto, a la señal de un cañonazo, el lunes a mediodía, dándose comienzo a las hostilidades. En seguida desembocan, por todas las calles, escuadrones de jinetes que van y vienen a gran galope, recorriendo todos los circuitos posibles. Las damas aparecen en las azoteas y a poco el bombardeo, se hace general. Las señoritas arrojan agua en todas formas sobre los caballeros.

Los caballos, asustados bajo la inesperada catarata, se encabritan, dan coces, se abalanzan y ponen a prueba la habilidad de los jinetes. Estos, con la mano que tienen libre, lanzan huevos, uno tras otro, a la altura de las azoteas. Las damas los evitan como pueden pero los proyectiles se suceden con tal rapidez, que pronto, peinados y vestidos dejan ver las señales de la batalla. Al más arrojado, ágil y diestro de los jugadores se le arroja desde los balcones una gran corona de laureles rosas, que se pone como adorno al pecho del caballo, proclamando así la victoria del jinete. Las frases alegres, los desafíos, las réplicas, las agudezas, suben y bajan como proyectiles, desde los balcones a la calle y desde la calle a los balcones.

No bien se aleja una banda de jinetes ya aparece otra, para continuar el asedio, encontrando siempre a las bellas dispuestas a la defensa. El juego, renovado de continuo, dura toda la tarde. A las seis, otro cañonazo interrumpe las singulares justas, aplazándolas hasta el día siguiente.

En la calle, los chiquillos, armados de aparatos muy semejantes a los del "Enfermo de aprensión", se esfuerzan por mojar a los paseantes y hacen penetrar los chorros de agua por puertas y ventanas cerradas con precaución en estos días. Nunca terminan estos juegos sin algún accidente: son lastimaduras en los ojos o en la cabeza, producidas por los huevos lanzados de muy cerca, o bien caídas de los caballos que resbalan sorprendidos por el agua y los gritos, despidiendo al jinete o apretando a los viandantes.

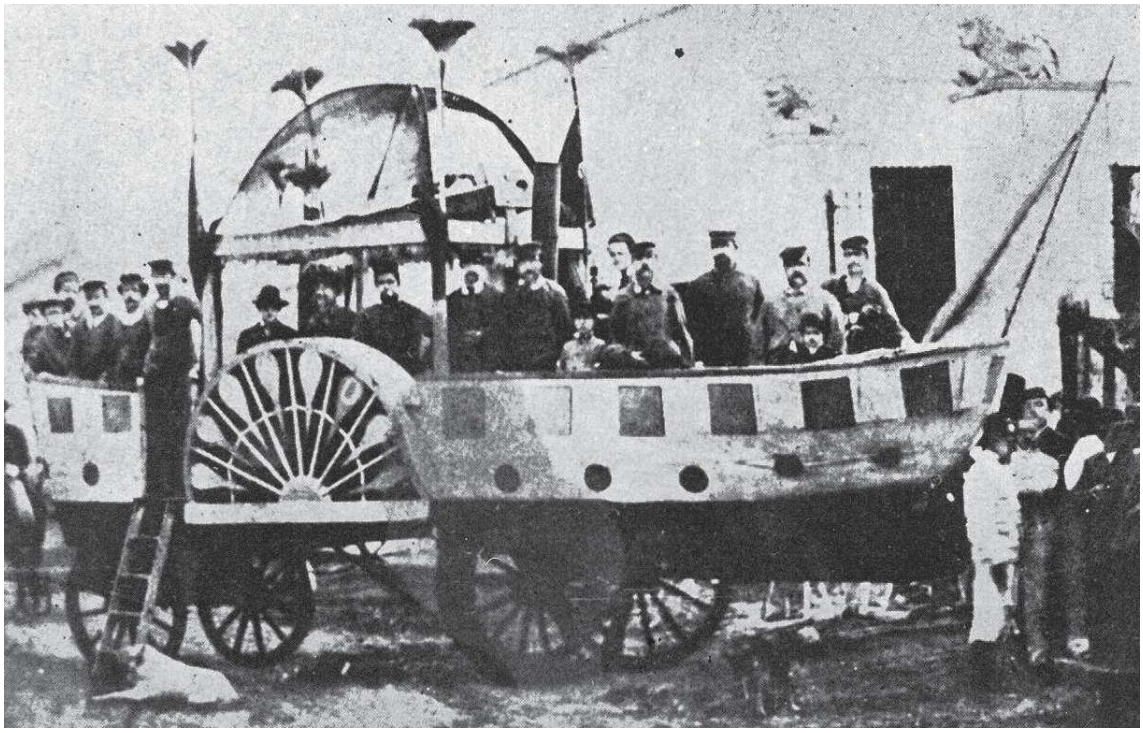
Pero esto no significa nada. Todos se divierten despreocupadamente, llenos de alegría y vuelven a casa calados hasta los huesos, cansados a no poder más y dispuestos a recomenzar al día siguiente.

Fiesta de Carnaval.
Lutsch. Banco de Imágenes Florian Paucke.
Sistema Provincial de Archivos. Archivo General.

Cuentan que Rosas, el mejor jinete de su tiempo, no dejaba nunca de mostrar sus habilidades en Carnaval. Solía llegar al galope frente a las casas de algunas bellezas porteñas, sofrenaba el caballo hasta ponerlo en dos patas y mientras lo hacía girar por completo en esa posición, arrojaba a los balcones un ramo de flores, antes de que el animal asentara las patas delanteras. He visto hacer esta prueba en Santa Fe, y resultaba muy lucida, pero requiere una gran destreza y mucho dominio en el manejo del caballo.

Lina Beck Bernard.
Cinco años en la Confederación Argentina 1857-1862.
El Ateneo. Buenos Aires. 1935.

Comparsa "El gran progreso de Santa Fe". 1882.
Banco de Imágenes Florian Paucke.
Sistema Provincial de Archivos. Archivo General.



El vestido

"Las señoritas santafesinas caminan
con mucha elegancia debido al suelo arenoso"
Pablo Mantegazza

Cabe destacar la sencillez franciscana de nuestra fundación en aquel 1573, junto a los altos barrancones del Quiloazas. Humildes sayales o estameñas, calcetas de algodón, polleras de bayeta o simples percales fueron el atuendo de aquella primitiva grey que, junto a Juan de Garay, venía a "abrir puertas a la tierra". Sólo alguno de los pocos españoles, apenas más rumbosos, lucía en aquella ceremonia sus jubones de seda, sus camisas de holanda o sus calzones bordados. Lo demás era pobreza, acorde con los endebles ranchos que comenzaban a levantarse, conformando el primitivo caserío.

(...) Avanzados los tiempos, los ricos usaban jubones de terciopelo o de seda -anota M. Cervera-, capas dobladas y vestidos de damasco, medias de seda, sayas de terciopelo con armazones de plata y oro, adornos de piedras preciosas, chapines aterciopelados, camisas de hilo de Ruán, Bretaña u Holanda. Los vecinos pobres vestían de lienzo o de sayal.

.....

A los fines del siglo XVIII disminuye en Santa Fe el lujo. Las santafesinas procuran hacerse vestidos. Los "bordados y cribas" son hechura de ellas. La gente del pueblo comienza a vestirse, además de sus camisas de algodón, con chiripá, calzoncillos y sombreros, a la usanza criolla. No faltaba en las pulperías o tiendas, un amplio surtido de enaguas de lienzo blanco, polleras de bayeta, jubones, pañuelos y mantas de bayetón.

Las damas de buen pasar usaban una camisa para dormir, generalmente bordada, y para levantarse se ponían un "deshabillé" o salto de cama. Para usar dentro de la casa vestían una camisa de lino de encaje, un guardapiés sobre la enagua orlada con blondas, y algunas, una cotilla o chupa. Para salir se cubrían con una mantilla. En época de invierno usaban el "rebozo", pieza de bayeta que les cubría los hombros y cabeza, dejando sólo una pequeña abertura sobre el rostro.

José Rafael López Rosas.
Santa Fe, Suplemento Cultural de El Litoral.
6 de julio de 1985.

"Tienen las mujeres fama de amables y hermosas..."

"El vestido y lenguaje es el de Buenos Aires, bien que las mujeres gastan menos ropa. Sus camisas son bordadas por el pecho y hombro, de azul en la gente ordinaria, y los ricos usan cribos y bordaduras exquisitas de hilos que trabajan con primor; lo mismo hacen con sábanas, almohadas, toallas, calzoncillos y enaguas, y de todo esto llevan bastante a Buenos Aires.

Tienen las mujeres fama de amables y hermosas y de taparse la boca cuando ríen, aún cuando tengan buenos los dientes".

Félix de Azara.
En: Hombres y hechos de Santa Fe.
De: José Carmelo Busaniche.
Santa Fe, Editorial Colmegna, 1970.

Mujeres santafesinas. 1908.
Foto: Eda Cossettini.

Molino de Ignacio Crespo.
Schlie. Banco de Imágenes Florian Paucke.
Sistema Provincial de Archivos. Museo Etnográfico y Colonial.

Procesión de Corpus Christi, que parte de la Iglesia de Nuestra Señora de los Milagros.
Tappa. Banco de Imágenes Florian Paucke.
Sistema Provincial de Archivos. Museo Histórico Provincial de Santa Fe.

Dos ciudades en una
(1883)

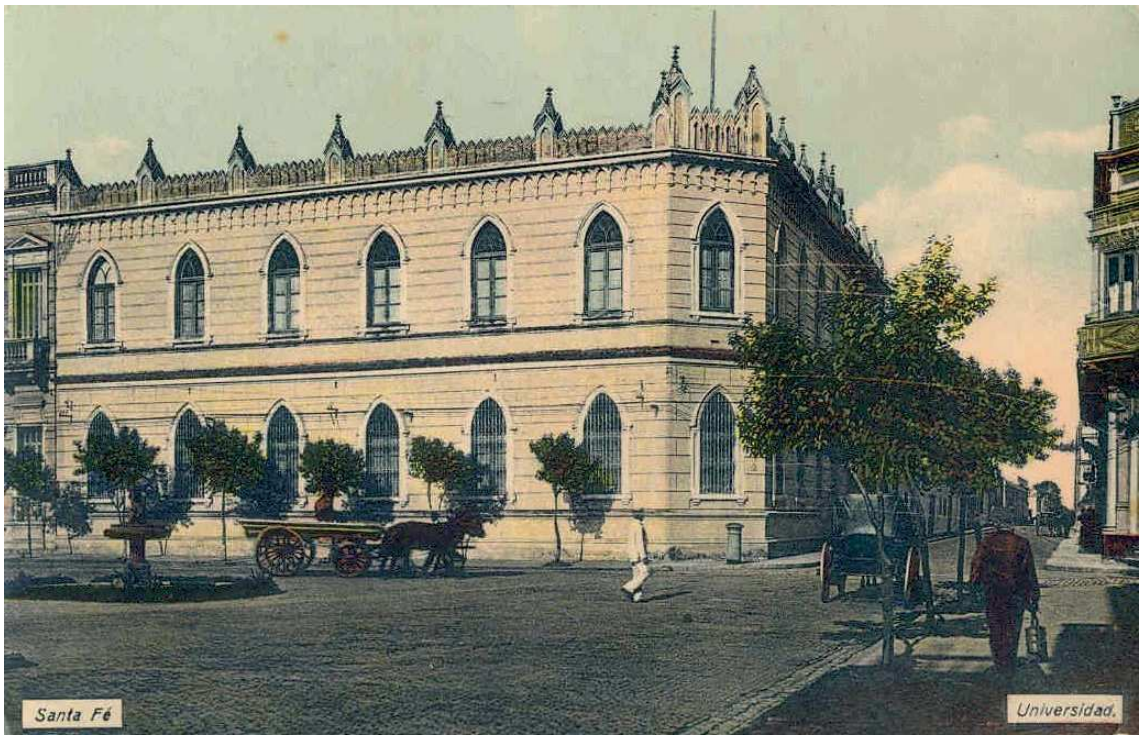
"Santa Fe colonial y Santa Fe moderna. La ciudad de los descendientes de los tenientes gobernadores, alcaldes y regidores y la ciudad de los tenderos, carboneros, marineros y calafates... La ciudad de los templos, del Cabildo, de las autoridades, jueces, fiscales, arrendados y enredistas y la ciudad del comercio, de los hoteles, de los cambistas y la aduana... La ciudad de la aristocracia de raíz de los conquistadores y colonizadores españoles, del buen tono, de la cultura, que habla el castellano con sabor antiguo, patriota como Estanislao López, religiosa como Juan de Garay y la ciudad con aspecto de factoría norteamericana, fusión de todas las razas, que habla mal todas las lenguas, sin hábitos definidos, indiferente en religión, liberal en sus costumbres, ajena al buen tono, patriota a la moderna, comerciante como medio y progresista como resultado... dos ciudades soldadas en la línea del medio por una calle transversal".

Estanislao Zeballos.
Descripción amena de la República Argentina. La región del trigo.
Bs.As., Imprenta de Jacobo Peuser. 1881.

Puerto de Colastiné. 1902.
Foto: Mercedes Manavella.

José Gálvez,
primer Rector de la Universidad.
Banco de Imágenes Florian Paucke.
Sistema Provincial de Archivos.
Archivo General.

Sede de la Universidad de Santa Fe
en el edificio de las Hermanas Adoratrices. 1902.
Colección Graciela Hornia.



La Universidad de Santa Fe

El 13 de junio de 1889 el gobernador Gálvez enviaba a la Legislatura el proyecto de creación de la Universidad de Santa Fe, con su correspondiente mensaje. En uno de los párrafos de este último se aludía a la falta de profesionales en la provincia diciendo: "Aún nos faltan abogados para proveer debidamente los puestos de la magistratura; nuestras colonias se cuentan por centenares y apenas habrá diez que tengan párrocos, ocurriendo lo propio en cuanto al arte y ciencia de curar; las oficinas técnicas de la administración y las numerosas obras públicas deben confiarse en absoluto al extranjero y sobre todo nuestra velocidad adquirida es tal, que por muchos años ha de encontrar empleo a su actividad todo hombre de ilustración y saber". Así se pudo decir en el diario "Nueva Época", el 27 de agosto de 1910, cuando anunciaba el fallecimiento del Dr. Gálvez, lo siguiente: "Gálvez arrancó esta región de la provincia de la vida contemplativa y colonial para encaminarla por senderos nuevos y con un vigor de espíritu que fue su principal arma; aún en los momentos de mayor adversidad luchó hasta vencer el abandono de unos, contra la falta de confianza de otros, contra la incredulidad de los más y principalmente contra el quietismo de la Santa Fe vieja de las siestas tradicionales y del espíritu apático".

El 20 de abril de 1890, en el antiguo Cabildo de Santa Fe quedaba inaugurada la Universidad, con su primer rector el Dr. José Gálvez, autor del proyecto. Así pudo decir con su voz, en el austero salón donde se había escuchado a través de los tiempos las de los constituyentes, estas palabras: "Hoy pisamos los umbrales de una nueva era intelectual; afirmamos la acción del hijo de esta tierra sobre la sociedad y la naturaleza, abriéndole más anchos horizontes a su actividad y a su inteligencia".

Las siete arcadas del Cabildo mostraban las gentes apiñadas e igual en la calle, donde formaban las tropas provinciales. El reloj daba las horas, mientras la bandera argentina flameaba sobre el remate del arco que se orientaba hacia la calle Comercio y 3 de Febrero.

José Pérez Martín.
Latitud Sur 31.
Santa Fe, Librería Colmegna. 1975.

Alianza Francesa.
Acuarela Francisco Puccinelli.
Banco de Imágenes Florian Paucke.
Sistema Provincial de Archivos. Archivo Alianza Francesa.

Petit-chateau de la Alianza Francesa.
Ciudad de Santa Fe.

La Alianza Francesa de Santa Fe

Entre 1889 y 1890 queda construido el petit-chateau. La casa principal es ocupada por M. Joseph Courau, primer Director de la Compañía Francesa de Ferrocarriles de Santa Fe. Una publicación de la época señala que la mansión del boulevard Gálvez "era una especie de palacio Galliera, a la italiana, con mármoles, columnas acanaladas, capiteles corintios y escalinata ceñida por barandas curvadas... con piscina, caballerizas, picadero y todo un jardín a la inglesa". Como se advierte, agregando los detalles arquitectónicos franceses, la nueva mansión era una pintoresca mezcla de estilos, como se acostumbraba en la Argentina del 900. Pero lo cierto fue que la casona, enmarcada en un hermoso jardín, en medio de la tupida fronda, causó por entonces la admiración general, especialmente aquellos que en sus landós o victorias recorrían el flamante boulevard -recién inaugurado- a la hora del paseo.

En el nuevo edificio la colectividad francesa era agasajada por los dueños de casa, y las más destacadas reuniones sociales se realizaban allí, siendo famosos los tés que las señoras de los directores realizaban a menudo, sino semanalmente, ya fuera con fines benéficos o por simple esparcimiento. También se realizaban reuniones al aire libre en el inmenso parque, que, como hemos adelantado, ocupaba gran parte de la manzana. Allí en medio de los jardines, con puentes que cruzaban pequeños lagos, fue levantada años más tarde una glorieta y una amplia rotonda, donde se realizaban los bailes. Y para diversión de niños y grandes había un pequeño ferrocarril que efectuaba su recorrido a través del parque, utilizado generalmente en las kermeses y fiestas de Julio.

Cercano al petit-chateau fue construido el edificio de la nueva escuela -trasladada de calle Crespo-, donde funcionaron las aulas, la Dirección y otras dependencias, y en el piso alto fue instalado un departamento destinado para habitación de los directores de la Alianza.

En 1949, ratificando la unión de hecho realizada en 1931, la Escuela Francesa es incorporada oficialmente a la Alianza bajo la dirección del profesor y licenciado M. Philippe Greffet, enviado especial del gobierno francés.

Con motivo de las bodas de oro de esta institución, escribió entonces M. Philippe Greffet: "Hace cincuenta años, bien lejos de la Francia, en Argentina, nacía un foco de fervor francés: una humilde escuela familiar, con sus maestros y con sus alumnos, su pizarrón y sus cartas de geografía; una escuela como todas las escuelas. Pero, más allá de las cifras, de las palabras, de los textos, ella enseña a pensar y vivir según una tradición: amor de un bello lenguaje, respeto de la civilización, culto de la amistad.

Es la historia feliz de un pueblo feliz que ama a Francia como una gran hermana, es la historia feliz de franceses felices que aman a la Argentina como otra patria más. Es la historia de un gran amor, simplemente".

José Rafael López Rosas.
Breve historia de la Escuela y
de la Alianza Francesa de Santa Fe.

Paseo del Boulevard Gálvez.
Colección Graciela Hornia.

Paseo del Boulevard Gálvez.
Colección Graciela Hornia.

Tras las tapias asomaban los naranjos

(fines del siglo XIX)

... la ciudad, como así sus inmediaciones del Paso de Santo Tomé, del pago del Rincón de San José y de Guadalupe, tenía arboledas amenas y sombrías. Tras las tapias asomaban los naranjos, las diamelas, los jazmines y las tunas de fruto escarlata, en concierto con los árboles de sus calles y contados paseos. El sol luchaba con la fronda y la luna se desgranaba en hilos pálidos entre las ramas, que al amanecer, según cuenta un viajero, vibraban como una caja de música con sus zorzales y boyeros.

.....

... en1889 se aprueban los planos presentados en 1887 por Emilio Schnoor, empresario del tranvía a Guadalupe, para el trazado del Boulevard Gálvez. En esta avenida de 40 varas de ancho, se plantaron árboles procedentes de Java y de Japón, jacarandáes, palos borrachos, palmeras americanas y de África y Canarias, en cuyos troncos crecían los helechos.

.....

La ciudad tenía como fondo la arboleda de las islas, con los racimos rojos de los ceibos y las flores de las trepadoras (...) que cubren al ubajay, rey de la fronda, salpicados de estrellas blancas. En los campos vecinos al límite urbano aparecían los cardales, chañares, algarrobos y espinillos. Montes silvestres que avanzaban hacia el Salado y por el levante, hacia los arroyos de Rincón y los Saladillos, hasta que brindaban en algún recodo de aguas quietas, el plato verde de las victorias regias con su garzas hieráticas.

Dentro del éjido ciudadano se veían los cercos de paraísos con sus flores lilas, de garabatos con sus espinas y de cina-cina con su color amarillento. Había que esperar las crecientes de los ríos para que surgieran entre las espadañas y totoras, las islas andantes de los camalotes con sus imprevistos pasajeros. Tras los muros de las moradas familiares, tapiales que decoraban los líquenes y musgos, asomaban los durazneros, los naranjos, los perales, los parrales e higueras.

Las naranjas dulces o limas abundaban en la ciudad.

.....

Igualmente principiaba a verse la fragancia balsámica de los eucaliptos, mientras junto a las huertas domésticas crecían los jardines hogareños con sus hiedras y sus flores y con sus hierbas medicinales: la ruda, el cedrón, el llantén, la salvia, el romero... No faltaba la viejecita de negro rebozo que en el atardecer, con el mate en su mano, dejaba de regar sus tiestos de malvones y amarantos, para dar al niño de la vecina, la hoja del popular ambaú, que curaba la tos.

.....

José Pérez Martín.
Itinerario de Santa Fe.
Santa Fe, Editorial Colmegna. 1965.

Inundación de 1905.
Calle Hipólito Irigoyen, desde la Estación de Trenes.
Banco de Imágenes Florian Paucke.
Sistema Provincial de Archivos. Museo Histórico Provincial de Santa Fe.

La inundación de 1905

En las primeras semanas de junio de 1905 las noticias del norte eran alarmantes. Barranqueras, Bermejo, Aquino, Pilcomayo y Colonia Bourdier -decía el telégrafo- están desbordados. Las calles de Paso de la Patria y Goya son verdaderas lagunas... Las colonias algodoneras se encuentran en la misma situación. Las líneas telegráficas se han cortado. Los puentes se han venido al suelo.

Santa Fe, ajena un tanto al peligro, veía crecer lentamente el río, sin inquietarse, ya que los picos de creciente estaban todavía lejos. La vida continuaba como siempre.

La ciudad no perdía su ritmo. Proseguían las retretas en la Plaza de Mayo, las tertulias familiares y los paseos a caballo y en carruajes.

De repente el panorama se complica y empiezan a cambiar las cosas bruscamente. En cinco días el río crece más de medio metro. Las aguas empiezan a penetrar al centro de la ciudad. El 7 de junio las noticias son un tanto alarmantes. Los diarios locales describen el angustioso cuadro. El campito -dice uno de ellos- "es un lago navegable". La creciente llega con todo su brío "hasta la calle Jujuy y 25 de Mayo; frente al hotel El Globo se inicia el desborde; el paseo Colón está todo inundado así como la avenida Rivadavia y las calles San Luis, Belgrano, Catamarca, Humberto Iº y Crespo". "El agua -dice Nueva Epoca- llega hasta el eje de las ruedas de los tranvías".

El 8 y 9 de julio el desastre es total. Se inunda parte del sur de la ciudad, como así también los "fondos del Hospital de Caridad" y toda la ranchada que da al Salado. En la plaza Euskara y en el stand del Tiro Federal se alojan numerosas familias en carpas. El día 8 el río crece 31 centímetros. La Estación Francesa y la plaza España están convertidas en lagunas. Los alrededores, Rincón, Colastiné y la zona de Guadalupe son evacuados. Al día siguiente, barrio Candioti queda anegado, y en el centro de la ciudad las aguas llegan a calle San Martín, Falucho, Mendoza y Salta. Una casa de calle Rivadavia, perteneciente a doña Carmen Iturraspe de Lecubarri, contigua a la Agencia Sarsotti, se derrumba. Los trenes de pasajeros no pueden llegar a la Estación Francesa y transbordan a sus pasajeros a las canoas que esperan.

La situación se torna cada día más grave. Un diario difunde la noticia de que se han dado 30 casos de tifus; al par que los muchachos se divierten matando las víboras y los yacarés que vienen en el camalotal. "La plaza Colón -dice Nueva Epoca- y el parque inglés, están cubiertos, así como los sótanos de la Municipalidad".

Por fin, alrededor del 15 de julio las aguas empiezan a bajar. La ciudad -una verdadera Venecia- no sabe si llorar o dar gracias a Dios. Sólo el viejo cochero, sentado en su mateo, en la plaza de Mayo, advierte con pena que ya no tendrá los clientes de los días pasados.

José Rafael López Rosas.
De antiguas crónicas.
Santa Fe, Fundación Banco Bica.
Colección La Región. 1985.

Calle Juan de Garay y 25 de Mayo.
Lavanderas trabajando en la calle inundada.
Banco de Imágenes Florian Paucke.
Sistema Provincial de Archivos.
Museo Histórico Provincial de Santa Fe.

1573
Santa Fe Antiguo

"Aquellas casas viejas... tapias roídas por el tiempo" (I)

(siglo XX)

En los días de sol, durante el húmedo invierno, aquellas casas viejas tomaban su expresión evocadora y triste.

Detrás de sus tapias roídas por el tiempo y coronadas a veces de enredaderas, asoman las copas redondas de los naranjos, con su espeso follaje y su fruta dorada.

En la parte que el sol no calienta, el musgo extiende su terciopelo verde, como un suave tapiz. Crecen los yuyos en las grietas de adobes manchados por la cal del antiguo revoque; se ve en un muro el hueco de una alacena con estantes de algarrobo y, sobre un tejado que en las noches de luna ya no se anima con el paseo de los gatos, la ventana de una buhardilla y una chimenea que tiempo ha no se envuelve en el humo azulado y tibio del hogar.

Hugo Wast.
La casa de los cuervos (Fragmento).
Bs.As. Editorial Plus Ultra, 1980.

Casa del tiempo colonial, construida en 1655.
Banco de Imágenes Florian Paucke.
Sistema Provincial de Archivos. Archivo General.

Casa de Iriondo.
De Iriondo. Museo de la
Ciudad de Buenos Aires.

Esquina de Gral. López
y San Jerónimo.
De Iriondo. Museo de la
Ciudad de Buenos Aires.

"Aquellas casas viejas..
tapias roídas por el tiempo" (II)
(siglo XX)

La plaza era entonces, como hoy, de una manzana entera, pero encuadrábanla construcciones más bajas, y eso parecía agrandarla.

Al naciente, tenía el colegio de los Jesuitas, ocupando las dos terceras partes de la cuadra, que completaban algunas casas de tejas. Al sur, alzábase el Cabildo, con su mole blanca y pesada, sus dos pisos con recova de gruesos pilares y arco romano, y su azotea resguardada por una sencilla barra de hierro.

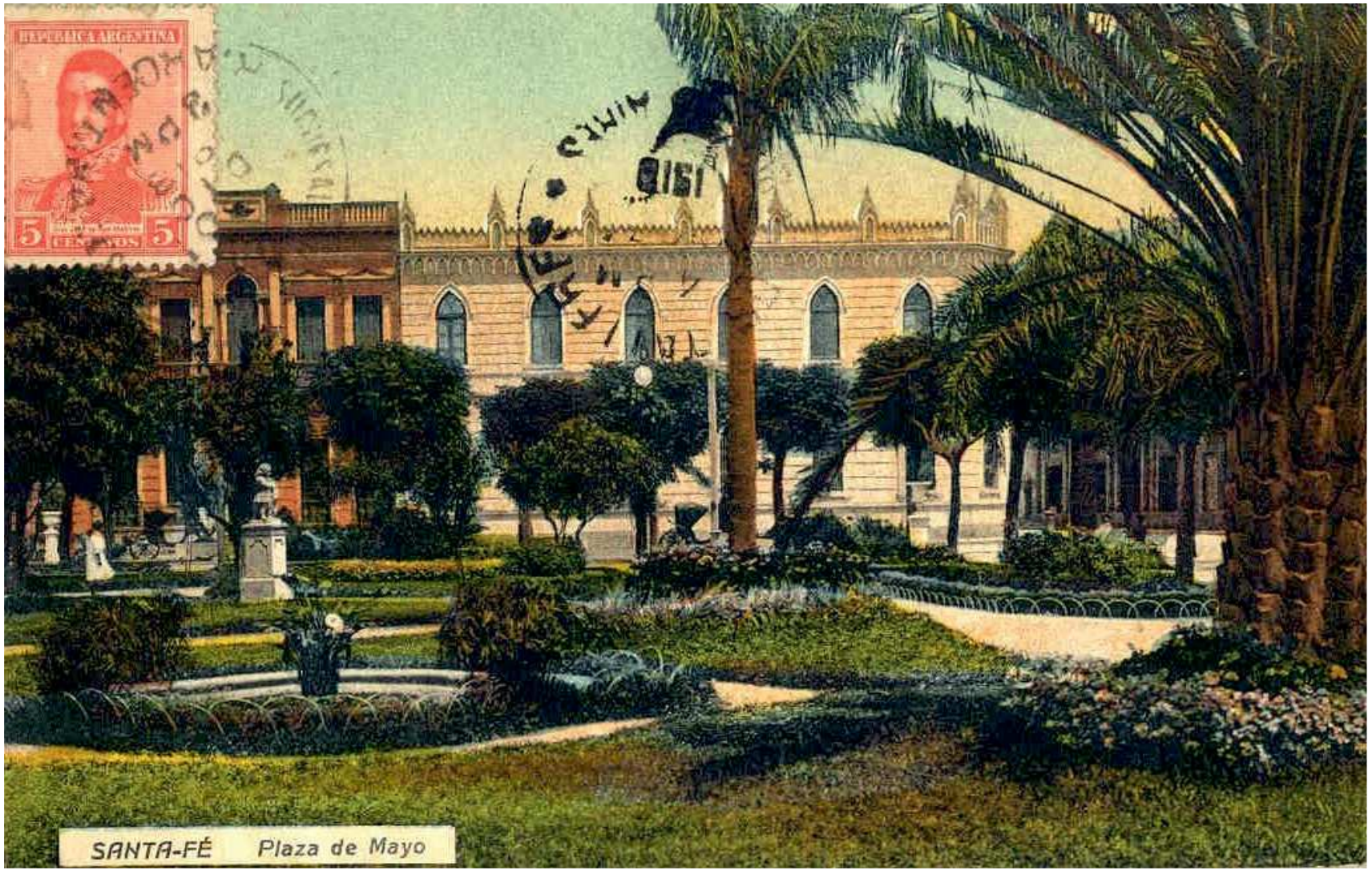
Todavía se ve en la esquina de San Jerónimo una de las raras casas de altos que había entonces, y que eran indicio de riqueza, no obstante sus paredones lisos, sin adornos ni pilastras, y el pobre hueco de sus ventanales y de sus puertas pequeñas y su baranda de hierro en el tejado.

De las casas que formaban el costado del poniente, quedan muchas, con algunos cambios que las modernizan sin embellecerlas, revoques de Pórtland, balcones y adornos del más abominable Luis XV.

Ha desaparecido el local en que durante años funcionó el café del Plata, lugar de cita de los opositores; pero subsiste al lado de la construcción que hoy se levanta en lugar del célebre café, el vetusto caserón que ocupara el Club del Orden, centro de la aristocracia y de los conspiradores.

La iglesia Matriz en el lado norte de la plaza, permanece tal cual era, con sus dos torrecillas humildes y el enmohecido gallo de su veleta; pero el resto de la cuadra ha sufrido un cambio profundo, a excepción de la casa que don Simón de Iriondo inauguró por aquellos años, y que era, con sus dos pisos de galería a la calle y lo estudiado de sus líneas, la más hermosa de la ciudad.

Hugo Wast.
La casa de los cuervos (Fragmento).
Bs.As. Editorial Plus Ultra, 1980.



Plaza de Mayo. Colección Graciela Hornia.

Las Máquinas del Tiempo

Si pudiéramos, algún día, encontrarnos, amigos míos. Si pudiéramos, así, livianos de sombras y caminos, desandar soles blancos y lunas amarillas y reírnos, de a poquito y sin vergüenza de las muchachas ansiosas que nos miraban tras las rejas. Guardadas. Adornadas, - jazmín y seda- iluminadas con el perfume de la tarde. Frutales, como los naranjos del patio.

Si pudiéramos otra vez, allí, en el Café del Plata, sentarnos a consumir la luz amarilla y el aroma oscuro que nos buscaba, cálido, del café exprés.

Si el tiempo fuera como una flor de papel que se abre con el verano, siempre verano, podríamos andar otra vez, como por océanos cósmicos, ingrávidos y atentos al paso de las pequeñas cosas que a lo mejor un día no vimos. Como los arcoiris en los caireles de cristal de las arañas. ¿Recuerdan? En los bailes, cuando sentíamos que todo era verano y verano. En esos salones que nos devoraban las piernas y el corazón ante tantas mujeres hermosas. Los arcoiris se multiplicaban, lo recuerdo, en los vasos de cristal, en la platería. Las casas de San Martín, o calle Comercio, amigos, guardan los arcoiris en el hueco de las ausencias, en los rincones del olvido y el no-olvido. Son Máquinas del Tiempo. Están allí las casas -digo- esperando que entremos, con sus bocas umbrías, los zaguanes. Túneles verdes de besos, saludos, sombreros, manos, llamadores de bronce y apagadores de ruidos, corredores de viento y de noticias.

Si pudiéramos, amigos míos, sentir entre las paredes de sus habitaciones, el olor de la zarzaparrilla, el fragante aroma del pan, del azúcar quemado y de los dulces sobre el brasero.

Y comer una jugosa sandía, herida por nuestros dientes jóvenes, como aquella siesta en el patio de la casa de Benito Freyre.

Si pudiéramos, digo, insisto, abrir las puertas de esas Máquinas del Tiempo y ocupar los silencios de las aldabas, las formas de lo que se ha ido en la memoria.

Abrir la niebla y ver entrar los carruajes, como si flotaran, para llevarnos, dichosos, como lo hacían en carnaval, llenas las manos de varitas de nardo y pomos de agua florida.

Hondos resonarían nuestros pasos y nuestras risas, mientras el tranvía rojo-rojo, amigos, rojo, nos llenaría de magia y serpentinas. Borrachos de luna andaríamos buscando la música, las voces, las presencias que se desprenden vivas de estas casas antiguas. Antiguas como nosotros, como el vino o el aljibe con su garganta húmeda y su misterio de pozo con duendes trepados a un balde de plata.

Sentiríamos, lo sé, salir de los dormitorios, los susurros del almidón y las jaculatorias que atenuaban la ferocidad de las tormentas; los suspiros y las penas; las canciones de cuna que quedaron ovilladas a las columnas y a las rejas.

Si pudiéramos, amigos, con nuestros sombreros pajizos y blancos trajes color crema, cortarnos el cabello en la peluquería de Don Conrado Jordán y después salir a cantar serenatas, abiertas las bocas y los ojos, con la música azulándolo todo, ondulante armonía que haría madurar los duraznos de las huertas.

Si pudiéramos, amigos, vuelvo a insistir, recorrer estas calles, seríamos los dueños del Tiempo y de la zarzaparrilla; de las sombras, pero también de la luz.

Pero, lo sé, para muchos, o quizá para todos, sólo seríamos fantasmas…

María Guadalupe Allassia.

Teatro Municipal. Colección Graciela Hornia.

Se inaugura el Teatro Municipal

(5 de Octubre de 1905)

Desde las primeras horas de la noche puede decirse que empezó la animación y el movimiento en las inmediaciones del nuevo coliseo y calles adyacentes... La Banda de música del Batallón de Guardiacárceles, en la parte exterior del edificio, ejecutó diversas composiciones de su repertorio, dando más carácter y solemnidad a la fiesta inaugural. Después de recorrer todas las dependencias y observar las acertadas disposiciones que se han tomado, viendo el bullicio y la vida de que todo estaba inundado, penetramos en la sala de espectáculos. Centenares de luces irradiaban sobre el oro de las molduras, medallones, cornisas y otros adornos; las líneas del decorado elegantes, vaporosas y vagas, realzadas por colores tenues, se destacaban entre reflejos de luz brillante... El soberbio plafón de Orlandi, con sus figuras simbólicas, adquiría contornos de relieve.

Inicióse el acto con el Himno Nacional, oído de pie por los espectadores. Preludió la orquesta y sonaron los primeros compases de la hermosísima partitura del maestro Poncielli, "Gioconda".

Diario Nueva Época.
Santa Fe, 6 de octubre de 1905.

Teatro Municipal. Colección Graciela Hornia.

Iglesia de Santo Domingo.
Colección Graciela Hornia.

Navidades a principio de siglo

El norte crecía abriendo calles y desbrozando quintas. El sur todavía se empapaba con sus viejas leyendas, susurraba jaculatorias y se adormecía en el monótono golpear de agua cercana. Pero el rostro de la ciudad cambiaba en las vísperas de la Nochebuena. O bien eran los niños quienes la cambiaban, cuando sentados en los altos cordones de las veredas, auguraban la llegada del Niño Jesús, en tanto sus padres tomaban el fresco en sillas y hamacas.

Era el tiempo del trajinar en los hogares y en los amplios patios con su aljibe en el centro y el abultado número de macetas con sus malvas, sus amarantos, sus jazmines y también las yerbas medicinales que figuraban en el recetario casero de las amas de casa.

Entonces era distinto al presente. Hoy los preparativos de la Nochebuena impulsan gentes a las calles, presurosos en compras y regateos. Antaño la actividad estaba dentro de la casa y de la huerta a la sombra de los parrales y de las higueras. Mientras unas rivalizaban en la preparación de dulces y tortas, otras entre comentario y comentario, revolvían los grandes roperos para buscar las figuras que compondrían el Nacimiento.

No era tan divulgado el árbol de Navidad. Más lo era el pesebre, como se decía en el lenguaje común. Y junto a los de las iglesias competían muchos hogares tradicionales en la composición de estos Nacimientos, que recordaban en el humilde portal de Belén al Niño Divino en pañales y a la mansedumbre del buey y del asno. Figuras antiguas, maderas o yesos que venían sobreviviendo a través de los años, aparecían en el rincón de los cajones. Camellos, ovejas, pastores, espejos que remedaban el agua de los lagos, copos de algodón como nevadas, trozos de cartones grises para formar montañas y laderas, y la estrella blanca como el copo de nieve o el merengue que batían en las cocinas hogareñas, donde el ama y las criadas oficiaban afanosas y serias como hechiceras con sus aparejos.

La Virgen y San José abandonaban sus sitios en las mesas de luz y el Niño Dios y el rosario de aceitunas que se colgaba de un clavito, eran artesanías que en un tiempo remoto habían llegado en carretas cordobesas y santiagueñas. Y se adiestraban los niños con los versos de villancicos y cantares de la Nochebuena.

La Nochebuena llegaba como generalmente llega en el litoral; con su temperatura cálida, con su luna subiendo en el firmamento y sus estrellas rutilantes en el infinito.

Y a medida que las campanas de los templos llamaban a la milenaria Misa del Gallo, grandes y chicos salían de sus casas, alegres pero circunspectos, rumbo al oficio de medianoche. Esta noche era de los peatones; pocos vehículos cruzaban las calles. Sólo después de la misa aparecían coches y "breaks" llevando a la juventud que visitaba los pesebres de las casas de familias.

El oficio terminaba y en el atrio se iniciaban los besos y los augurios. Y mientras cantaban los gallos en la hermosa noche santafesina, comenzaban a oírse lejanas, como músicas venidas en ancas del viento, guitarras, acordeones y flautas.

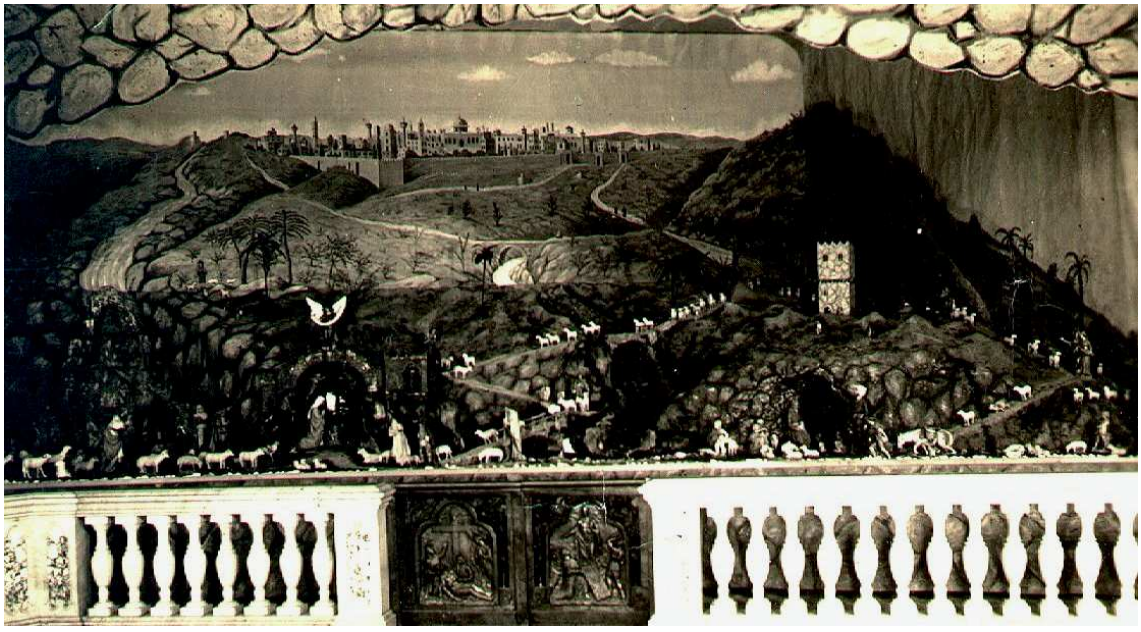
Unos volvían a sus casas y otros anticipaban su visita a los Nacimientos hogareños. Viejas casonas se llenaban de luces y cantos. Y aunque las mujeres habían trabajado con afán en panes endulzados y alfeñiques, también se contaba con las empanadas de las Magallanes, los alfajores de los Goncebate y los panales con gusto a miel, a rosa y a menta que se vendían en la confitería de la Merced o del Plata.

Y los duraznos, orejones, membrillos envueltos en chalas, arropes de tuna, y los higos secos que tenían el prestigio de venir del norte de la República.

El Nacimiento estaba iluminado y junto a él las niñas que habían peleado durante el día con el fuego y las tenacillas para rizar. Porque era la hora en que llegaban los grupos de jóvenes con sus orquestas improvisadas a cambiar, entre canto y canto, las miraditas con sus dulcineas. ¿Qué le pidió usted al Niño Dios? ¡Misterio!

José Pérez Martín.
Latitud Sur 31°.
Ob. Cit.

Pesebre de Belén.
Banco de Imágenes Florian Paucke.
Sistema Provincial de Archivos. Museo Histórico Provincial de Santa Fe.



Y llegó el Nuevo Siglo
("Nueva Epoca", año 1905)

Publicidades de órganos locales.
Banco de Imágenes Florian Paucke.
Sistema Provincial de Archivos.
Archivo Intermedio.

Puerto de Santa Fe. Colección Graciela Hornia.

1573
Santa Fe
Antiguo

1573
Santa Fe Antiguo

"La sandía se calaba con un cuchillito de hoja triangular..."

Hace 50 años, recuerdo, los puestos de venta de sandías se improvisaban aquí (en Santa Fe) a orillas del río, a la sombra de los aromitos. Se instalaban unas mesas toscas, de tablas fijadas a unos troncos de sauce hundidos en la arena y algunas sillas o banquetas rústicas, de paja. Sobre las mesas se colocaban las sandías pintonas y los clientes pedían al puestero que se las calara para comprobar previamente el estado de madurez y sazonamiento.

La sandía se calaba con un cuchillito de hoja triangular y bien afilada, haciéndole tres cortes, en triángulo. Con el mismo cuchillo se pinchaba y extraía el trozo, calado hasta el corazón del fruto, para ofrecerlo a los clientes.

Si estos daban su aprobación después de observar y degustar la muestra, el vendedor abría el fruto por la mitad y luego lo tajeaba con precisión en tantas porciones como comensales, entregándole a cada uno un cuchillo para su uso.

De tal modo, la sandía (como la carne al asador en los fogones rurales) era trozada y consumida a cuchillo.

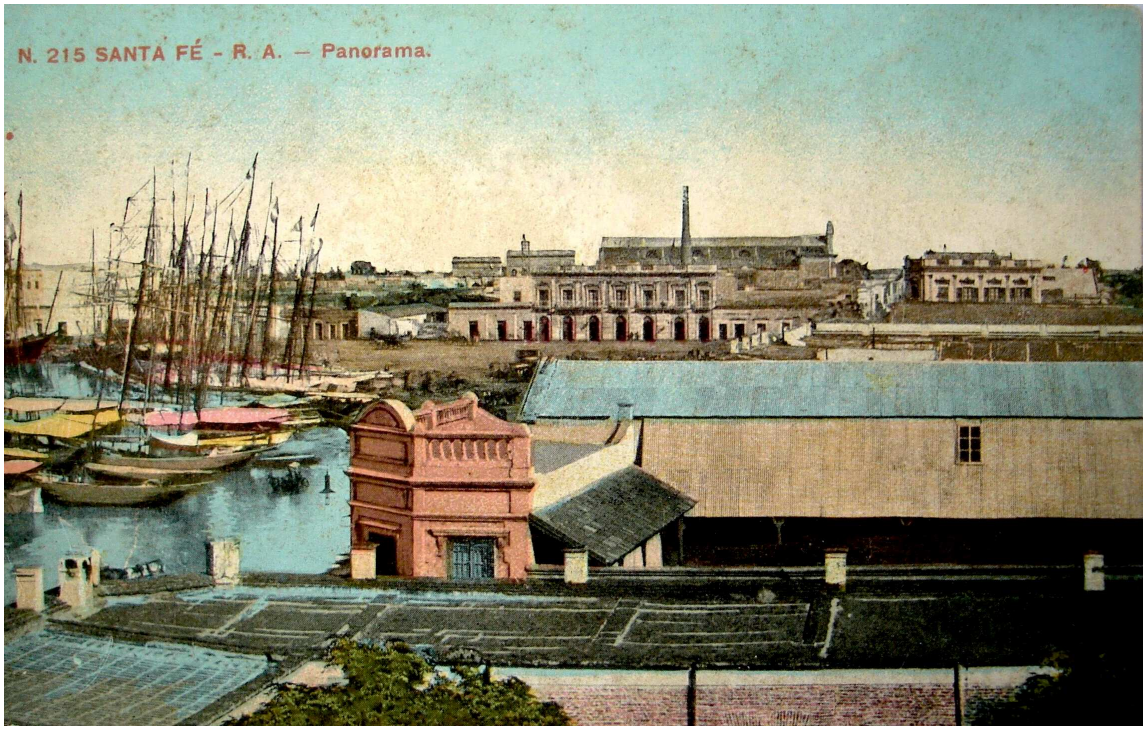
Las sandías llegaban de la costa -San Javier, Helvecia- en barco y éste atracaba en la orilla, frente al puesto, extendiendo una planchada a tierra; allí permanecía hasta que los consumidores los aligeraban de su carga.

Los puestos funcionaban día y noche. De noche se alumbraba el lugar con faroles a querosene y se encendían algunos fuegos para producir humo de bosta o hierbas verdes contra los mosquitos.

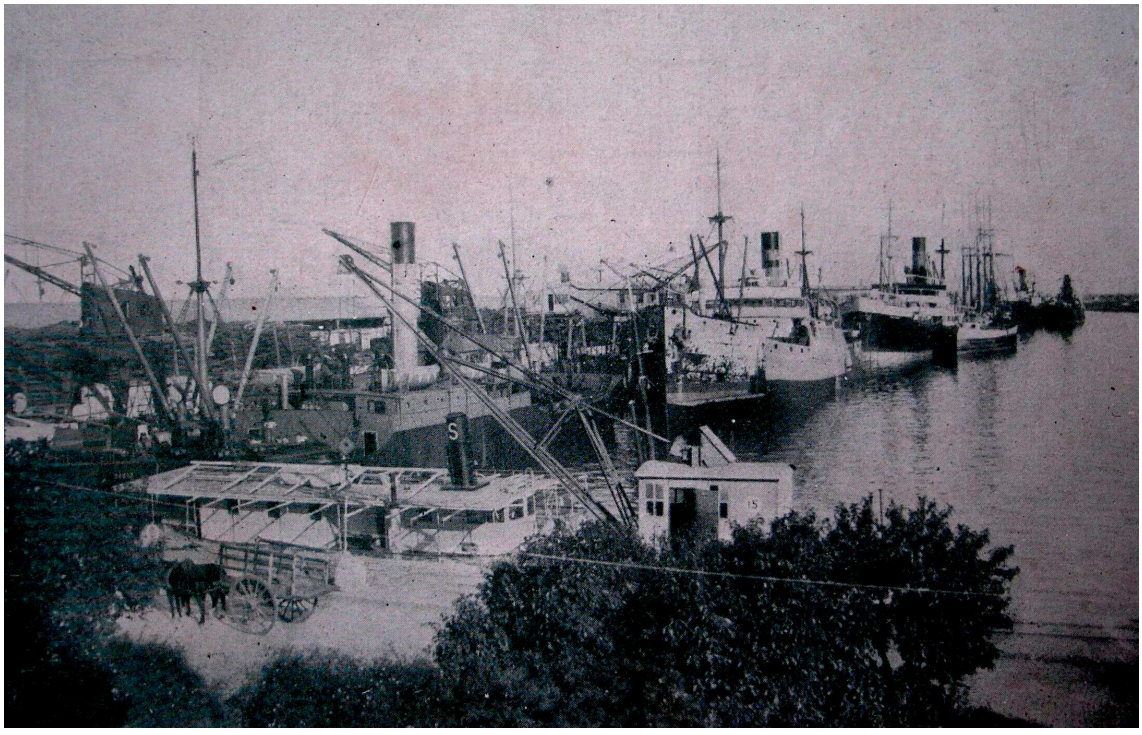
No se me borrará la escena mientras viva: el reflejo de los faroles astillándose en el agua, el balanceo del barco despulido por la intemperie en sus muchos años de ambular por el río, el olor silvestre y picante del humo, la tibieza húmeda de la arena en los pies descalzos y el trozo de roja sandía que se iba haciendo agua dulce en la boca.

Jorge Luis Víttori.
Literatura y Región.
Santa Fe, Ediciones Colmegna. 1986.

Puerto de Santa Fe.
Colección Graciela Hornia.



Puerto de Santa Fe.
Dique Nº 1. Vapores de Ultramar.
Colección Graciela Hornia.



Puerto de Santa Fe
(1929)

... muestra la fotografía la significativa coexistencia en los diques del último, quizá, barco a vela, con la ventruda nave de alta chimenea. Muestra de este modo el tránsito entre dos tiempos para navegar del hombre. Es algo así como la despedida a la fragata ligera y alada y el corpulento navío de hierro, en cuya entraña arde el corazón del fuego.

Ocho de estos verdaderos búfalos del mar, no se impacientan en los muelles. Parecen allí depositados, dejados en el espejo impecables de las aguas. Demoran la partida, mientras afanosos hombres invisibles llenan sus bodegas con el cereal o el tanino. Demoran la partida, mientras en algún atardecer anaranjado y quizá siendo domingo dejan ir a sus tripulaciones de cabello rubio hacia el atlántico de las calles Catamarca y Rivadavia, para que aquellos muchachos turbios consigan el rato que vende una muchacha o beban la cerveza o el ajenjo serenamente, pensando en los puertos andados ya.

Contra los ocho búfalos del mar, puestos en los diques a la labor de esperar, el navío a velas, gallardo, levanta sus tres palos. Parece a la espera de algún corsario disimulado entre tanto estibador y marinero. Dice sobre navegaciones silenciosas, suaves y mansas y también sobre batallas ganadas al mar a fuerza de saber disponer las velas y el coraje.

Y enmarcando todo este espectáculo de los navíos, se advierte, en primer plano, el viejo barrio sur, edificado apenas en el costal del río. Una ancha playa absolutamente vacía se estrecha luego en senderos que atraviesan, como una red arterial un baldío que se supone verde. Y enseguida, la calle Rivadavia y la calle 25 de Mayo, con los signos inequívocos de lo que hasta no hace más de 20 años fueron.

Arriba, es decir hacia el norte, el ojo dilatado de la laguna Felipe preanuncia la sinuosidad reptante de la Setúbal.

El viejo Santa Fe es ése. Flota el vapor de hace más de cuarenta años, dejado sobre la ciudad por los humos portuarios, mientras una paz de pueblo aún no disuelto pesa sobre los techos (...).

Hugo Mandón.
La gente y su sombra.
Edic. Sudamérica Sta.Fe.
Biblioteca Fundamental Santafesina.
Sta.Fe, año 1992.

Calle Comercio.
Colección Graciela Hornia.

Calle san Jerónimo.
Colección Graciela Hornia.

Sobre túneles y enigmas

Un buen día el dueño de una vieja casa ubicada en Juan de Garay entre San Martín y San Jerónimo, decidió llamar a un operario para que cambiara unas tablas de pinotea del piso de una habitación, que se encontraba en mal estado.

Con sorpresa, al ser levantados los listones de madera que debían sustituirse, aparecieron los restos de un brocal de aljibe con el pozo intacto. El propietario, movido en parte por la curiosidad y previniendo también un eventual peligro de hundimiento, pidió al cuerpo de bomberos que realizara una inspección de la fosa y diera una opinión. Al descender, un par de hombres se encontraron con que en el fondo se abría una boca de túnel abovedada y enladrillada en dirección al sur.

Con poca diferencia de tiempo, en otra añosa residencia con frente a calle San Martín y cuyos fondos lindaban con la anterior, un árbol se hundió imprevistamente. Efectuados los trabajos de reducción y extraídos los raigones, quedó al descubierto un tramo de galería subterránea orientada hacia el mismo punto cardinal.

Sobre la misma calle y una cuadra más adelante en igual dirección, en un caserón que habitó el ex gobernador José Gálvez y que posteriormente fue sede de la Escuela de Comercio de Mujeres, desde un sótano partía un túnel. Su entrada estaba bloqueada por una puerta de hierro. Hoy el terreno se encuentra baldío y el acceso cegado por tierra y escombros.

A la vuelta, sobre calle Moreno, la historia se repite. Un sector de terreno aledaño, cuando no, a un aljibe, sufrió una depresión lenta y progresiva. Se contrató a albañiles que bajaron al pozo y descubrieron una rudimentaria escalera con peldaños empotrados a la pared y una oxidada puerta que cerraba el camino al misterio. De inmediato en el seno de la familia propietaria surgieron dos posturas. Unos pujaron entusiastamente por abrirla en tanto que otros se negaron rotundamente a correr inciertas aventuras. Finalmente prevaleció el sentido práctico: la abertura fue llenada y una vez más el arcano mantuvo incólume su reducto de sombras y dudas.

Siguiendo siempre por la arteria principal, en la intersección con Gral. López (esquina noreste) y hace ya muchos años, las obras de demolición de una vivienda colonial y cimentación de la que hoy allí se erige, aportaron otras pistas sobre el asunto. Nacían en el lugar dos galerías encaminadas: una al colegio de los jesuitas y la otra hacia el Cabildo. Las premuras de la construcción hicieron que pronto se descargara en ellas una considerable masa de escombros que permitió la prosecución de los trabajos sobre bases sólidas.

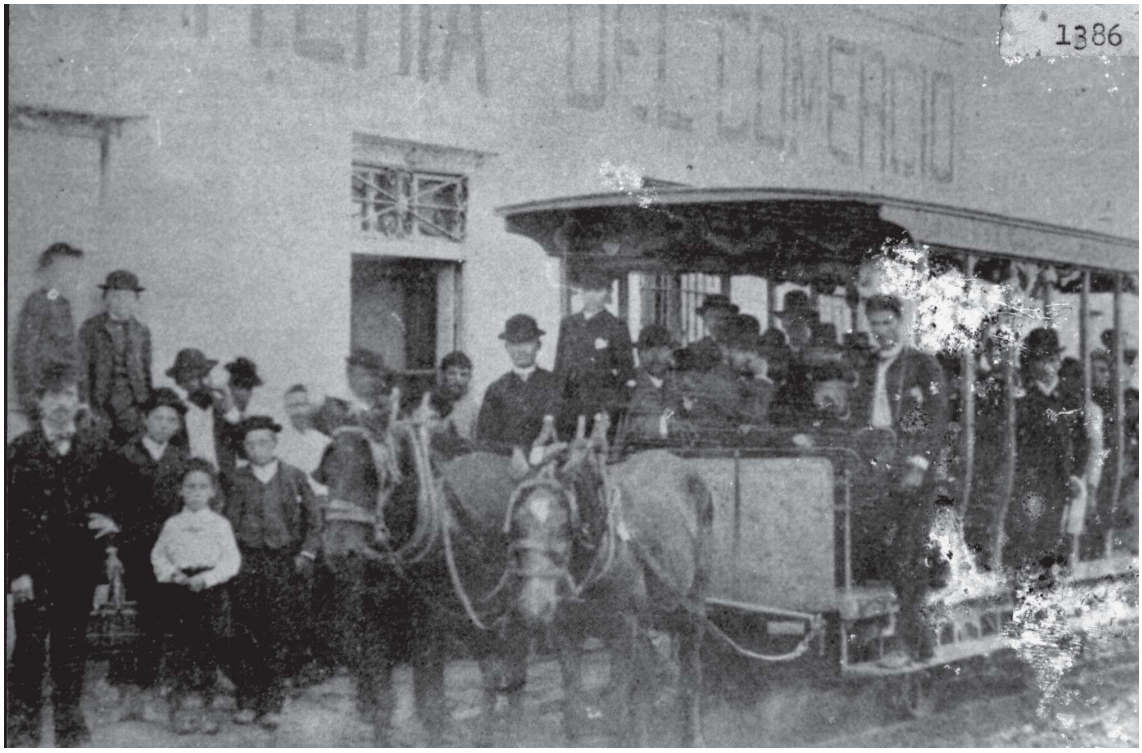
Hasta acá los testimonios serios y directos recogidos aquí y allá. Debemos puntualizar asimismo que han quedado de lado narraciones enturbiadas por tradiciones orales de fuentes lejanas e inciertas y manifestaciones sin asidero.

.....

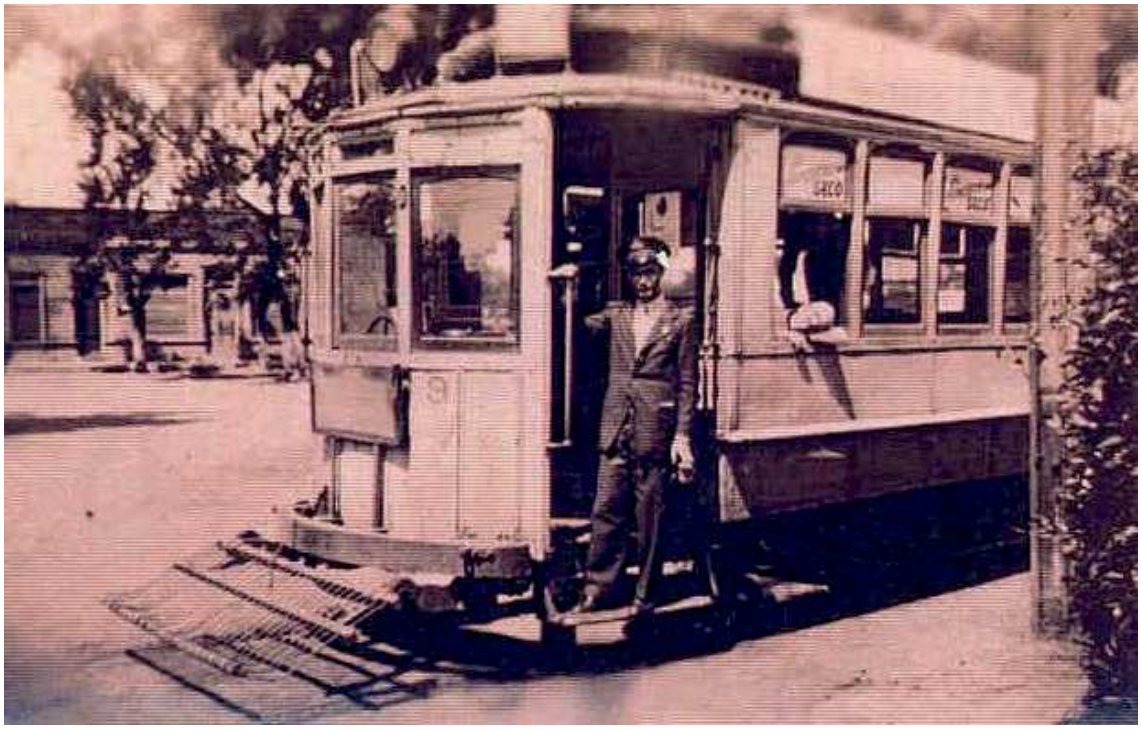
Como sea, lo importante es poner de resalto la existencia de ese mundo subterráneo que alguna vez tuvo vida y que constituye un testimonio de tanto relieve como los que se levantan sobre tierra.

Gustavo José Víttori.
Santa Fe en clave.
Santa Fe, Editorial Colmegna, 1977.

Inauguración del tranvía.
Tappa. Banco de Imágenes Florian Paucke.
Sistema Provincial de Archivos. Archivo Intermedio.



Ultimos tranvías.
Banco de Imágenes Florian Paucke.
Sistema Provincial de Archivos. Archivo General.



El último tranvía

Fue el primero y también fue el último. Fuerte y seguro como en 1914. A las 21,06 subimos a él en 25 de Mayo y Bulevar Pellegrini. A medida que el coche avanzaba, los rieles iban perdiendo su razón de ser: quien abrió la marcha ahora la cerraba.

Las luces del centro lo vieron pasar por vez postrera; todos los cambios estaban hechos. Las quietas calles del sur supieron de su presencia por última vez; a su paso, las sombras huían vertiginosas para volver a cerrarse otra vez tras él, esta vez para siempre…

Algunos subían y bajaban indiferentes, pero otros, la gran mayoría, sabían que era el último. Muchos eran tranviarios que con sus familias, estaban allí, para despedir a la fuente de trabajo de tantos años. Subió un inspector: a casi todos, saludó, pero controló estrictamente los boletos. Era el señor Jerónimo Franco, con 22 años de servicios. Cumplió su labor como si nada pasara, pero su seriedad era mayor que la común en los inspectores.

Los niños iban alegres, pero todos nos dijeron que les gustaban más los tranvías, que los ómnibus van siempre llenos y los marean… Una anciana nos confió sus preocupaciones: en adelante no tomará más transportes, lo hará sólo cada dos meses cuando vaya a cobrar la pensión…

Y de vuelta en Guadalupe, lo infaltable: el bohemio de edad indefinida y alegrado por los vapores del vino. Cuando le dijimos que era el último tranvía, guardó el importe del boleto y se negó a pagar, dando el nombre de quien debía hacerlo por él: el de un ministro de Economía recientemente renunciante… Después cantó "Adiós muchachos", las risas cesaron por un momento y todos pensaron que tal vez fuera un símbolo. Y pocas cuadras antes del bulevar, el asalto. Todos querían ser los últimos en viajar en el último tranvía. Después… la ceremonia final, sencilla y emotiva; hubo lágrimas en los viejos servidores, asombro en los niños, curiosidad en los jóvenes…

Chirriaron los frenos del último tranvía, los ecos de las voces se fueron apagando, quedaron todos los coches en el viejo galpón cumplida su misión…

Un silencio muy grande lo fue envolviendo todo, las sombras recortaron figuras fantásticas y en medio de ese ambiente que se tornaba irreal, pareció oírse un trote lejano… Volvían los viejos tranways a caballo a buscar a sus hermanos eléctricos, para marchar juntos hacia los confines del tiempo, donde se teje el olvido.

El Litoral.
Santa Fe, 2 de mayo de 1961.

Puente Colgante visto desde el Club Regatas.
Colección Graciela Hornia.

1573
Santa Fe
Antiguo

El Puente Colgante

El puente se yergue uniendo
la ciudad y las islas, hunde
sus pies en las oscuras aguas.
Alrededor descansan las sirenas
y arriman su inconstancia los
camalotes.
Miguel Brascó.
Huída.

Una muerte viene de lejos

Desde Francia: "Puente sobre el río Paraná"

El "Cherbourg Eclair", en su edición del 10 de octubre de 1925, publicaba textualmente: "Las condiciones económicas actuales han conducido a los talleres y astilleros de la Gironde a recurrir a la exportación. La República Argentina se ha convertido en un cliente importante y la sociedad tiene el mérito de haberse ganado en concursos internacionales abiertos, a poderosos rivales extranjeros..."

"El puente de Setúbal, sobre el Paraná, en Argentina, en la provincia de Santa Fe, ha sido construido en Cherbourg y transportado en el buque de carga "Fort-Souville". Es una obra magnífica..."

Las piezas arribaron al puerto de Santa Fe en marzo de 1924.

Y cuatro años después....

El puente

Diario El Litoral. Santa Fe, 5 de enero de 1984.

El gigantesco rompecabezas que iba a convertirse en el símbolo distintivo de la ciudad de Santa Fe estaba listo para entrar en servicio. El 28 de abril de 1928, se efectuaron las pruebas de carga y el 8 de junio de ese mismo año, se lo declaró habilitado, sin ningún tipo de ceremonias.

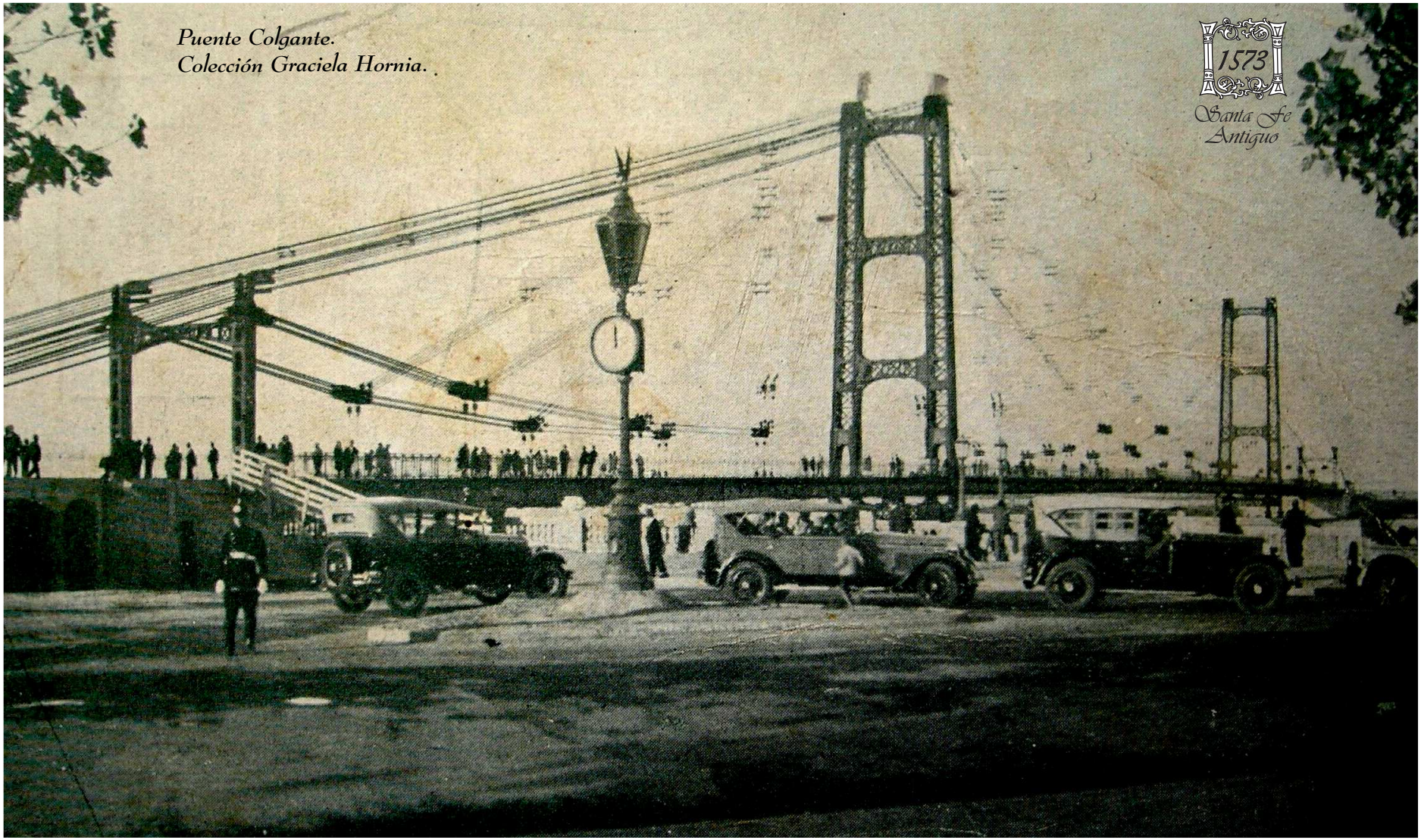
(...) "Qué hermoso un puente viejo riéndose del tiempo
como aquellos fantasmas que una vez nos contaron
tocando las orillas y durmiendo la siesta
viendo pasar el río desde un largo cansancio..."

Hugo Mataloni.
Revista El Litoral.Diciembre de l98l.

Pero una triste primavera...

Diario El Litoral. Santa Fe, 5 de enero de 1984.

A las 16,25 del 28 de setiembre de l983, en momentos en que la lluviosa tarde de la reciente primavera se tornaba anormalmente oscura y un inclemente viento del sureste arrancaba sonidos alucinantes a las aéreas estructuras, la torre del lado este y toda la sección del tablero hasta la opuesta, cayeron hacia el norte, hundiéndose parcialmente en las aguas. Había ocurrido lo que muchos temían, lo que todos se negaban a aceptar.



Puente Colgante.
Colección Graciela Hornia.

1573
Santa Fe
Antiguo

El puente resucitado

Que vengan
que vuelvan
los suspiros
y los amores
y los suspiros de amor
o bien amada
que resplandezca
la alegría
de tus bodas con el río
que ruge
o ronronea

Puente
puentecito
de mis años
verdes
Puente
puentecito
de mis años
verdes
Puentecito cariñoso
pueda para siempre
resonar
en tu lira
verde
el cante jundo
verde
de los amores
resucitados

En la lanchita
de Paraná
apesadumbrada
el alma
viajé
con mis recuerdos
de negro vestidos
y el olor a nafta
no mareó mi corazón

De nuevo
me comí tu pelo
color de lino
que un viento celoso
echaba en mi hombro
de nuevo
me comí tu boca
de frutilla aplastada
y el olor a nafta
no mareó mi corazón
cuéntame los ríos rojos
y los torrentes de plata
de un Potosí prometido
durante tu largo sueño

Cuéntame las riberas
y las praderas cuajadas de flores
donde descansaste tanto tiempo
cuéntamelo de a poco
pues no quiero
despertarme

Puente
puentecito
del porvenir
¡Salud!

Phillippe Greffet.
"La Saga del Puente Colgante".
El Litoral. 2 de mayo de 1961.
Escritor y poeta francés.
Ex-Director de la A.F. Sta. Fe.

Gral. José María Paz.
(1791-1854).
Banco de Imágenes
Florian Paucke.
Sistema Provincial de Archivos.
Museo Histórico Provincial.

Aduana Vieja ubicada en 4 de Enero y 3 de Febrero.
Tappa. Banco de Imágenes Florian Paucke.
Sistema Provincial de Archivos. Archivo Intermedio.

La prisión del General Paz en Santa Fe

Cuentan ... Parece leyenda la del viejo edificio que fue demolido en l895 y que la ciudad de Santa Fe conocía con el nombre de Aduana. Estaba en la esquina de calle 4 de Enero y 23 de Diciembre.

(...) La esquina era la más sombría del ambiente ciudadano. Cuando la noche la envolvía en su obscuro velo ninguno se atrevía a pasar por ella. Dicen así -susurra la voz de los narradores- que se oían lamentos y se veía andar entre las sombras la vestidura sutil de las ánimas en pena. Cuando lo demolieron hubo que derribar sus muros empujados por percherones y aparecieron en ellos pequeñas celdas tapiadas. Se habló entonces de emparedados...

(...) El 15 de mayo de 1831, a las cuatro de la tarde, ingresó en la prisión de la Aduana el general Paz.

(...) Maniatado su caballo malacara por el tiro de boleadoras del soldado Zeballos, Paz salió del campamento de Estanislao López el 13 de mayo con los veinticinco hombres de la partida que lo custodiaba. Agua, viento y frío hubo en todo el camino y sólo traía puesta una camisa listada, una chaquetilla vieja, un poncho que le ofreció el brigadier (capa de cuatro puntas y de ponerse por la boca, según le dijo el brigadier López al ofrecérselo) y un sombrero de paja del cual se arrancó la cinta punzó.

(...) Paz alternó sus horas de lectura que fluctuaban, como él dice, entre la esperanza de evasión y la soledad, con la fabricación de jaulas en las que encerraba pájaros, menester que perfeccionó con las lecciones que le dio un centinela brasileño. Divulgóse la afición y la fama de su celda llena de gorjeos y trinos así anduvo en el comentario lugareño. Aquella soledad era mitigada por las visitas y atenciones que recibía.

(...) El día de Pentecostés de 1834, 6 de abril, llegaron su madre doña María Tiburcia Haedo de Paz y su sobrina Margarita Esther Waild. Un romance de amor se tejía entre tío y sobrina, desde que Paz gobernaba Córdoba. Ambas vivieron en Santa Fe y visitaban el cautivo. El 3 de Agosto de 1834, Paz propuso a Margarita el casamiento: lo supeditó a un intento de evasión que se preparaba. Pero la muerte de Quiroga y otros acontecimientos frustraron esta esperanza y la novia resolvió compartir con su elegido los azares de la prisión. Así se hizo. El obispo de Buenos Aires, don Mariano Medrano y Cabrera concedió las dispensas necesarias. El 31 de marzo de 1835 se casaron. Nadie tuvo noticias del casamiento. Quiso Paz evitar la curiosidad y prevenir inconvenientes. Se eligió la hora de la siesta, hora de soledad en la Aduana y apadrinaron el enlace su madre y don Manuel Cabrera y bendijo el matrimonio el sacerdote Dr. Francisco Solano Cabrera, pariente del general. La partida de matrimonio dice que en la habitación de Paz, el mencionado Dr. Cabrera, "estando sacramentalmente confesados los nominados contrayentes, los desposó por palabras de presentes, oídos y advertidos sus mutuos y libres sentimientos".

(...) Sólo al día siguiente se supo en la ciudad que Paz se había casado. Se multiplicaron muchas atenciones, en especial de señoras de los prohombres federales y se permitió a la esposa vivir en la celda con su marido. Margarita fue una abnegada mujer, compartió todas las vicisitudes de la prisión y el destierro, la muerte de su suegra y el nacimiento del hijo en la cárcel de Luján. Muere en Río de Janeiro el 5 de junio de 1848... "compañera fiel, amiga sincera, mujer querida" la llama Paz en sus páginas.

José Pérez Martín.
Itinerario de Santa Fe.
Editorial Colmegna. Santa Fe. 1965.

Josefa Rodríguez del Fresno.
Banco de Imágenes Florian Paucke.
Sistema Provincial de Archivos. Archivo Intermedio.

Por unos grandes ojos, oscuros y brillantes

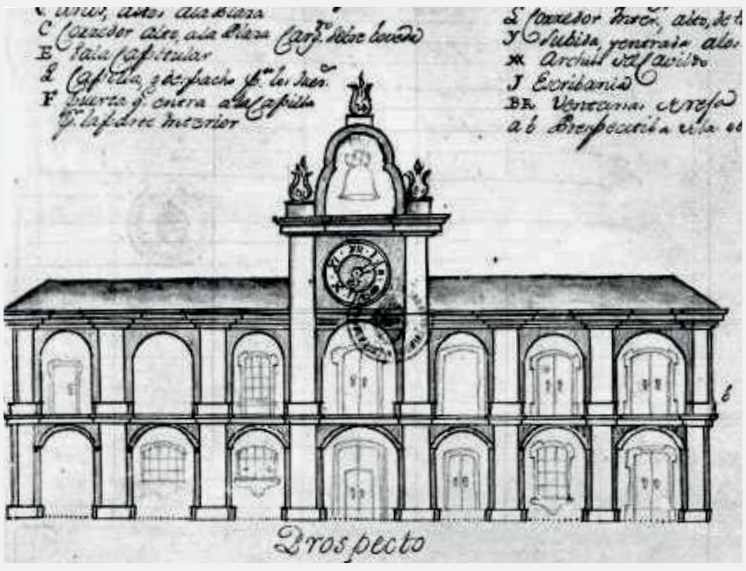
En aquel abril tibio y dorado, en ese otoño que es la primavera del litoral, regresó a su ciudad el gobernador de la provincia. Al frente de sus soldados victoriosos, el pueblo, volcado en las calles, le vio pasar. Repiques y dianas aclamaron el triunfo. Y el Teniente Coronel López saluda con su amplio ademán simpático y cordial a la muchedumbre que lo aclama. Y de pronto se queda su mirada detenida en unos grandes ojos, oscuros y brillantes, que le miran con arrobada admiración.

Grácil y hermosa es la dueña de esas pupilas de andaluza. Es Josefa del Pilar Rodríguez del Fresno, la hija del Protomédico D. Manuel, una adolescente que ha estrenado belleza de mujer en este abril con apariencia de primavera.

Pasan las tropas y, ya cerca del Cabildo, el gobernador vuelve la cabeza buscando la mirada de la muchacha. Y así en el desfile victorioso nace el idilio que ha de dar frutos de amor en la vida del Campeador de Santa Fe.

Hasta bien entrada la noche, salvas y encendidas antorchas dieron su estruendo y su luz jubilosa. Y hasta bien entrada la noche, resolviendo los graves problemas del Estado, el señor Gobernador estuvo en el Cabildo.

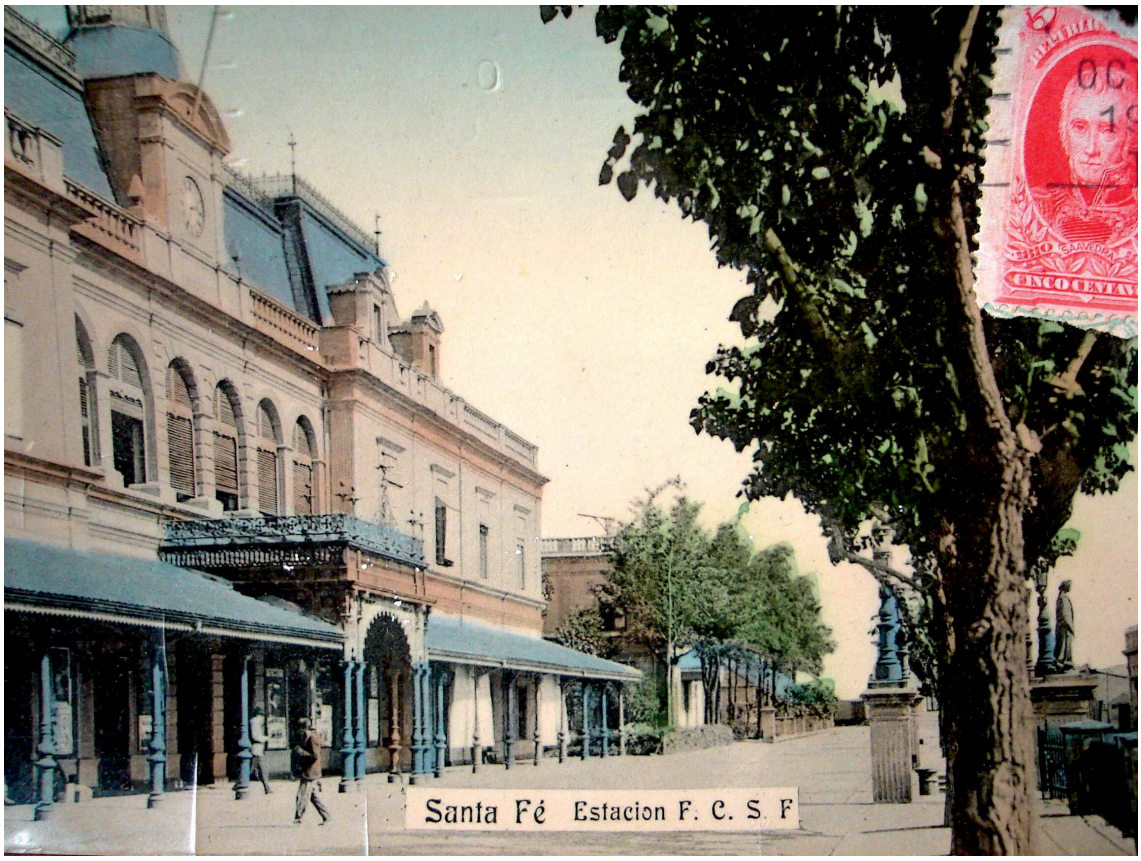
Leoncio Gianello.
Estampas del Brigadier (fragmento).
Santa Fe, Librería y Editorial Colmegna. 1977.



Planta del antiguo Cabildo de Santa Fe (fragmento). Banco de Imágenes Florian Paucke. Sistema Provincial de Archivos. Archivo Intermedio.

Juzgado Federal. Plaza de Mayo.
Colección Graciela Hornia.

Estación de trenes del F.C.S.F.
Colección Graciela Hornia.



La panadera enamorada

(...) Años atrás en la época de Rosas, el Coronel Martínez, a la sazón un joven y arrogante jefe del escuadrón de las fuerzas alzadas contra la tiranía, había estado prisionero en nuestra ciudad.

Alojado en la cárcel, cada vez que salía al patio, en el deseo de ver un poco más que los reducidos lindes de la prisión, hacía caer un ladrillo de uno de los rincones del muro, hasta que fue lo suficientemente bajo como para permitirle ver la calle.

Un día, desde su mirador improvisado, vio a una joven en el umbral de una casa vecina, ocupada por un negocio de panadería, de cuyo dueño era hija la hermosa santafesina, que pronto reparó en él.

A partir de ese encuentro, ni el prisionero pudo abandonar el rincón del muro, ni la joven pudo dejar de asomarse a la puerta, con cualquier pretexto, atraída por su silencioso admirador.

Pronto se amaron y se entabló entre ellos una correspondencia furtiva, traída y llevada por los guardianes complacientes.

Vivieron así seis meses, hasta que llegó una orden de Rosas disponiendo que el prisionero fuera conducido a Buenos Aires, la que fue recibida precisamente en circunstancias en que los enamorados planeaban la fuga de Santa Fe, con la complicidad de dos guardianes que partirían con ellos.

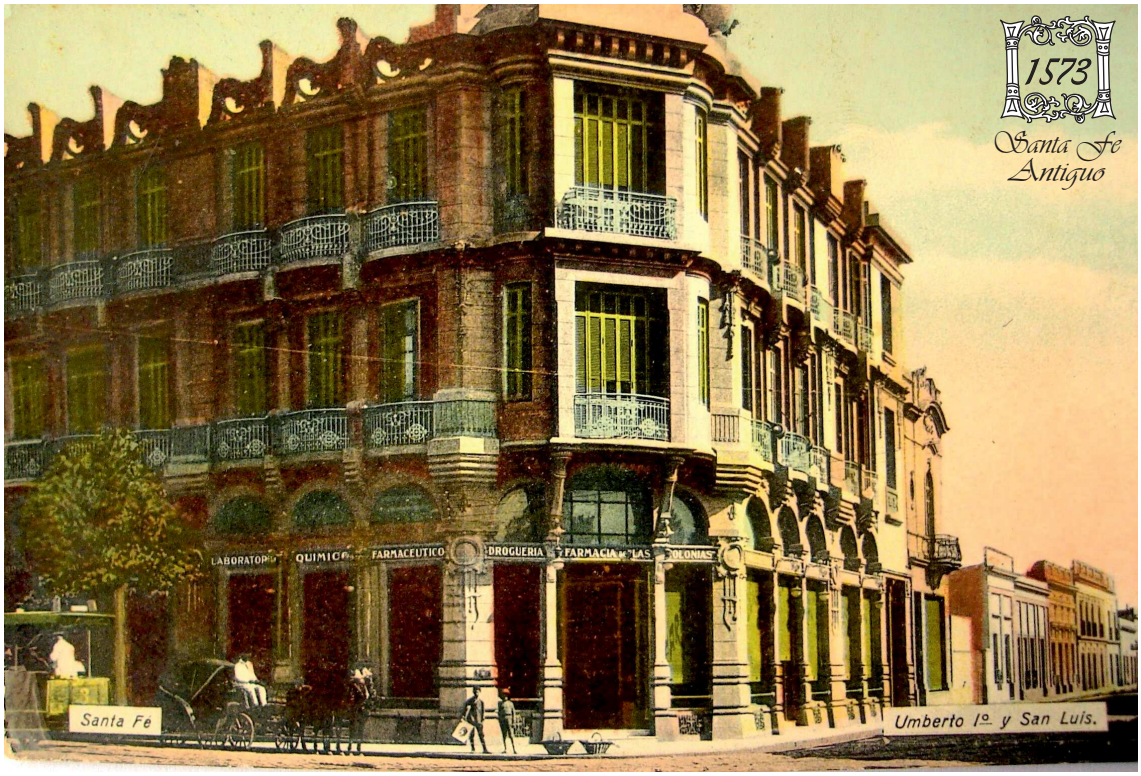
Martínez, vigilado desde entonces celosamente, dejó de ver a su enamorada, de la que no tuvo más noticias, hasta que la encontró en el embarcadero, al lado de su padre, el día en que fue llevado a bordo del buque que lo conduciría a su nuevo destino.

Con el permiso de sus guardianes, el panadero, que recién había conocido esos amores, se acercó para comunicarle que su hija, afectada por el contraste, había enloquecido; y para rogarle que le hablara, porque personas sabias le habían dicho que quizás al oír su voz pudiera devolverle la razón.

En vano fue, sin embargo, que el joven enamorado, en presencia del padre entristecido y de los guardianes indiferentes, le dijera las frases más emocionadas y más tiernas; nada pudo lograr y debió partir con esa doble pena en el corazón.

Poco más tarde supo, en su prisión de Buenos Aires, que la joven panadera, sin recuperar el juicio, había muerto llamándole.

José C.Busaniche.
Hombres y hechos de Santa Fe.
Santa Fe, Editorial Colmegna. 1970.



Calles Umberto 1º y San Luis.
Colección Graciela Hornia.

Cabildo de Santa Fe.
Colección Graciela Hornia.

Iglesia Matriz y Palacio Episcopal.
Colección Graciela Hornia.

1573
Santa Fe
Antiguo

Calle San Martín esquina Tucumán.
Colección Graciela Hornia.

Parque Oroño.
Colección Graciela Hornia.

Parque Oroño. Puente Colgante.
Colección Graciela Hornia.

Santa Fe
(fragmento)

Mirando el vaivén del río
y en tierras de Quiloazas
la Santa Fe colonial
afirma su augusta planta.

Vena de fibra asunceña
le dio sangre y le dio raza
y ese tensor de bravura
que nutre su altiva talla.

Culta, indómita, su gente
despliega en fe sus mañanas
y echa en el suelo fecundo
raíces de enamorada
(que aunque le ampare una cruz,
y en la cintura la espada,
con el brío de sus manos
sobre los campos trabaja).

Soledad, penurias, luchas
templan su encono y sus ansias...
¡y aprende que al infortunio
puede vencer la esperanza!

Ha puesto en la "Vera Cruz"
(aquella en barroca labra,
pequeña, que mostró el árbol
como eco al golpe del hacha),
la ofrenda de su futuro
y el canto de sus guitarras

.....

En la fuerza de sus montes
y en largor de sus obras
se van forjando sus días,
en calcos de gloria y fama.

... Mirando el vaivén del río
y en tierras de Quiloazas...

Ricardo Ríos Ortiz.
(Del libro: Canto a Estanislao López).

Retrato con Cerveza

1573
Santa Fe
Antiguo

Para ellos,
Louis y Hans,
historiadores de la carne,
vislumbradores de los jugos,
carniceros,
te desbordas cerveza,
sin sonido.

Desde la tierra cereal vienes
con tu aroma suspendido
para besar los párpados de la carne
despertando al rocío.

Las vacas ya son fantasmas,
fosforecente memoria de la alfalfa
que sembraron los gringos.

Tu espuma cae sobre Luis
que beberá tu oro oscuro,
o tu líquido amarillo,
la unidad del agua y de la tierra,
en el estío.

Almanaque de taco Cerveza Santa Fe
Archivo Merengo.

Tu transparencia viertes,
tu olor profundo,
sobre Hans,
músico de la chaira y el cuchillo.

Buscas la extensión de pradera
toda adentro del vaso,
para ellos,
húmedos campesinos.

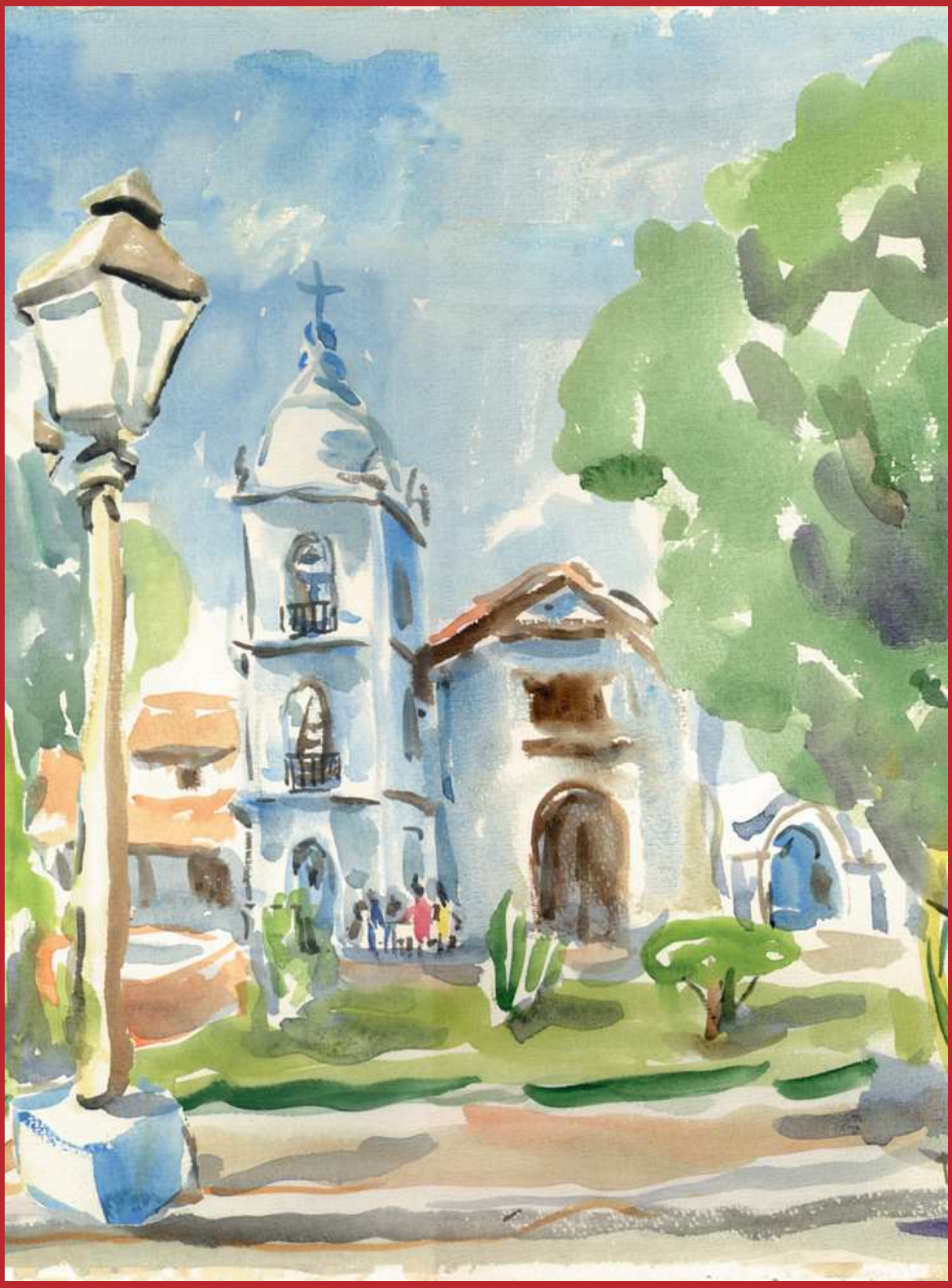
Sobre la luz de Paillet,
luz de delantales blancos,
camina el claroscuro
como un pez,
un vaivén de comarca
sobre el río.

María Guadalupe Allassia

"Louis Valoud y Hans Hurter", 1920.
Fotografía de Fernando Paillet. (1880-1967).
Esperanza. Santa Fe.

1573
Santa Fe
Antiguo

Fundación
BICA



Templo y Convento de San Francisco.
Acuarela de Francisco Puccinelli (1904-1986).
Archivo Merengo.